

La excelencia y dignidad de las mujeres



Edición crítica y traducción de
Belén Hernández González y M. Gloria Ríos Guardiola

Colección

MenForWomen. Voces Masculinas en la Querella de las Mujeres

Vicente González Martín

Mercedes Arriaga Flórez

Daniele Cerrato

Directores

Comité Científico

Patrizia Caraffi, Universidad de Bolonia

Javier Gutiérrez Carou, Universidad de Santiago de Compostela

Irena Prosenc, Universidad de Lubiana

Mirella Marotta, Universidad Complutense de Madrid

Barbara Meazzi, Universidad de Côte Azur, Francia

Alessandro Ferraro, Universidad de Génova

Marcelo Pereira Lima, Universidad Federal de San Salvador de Bahía, Brasil

Gladys Lizabe, Universidad Nacional de Cuyo, Argentina

Ana María Díaz Marcos, Universidad de Connecticut, USA

Rodrigo Browne, Universidad Austral de Valdivia, Chile

Monica Farnetti, Universidad de Sassari

Matteo Re, Universidad Rey Juan Carlos de Madrid

Roberto Trovato, Universidad de Génova

Ellen Patat, Universidad de Estambul, Turquía

Julia Benavent, Universidad de Valencia

Daniela de Liso, universidad Federico II de Nápoles

Matteo Lefevre, Universidad de Universidad de Roma 'Tor Vergata'

Raquel Gutiérrez Sebastián, Universidad de Cantabria

M. Belén Hernández González y M. Gloria Ríos Guardiola
(eds.)

LA EXCELENCIA Y DIGNIDAD DE LAS MUJERES

DELL'ECCELLENZA E DIGNITÀ DELLE DONNE

Flavio Galeazzo Capra (Capella)

Dykinson, S.L.

2024

La excelencia y dignidad de las mujeres
Dell'eccellenza e dignità delle donne
Flavio Galeazzo Capra
M. Belén Hernández González y M. Gloria Ríos Guardiola (Eds.)

Esta publicación ha sido financiada con el proyecto I+D del MINECO
“Menforwomen. Voces masculinas en la Querrela de las Mujeres”.



Proyecto PID2019-104004GB-I00 de investigación financiado por:



Todos los derechos reservados. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse ni transmitirse sin permiso escrito de Editorial Dykinson S.L.
El presente volumen cuenta con el VB del Comité Científico de la Colección y ha sido sometido a evaluación por pares doble ciego.

© De la introducción, edición crítica bilingüe y traducción: M. Belén Hernández González y M. Gloria Ríos Guardiola

© Del texto: Flavio Galeazzo Capra

© De la presente edición: Dykinson S.L.

© Diseño portada: Belén Abad de los Santos
1º edición: 2024

Editorial Dykinson S. L.
Meléndez Valdés, 61 – 28015 Madrid, España
Internet: <https://www.dykinson.com/>
E-mail: info@dykinson.com

ISBN: 978-84-1170-967-5

LA EXCELENCIA Y DIGNIDAD DE LAS
MUJERES

DELL'ECCELLENZA E DIGNITÀ DELLE
DONNE

Flavio Galeazzo CAPRA

EDICIÓN CRÍTICA BILINGÜE Y TRADUCCIÓN

M. BELÉN HERNÁNDEZ GONZÁLEZ Y M. GLORIA RÍOS GUARDIOLA

SOBRE LAS AUTORAS

María Belén Hernández González es profesora de filología italiana en la Universidad de Murcia. Ha sido docente de lengua y literatura comparada en distintos centros extranjeros entre 1997 y 2000. Es autora de numerosos trabajos de investigación sobre los problemas de traducción planteados por lenguas locales y minoritarias en relación con las identidades culturales y la literatura comparada. Desde hace más de quince años, promueve traducciones, congresos y seminarios internacionales sobre la literatura y el ensayo creado por mujeres. Coordina el Grupo de Innovación Docente sobre lengua y cultura italiana, francesa y árabe (GID 23) y promueve actividades desde la Asociación Dante Alighieri de Murcia. Ha participado en distintos proyectos I+D+I sobre la recepción del ensayo italiano y el rescate de las escritoras italianas más desconocidas. Entre los últimos libros coeditados sobre este tema junto a M. Gloria Ríos, figuran: *La mela proibita. Saggi e pensieri di scrittrici del Novecento* (Roma 2015); *Mujeres de Letras, pioneras del arte, el ensayismo y la educación* (Murcia 2016); *Ausencias presentes. Autoras críticas de la literatura italiana* (Sevilla 2017); *Mujeres con Luz* (Murcia 2017) y *Palabras con rostro. Mujer y ensayo periodístico* (Vigo 2020). Ha coordinado junto a Salvatore Bartolotta el monográfico *Escritores filóginos en la Querelle des femmes (s. XIV-XVI)*, para la revista *Estudios Románicos*, n. 31 (2022).
<https://webs.um.es/mbhg/miwiki/doku.php?id=investigacion>

María Gloria Ríos Guardiola es profesora de filología francesa en la Universidad de Murcia y directora de la Revista Estudios Románicos. Sus trabajos de investigación se enmarcan en el campo de la literatura francesa y comparada. Entre sus publicaciones cabe destacar las realizadas sobre ensayistas, literatura medieval y recepción de autores franceses. Ha participado en proyectos de investigación sobre ensayo y recepción de la literatura europea en la revista argentina *Sur* y editado en colaboración con M. Belén Hernández González, distintos volúmenes sobre mujeres relevantes en diversos ámbitos de la creación, la educación y el ensayo. Ha colaborado así mismo en grupos de investigación sobre la *Querelle des femmes* desde 2012 hasta 2024 y coordinadora de proyectos Erasmus sobre cultura igualitaria.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN CRÍTICA

EXPLORANDO LA OBRA DEL AUTOR: <i>DELLA ECCELLENZA E DIGNITÀ DELLE DONNE</i>	7
---	---

1. El autor	8
2. <i>Della eccellenza e dignità delle donne</i>	16
3. Fuentes y originalidad	21
4. Aspectos ambiguos ¿ironía o misoginia?	26
5. Recepción e influencia en otros autores	28
6. Noticias sobre ediciones antiguas. La edición actual	35
7. Notas a la traducción	38
8. Referencias bibliográficas	40

OBRA

LA EXCELENCIA Y DIGNIDAD DE LAS MUJERES	45
Galeazzo Flavio Capella a los lectores	46
Proemio	47
La razón que ha impulsado a muchos a hablar mal de las mujeres	49
Aduce las razones de porqué la fêmina parece menos que el	
hombre	52
La caridad de la mujer, esperanza y fe	56
La justicia	58
La fortaleza	60
La prudencia	62
La templanza	66
La magnanimidad	70
La dilección y el amor	73
La doctrina	75
Los bienes de la fortuna	78
La belleza	80
Prosigue sobre los bienes de la fortuna	84
Concluye por muchas razones la excelencia de las mujeres.....	88
 DELLA ECCELLENZA E DIGNITÀ DELLE DONNE	99
Galeazzo Flavio Capella alli lettori	101
Proemio	102
De la cagione che ha mosso molti a dir male de le donne	104

Adduce le ragioni perché la femina sia da manco che l'uomo....	106
Della carità de la donna, speranza e fede	109
De la iustizia	111
De la fortezza	113
De la prudenza	115
De la temperanza	119
De la magnanimità	123
De la dilezione e amore	125
De la dottrina	127
De li beni de la fortuna	130
De la bellezza	132
Segue de li beni de la fortuna	135
Conclude per molte ragioni la eccellenza de le donne	138
ÍNDICE DE NOMBRES	147

EXPLORANDO LA OBRA DEL AUTOR: *DELLA ECCELLENZA E DIGNITÀ DELLE DONNE*

M. Belén HERNÁNDEZ GONZÁLEZ
M. Gloria RÍOS GUARDIOLA
UNIVERSIDAD DE MURCIA

La obra que presentamos en este volumen pertenece al debate sobre la dignidad de ambos sexos que tuvo particular relevancia en Italia y toda Europa a partir de la segunda mitad del s. XV y durante el s. XVI. Sólo en este periodo de tiempo en Italia se publicaron más de una cuarentena de tratados sobre la dignidad del sexo femenino, entre los cuales destaca la obra de Capra por su difusión e influencia internacional.

Los conceptos de *excelencia* y *dignidad* en la mujer se aplican a lo particular femenino a consecuencia de la fama de numerosos tratados humanistas sobre la condición del ser racional frente a las bestias. En dicha serie de obras la “excelencia” se entendía como cualidad o virtud de lo superior; mientras la “dignidad” se predicaba de quien era considerado merecedor o digno dentro del conjunto de la creación, en oposición a los tratadistas medievales que habían disertado durante siglos sobre la miseria humana y la imposibilidad de superar nuestros vicios y pecados contra Dios. El debate sobre la consideración humana frente al Creador obraba así un cambio de mentalidad que situó al hombre en una posición central en el mundo e impulsó paralelamente la consideración positiva de la mujer durante el Renacimiento y hasta el periodo de la Contrarreforma.

En esta época, el descubrimiento de Platón y la filosofía del amor propició la entrada de las mujeres en las plazas. Antonio da Barga, Bartolomeo Fazio, Giannozzo Manetti, Pico della Mirandola, Aurelio Brandolini, Pérez de Oliva, Erasmo de Rotterdam, Antonio Brucioli, Pierre Boaistuau y tantos otros autores relevaron las sentencias de los filósofos clásicos, los poetas y los teólogos cristianos a fin de sustentar el pensamiento humanista antropocéntrico, que dio paso a la edad moderna. Su fermento, como una especie de masa madre, fue la levadura de

una hermenéutica textual revolucionaria, que transformó la perspectiva sobre la realidad y suscitó reflexiones renovadas sobre vida cotidiana, la virtud en la familia y la condición de la mujer, como leemos en los ensayos de Francesco Barbaro, *De re uxoria* (1416), *Libertad de la Famiglia* (1441) o *Institutio Matrimonii Christiani* (1526) de Erasmo, quienes subrayan por vez primera -junto a otros autores- la igualdad espiritual de las mujeres en el matrimonio y la sociedad.

La necesidad de igualar a la mujer en el nuevo contexto social, y de obtener para ella el derecho a expresarse en el espacio público, dividió a los autores misóginos de los llamados “amigos de las mujeres” (*amis des femmes*), en la conocida disputa de la *Querelle des femmes*. Así, las obras de encomio a la mujer del s. XV nacen en ambiente cortesano y se dirigen a un público refinado, compuesto tanto por hombres como por mujeres que aspiran a una educación humanista, como señala Capra en distintos pasajes. Pero en la disputa, aunque existen destacadas obras de las escritoras -como la pionera *Ciudad de las damas* (1405) de Christine de Pizan-, casi todos los autores fueron hombres, laicos o religiosos, diplomáticos, médicos o destacados intelectuales, que percibieron la importancia de los cambios en la relación entre los sexos y en la manera de concebir la identidad sexual¹.

Conocer los libros de estos escritores aliados de las mujeres, como es el caso de Galeazzo F. Capra, y del conjunto de escritores filóginos en la *Querelle*², es sustancial para completar

¹ Cf. Zimmermann, M. (1999). “La ‘Querelle des femmes’ come paradigma culturale”, en Seidel Menchi, S., Jacobson Schutte, A., Kuehn, T. (eds.), *Tempi e spazi di vita femminile tra medioevo ed età moderna*. Bologna: Il Mulino, 157-173.

² Para un panorama bibliográfico sobre la cuestión en Italia, véase: Arriaga Flórez, M. – Cerrato, D. (2021). “La querella de las mujeres en Italia. Una revisión bibliográfica”, en *Revista Internacional de Pensamiento Político*, I Época, Vol. 16, 2021, 125-147. Algunas investigaciones recientes sobre cuestiones y autores, véanse en: Arriaga Flórez, M. (coord.) (2021). “Voces masculinas en la *Querelle des femmes*”, *Cartaphilus. Revista de investigación y crítica estética*, 19, 2021; Hernández González, M.B.-Bartolotta, S. (coords.) (2022). “Los escritores filóginos en la *Querelle des femmes* (siglo XIV a XVI)”, Número monográfico en *Estudios Románicos*, 31, 2022, 1-168.

referentes en la historia del pensamiento igualitario entre los sexos, así como para ensanchar los estudios actuales sobre el género; porque dichos libros influyeron decisivamente en el cambio de la consideración de la mujer, animando una encendida discusión, propagada por toda Europa, sobre la necesidad de respetar a las mujeres. Su legado es, por tanto, indispensable para la educación contra la violencia en nuestros días.

1. EL AUTOR

Galeazzo Flavio Capra, también llamado Ca(p)pella (1487-1537), fue un destacado autor y diplomático, conocido en Europa como humanista y secretario de Francesco II di Sforza, cargo equiparable en las cortes italianas del tiempo al de ministro. Los escasos datos que han llegado hasta nosotros sobre su biografía son recogidos en la edición del texto que presentamos a continuación, gracias a los estudios de Roberto Ricciardi (1976) y María Luisa Doglio (1988).

G. F. Capra nació en el seno de una rica familia milanesa que le procuró una esmerada educación humanista y literaria, su dominio de las lenguas clásicas lo situaba en una posición aventajada. Gracias a su formación, fue nombrado secretario del canciller y legado ducal, Girolamo Morone. Posteriormente, ejerció como secretario de cartas (*segretario ab epistulis*) y embajador en la República de Venecia durante el gobierno de Francesco II Sforza, el último duque de Milán. Tras la muerte del duque en 1535, estuvo ocasionalmente al servicio del emperador Carlos V.

Era muy apreciado por grandes intelectuales de la corte milanesa, así como de otras a ella vinculadas; además del mencionado Merula, podemos citar entre sus estimadores a Guiniforte Barzizza, Francesco Filelfo, Andrea Alciato, Benedetto Giovio y Pietro Bembo. Gozaba pues de un gran reconocimiento por parte de los escritores coetáneos, que elogiaban el estilo refinado y elegante de sus textos en prosa, tanto en latín como en italiano.

Su obra más célebre es la titulada: *Commentarii Galeacii Capellae de rebus gestis pro restitutione Francisci Sfortiae II, ab ipsomet authore postremo recogniti*, extensa obra histórica de ocho libros, dedicada al duque, en la cual relata los conflictos armados entre los milaneses, los franceses y posteriormente el Papa León X. Esta historiografía de la dinastía sforzesca entre los años 1521 y 1530, elaborada según el gusto de la cultura humanística, fue muy traducida y reseñada en Europa como modelo de promoción política de su tiempo. Fue a menudo citada y elogiada por el escritor político e historiador italiano Francesco Guicciardini en su *Storia d'Italia* (1537-1540). Capra recupera el método de Tucídides y de los historiadores latinos para declarar su fidelidad a la verdad histórica, en calidad de testigo de excepción de los hechos ocurridos durante su cargo en la cancillería.

Entre su producción histórica también se incluye la obra en latín *Historia belli Mussiani*, editada póstumamente en 1538 por su amigo Gaudenzio Merula. Esta breve obra describe las hazañas militares del aventurero Gian Giacomo Medici en Musso.

Si bien estas obras de índole histórica son escasamente consideradas actualmente, fueron muy valoradas hasta finales del S. XVII por su objetividad, orden y estilo.

Capra también compuso poemas en latín, así como un breve diálogo en italiano sobre la excelencia de las mujeres en 1526, más tarde incorporado a su *Anthropologia*, publicada en 1533 por el prestigioso impresor Aldo Manuzio. Gracias a este diálogo que se establece entre tres personajes, la obra de este autor milanés ha llegado a nuestros días.

Con el título *Anthropologia*, término introducido a principios del siglo XVI en Europa, y en italiano gracias al propio Capra, el escritor se propone estudiar las diversas facetas de la existencia del ser humano. Mediante una mezcla de argumentos anatómicos, fisiológicos, literarios y de la filosofía moral y natural, pretende especular sobre la naturaleza y las capacidades del *anthropos*. Capra organiza su análisis en tres libros en los cuales se exponen los tres discursos, casi monólogos de tres personajes. El primero defiende la dignidad del hombre, el

segundo la excelencia de las mujeres y el tercero refuta todos los argumentos esgrimidos por los oradores anteriores.

El primer discurso, defendido por un personaje llamado Musicola, comienza con una descripción completa de la creación de Dios que culmina con la creación de la humanidad. Aborda temas como la utilidad, el placer o el honor con el propósito de demostrar el grado de masculinidad; para ello, se exponen numerosos ejemplos que combinan capacidades físicas y mentales. La copiosa argumentación sirve a Capra, en boca de Musicola, para concluir que los hombres son criaturas más completas que las mujeres. A través de un alarde de erudición a partir de fuentes clásicas y medievales, construye una compleja estructura retórica en lengua romance con el objeto de contribuir al enaltecimiento de la prosa vulgar.

El segundo libro, o diálogo, es el opúsculo que aquí presentamos de forma autónoma, redactado por Capra años antes y adelantado en la producción de textos de la *Querelle des femmes*. Recordemos que esta corriente de debate y reivindicación en torno al lugar de las mujeres en la sociedad y sus capacidades o derechos a tener los mismos roles que los hombres se inició en Francia. A principios del siglo XIV se produce una crisis dinástica que conduce a la formalización de la ley sálica que impide que las mujeres puedan heredar la corona, declaradas inaptas para el ejercicio soberano. Esta controversia dividirá el entorno parisino del primer humanismo. Jean de Montreuil (1354-1418) impulsa el debate mediante una apología de la segunda parte del *Roman de la rose*, escrita en el siglo XIII por Jean de Meung, muy hostil a las mujeres y al ideal cortés. Christine de Pizan (1364-1430) responde mediante una sucesión de cartas y tratados previamente a la publicación de *Le Livre de la Cité des Dames* (1404-1405). La demostración que lleva a cabo en esta obra se construye sobre el modelo de la biografía colectiva del humanista italiano Giovanni Boccaccio, *De mulieribus Claris*. Christine de Pizan se bate contra quienes pretenden demostrar la incapacidad física e intelectual de las mujeres estableciendo un nexo entre la anatomía del sexo femenino y sus aptitudes intelectuales.

No es sin embargo la única autora que defiende a las mujeres. En este cometido hemos de mencionar a Jean Gerson, canceller

de la universidad, y al poeta Martin Le Franc con su obra *Le champion des dames* en donde condena y reescribe el *Roman de la rose*. A partir de entonces, los debates sobre la desigualdad entre sexos alcanzan los espacios hispanófono, italófono, germanófono y anglófono. A modo de ejemplo mencionaremos a la mística Margery Kemp (1373-1438) en Inglaterra o al humanista Juan Rodríguez de la Cámara (1390-1450) en España.

A finales del siglo XV goza de éxito un polémico texto misógino escrito por dos dominicos renanos, Henry Institoris y Jacques Sprenger, en el cual se expone, de forma violenta, que la brujería es propia de las mujeres. La finalidad de *Le Marteau des sorcières* era acabar con esta corriente en favor de la mujer, según Nicole Dufournaud³. Es tiempo entonces de textos como el de Galeazzo Flavio Capra o el del humanista suizo Agrippa de Nettesheim (1486-1535), *La Nobleza et preexcelencia del sexo femenino*, de amplia difusión en su versión original en latín, así como en sus traducciones. Numerosos textos con catálogos de mujeres célebres, así como tratados sobre la superioridad femenina, son traducidos y circulan por toda Europa como respuesta a los textos misóginos. Éstos son particularmente profusos en el norte de Italia, en las cortes de Ferrara, Mantua y Milán, donde algunos de ellos fueron dedicados a poderosas damas de familias nobles que desempeñaban cargos políticos de primer orden.

³ Dufournaud, N. (2020). “La querelle des dames à la Renaissance“, en *Encyclopédie d'histoire numérique de l'Europe* [en ligne], ISSN 2677-6588, 23/06/20, consultado el 19/03/2022. [<https://ehne.fr/fr/node/14169>].

Imagen 1: Beatrice d'Este (duquesa de Milán)



Fuente: Dibujo de Leonardo da Vinci.

Della eccellenza e dignità delle donne se publica como un breve ensayo sobre la nobleza de las mujeres. Considerado uno de los primeros alegatos en su favor durante el Renacimiento, ejerció posiblemente una gran influencia en los tratados sucesivos, que en pocos años enriquecieron la disputa sobre el sexo femenino y se convirtieron en uno de los principales temas de debate a comienzos del siglo XVI. Prueba de ello es la interconexión entre las obras literarias y tratados sobre la dignidad de la mujer que circularon entonces. En contraste con la visión negativa de la mujer, legada por la cultura medieval, surgen argumentos positivos relacionados con su función en una sociedad progresivamente más laica. A ello se une el creciente interés por el cuerpo humano que promueve el análisis antropológico de la condición femenina, como podemos observar en la obra de Capra, en el seno de un más amplio debate sobre la dignidad del hombre. En el ámbito italiano resuenan particularmente las obras de Bartolomeo Fazio, Coluccio Salutati, Pico della Mirandola y Gianozzo Manetti, como ya decíamos. Entre ellas, *De dignitate et excellentia hominis* (1452) de Manetti ejerció una gran influencia en el desarrollo del tema de la dignidad humana desde una perspectiva positiva, combatiendo el pesimismo medieval representado por *De miseria humanae conditionis*, obra de

Lotario Segni, posteriormente Inocencio III⁴. Es en este contexto y dentro de esta corriente humanista que debemos interpretar el tratado de Capra.

Según su autor, este ensayo fue escrito en su juventud en honor a una dama que se lo había pedido. Su nombre queda encubierto por el apelativo de “Madonna Iphigenia”, cuya etimología significa “con fuerza y poder”. Se especula sobre la posibilidad de que se refiriese a su propia esposa, dado que en la obra se declara enamorado y es sabido que gozó de un matrimonio afortunado.

La obra fue editada mientras Capra se encontraba en misión diplomática en Venecia. Primero fue publicada en Roma a cargo del editor milanés Francesco Minizio Calvo en 1525 y al año siguiente en Venecia, en la imprenta de Gregorio de Gregori. Esta doble edición, así como la nota inicial al lector que indica la fama del texto en forma manuscrita, muestra su amplia repercusión en los círculos filosóficos y literarios italianos en un momento de cambio de mentalidad con respecto a la condición femenina. Este tratado situaba el debate en el centro de atención, favorecido por la difusión de la filosofía sobre el amor de Platón (que Manuzio traducía durante esos años en Venecia por primera vez) y la reinterpretación filológica de la tradición clásica incorporada a la lengua romance.

Casi una década más tarde, la obra fue de nuevo publicada en la edición definitiva de Aldo Manuzio, como decíamos es el segundo libro de su *Anthropologia* (1533). Es probable que la fama del opúsculo previamente publicado fuese el origen que impulsara a Capra a redactar esta querella dialogada de estructura tripartita. Quizás su autor pretendía equilibrar los argumentos inicialmente demasiado apologéticos en defensa de la mujer, contraponiendo otros a favor del hombre, buscando una perspectiva de consenso desde ambos puntos de vista. Dicha reescritura la convierte asimismo en una obra polémica e incluso

⁴ Manetti alaba la capacidad de razonamiento del hombre que le permite su perfeccionamiento y desarrollo en las artes y en el ámbito del conocimiento. El hombre se caracteriza por su esencia divina, capaz de grandes logros a lo largo de la historia y de transformar el valle de lágrimas en un espacio placentero digno del origen divino.

paradójica en muchos sentidos, ya que resulta difícil distinguir la verdadera intención del autor, si partía de una postura filológica o si se trataba simplemente de un ejercicio discursivo del gusto de los círculos cortesanos. Por otra parte, complica la tarea de discernir su intención el hecho de que apareciese en 1528 *Il cortegiano* de Baldassare Castiglione, cuyo tercer libro trata el mismo tema, con notables similitudes de contenido, aunque no se haya podido demostrar una influencia directa⁵. Ambos poseen una cultura humanística similar que coincide en la reinterpretación de las fuentes, especialmente si consideramos que Castiglione se formó en Milán a cargo de Gaudenzio Merula (el gran amigo y editor de Capra), lo que asegura al menos un contacto ideológico entre ambos autores. El gran impulso internacional que recibió la obra de Castiglione eclipsó la obra de Capra, así como la de otros humanistas italianos, desdibujándose su verdadera originalidad y su aportación al contexto europeo.

A pesar de que *Il libro del cortegiano* es considerado un punto crítico de llegada en el debate suscitado por *De mulieribus claris* de Boccaccio, autores como Stephen Kolsky analizan la relevancia de la respuesta de otros escritores, en su mayoría italianos, entre los que se encuentra Capra⁶, trazando una geografía intelectual en el norte de Italia que permitió su difusión a otros centros europeos de humanismo. Para este

⁵ La crítica no ha probado una relación directa entre ambos autores. No obstante, bebieron de las mismas fuentes y no se descarta que Castiglione hubiese leído la obra de Capra. Las diferencias entre ambos autores respecto a la consideración de la mujer estriban sobre todo en que Castiglione trata el modelo de mujer en la corte, mientras que Capra se decanta por la mujer en la familia y en la vida social, acentuando la belleza del cuerpo y el erotismo, mucho más contenido en Castiglione.

⁶ Vespasiano da Bisticci (*Il libro delle lodi delle donne*, 1470), Bartolomeo Goggio (*De laudibus mulierum*, 1480), Giovanni Sabadino degli Arienti (*Gynevera de le clare donne*, 1489-1490), Jacopo Foresti (*De plurimis claris selectisque mulieribus opus prope divinum novissime congestum*, Ferrara 1497), Agostino Strozzi (*La defensione delle donne d'autore anonimo*, Ferrara 1497), Mario Equicola (*De Mulieribus delle Donne*, Ferrara 1501), Galeazzo Flavio Capra (*Della eccellenza e dignità delle donne*, 1525) y Henricus Cornelius Agrippa (*Declamatio de nobilitate et praecellentia foeminei sexus*, Anvers 1529).

grupo de autores, según Kolsky⁷, las mujeres sirven como medida de la salud social, muestran un repositorio de valores culturales y ofrecen un espejo de utilidad para la identidad masculina y los roles masculinos. Cada texto, al describir a la mujer, reinscribe la autoridad masculina como árbitro de la feminidad.

La alabanza de la mujer que se propone Capra parte de una doble óptica, la de la *eccellenza* (que etimológicamente se relaciona con el concepto de superioridad) y la de la *dignità*, la nobleza del ser humano en la naturaleza. A partir de estos conceptos, considera que a través de las virtudes y los bienes de la fortuna se puede lograr el bien común. Todo ello aliñado con un tono irónico y divertido mostrando la necesidad de armonizar los placeres terrenales con los ideales cristianos.

Otro de los aspectos clave del esfuerzo humanista para una concepción positiva del ser humano es el interés por la observación del cuerpo humano que adquiere un carácter precientífico. Esta es una de las características más originales del tratado de Capra, apuntes novedosos sobre la psicología y fisionomía femenina que combina con sabrosos comentarios sobre el comportamiento de la mujer y su consideración en la sociedad de su tiempo.

No hay noticias ciertas sobre las causas de la muerte del autor, fechada el 23 de febrero de 1537 en Milán cuando le faltaban pocos días para cumplir 50 años. Al parecer, había enfermado dos años antes tras una caída de caballo; fue sepultado en la iglesia de Santa María dei Servi, donde todavía se encuentra una lápida -redactada por su hermano Baldassare- que lo recuerda con la inscripción de una oración fúnebre y la serie de cargos que había desempeñado. Gaudenzio Merula mencionaba con emoción la muerte del amigo en el libro I de su obra *De Gallorum Cisalpinorum antiquitate ac origine* (Lyon, 1538). Su figura siguió presente en las bibliotecas y en sucesivas reediciones europeas, especialmente los *Commentarii*

⁷ Kolsky, S. (2005). *The Ghost of Boccaccio: Writings on Famous Women in Renaissance Italy*. Late Medieval and Early Modern Studies; 7. Turnhout: Brepols.

de rebus gestis... y los escritos históricos. Capra pasó a las historias literarias de los siglos sucesivos, siendo muy estimado por la calidad de su pluma, así como por su integridad moral. Si bien se trata de una obra menor dentro de su producción, *Della eccellenza e dignità delle donne* se considera históricamente relevante por haber anticipado la eclosión de obras sobre el tema, inspirando la redacción de otros tratados de la *Querelle* en el área de influencia de la corte milanesa.

2. DELLA ECCELLENZA E DIGNITÀ DELLA DONNA

En este tratado, Galeazzo Flavio Capra encomia a la mujer enumerando su valor según las virtudes clásicas, definidas por Platón y la *Ética* aristotélica, reelaboradas en el ámbito cristiano. Precisemos que el concepto de virtud en el Renacimiento difiere mucho del medieval, basado en la aspiración a la rectitud de orden moral y en la contención. En el siglo XVI, sin embargo, sin abandonar el orden moral pero sí el ámbito religioso, la virtud se concibe como elemento práctico para alcanzar la perfección en la esfera humana y social. De este modo las virtudes se conciben como un medio para una vida feliz. En la esfera femenina, dentro de la nueva visión humanística, la virtud corresponde también a la capacidad de juicio y libre albedrío, pues a las antiguas imposiciones católicas de la castidad y fidelidad al marido, se suma una concepción de las virtudes como medio para alcanzar la excelencia y la dignidad personal dentro de un orden social con mayores libertades individuales.

La estructura de la obra responde al clásico esquema retórico: *exordium*, *narratio*, *confirmatio*, aplicado desde el plan general de la obra hasta la específica disposición de los argumentos dentro de cada sección o capítulo. Éstos, de esta forma, inician con la presentación de sentencias misóginas, contrapuestas a otras filóginas; a continuación, siguen los *exempla* a favor de las mujeres y concluye cada parte con el comentario final sobre cada virtud o costumbre femenina vencedora.

Capra ordena y apoya sus argumentos tanto en las virtudes éticas que permiten la victoria de la razón sobre los impulsos, persiguen el justo medio y se manifiestan como hábitos; como

en las virtudes intelectuales de la prudencia y la sabiduría. La obra se completa con consideraciones sobre los bienes de la fortuna y la belleza, que permiten revertir los supuestos defectos del sexo débil y persuadir al hombre sobre los beneficios que conlleva la defensa de las mujeres.

Tras el aviso al lector, en el que recurre a la convención literaria de publicar para evitar los errores del texto que circula de mano en mano, Capra comienza con un proemio sobre la razón por la que el hombre vitupera a las mujeres, que no es otra que el haber sufrido de amor o el alejarse de él para no padecerlo. Pero el autor desea contrastar dicha opinión presentando los motivos que evidencian que es más digna que los hombres. Asimismo, considera que el uso de la lengua romance favorece su defensa debido a la elegancia inherente a su prosa. Esta opción contrasta con el uso del latín de bajo estilo en el que se publican los escritos misóginos.

El autor presenta en el prólogo, de forma sintética, algunos aspectos importantes que favorecerán la interpretación del texto. Además de diseñar un discurso en el que la adecuación de la forma a la materia resulta relevante, evitando el uso del latín por la razón antes esgrimida, distancia su discurso del entorno religioso. Justifica así el interés del uso de la lengua romance por corresponder a los intereses del Estado, así como a los ideales literarios impulsados por los escritores de este siglo. La lengua utilizada por Capra responde a la exigencia expresiva de autores como Leon Battista Alberti, Pietro Bembo o Aldo Manuzio que publican y traducen obras clásicas en lengua vulgar. Coincide esta corriente de reivindicación de la lengua italiana con la difusión del tratado en los círculos humanistas y la sociedad ciudadana, donde participaban por primera vez mujeres cultas.

Capra aborda en su capítulo inicial el enfrentamiento entre hombres misóginos y filóginos, enumerando una serie de prejuicios masculinos. Para ello, elige los efectos negativos del amor utilizando ejemplos de *Il Corbaccio* de Boccaccio. Critica con ironía los discursos contra la mujer de Boecio, Fulgencio y otros *filosofantes* y contrapone, en los siguientes capítulos, razones a favor de la paridad entre hombres y mujeres. Para ello, ofrecerá una relectura de las obras literarias que han perjudicado

la concepción sobre la naturaleza femenina según un programa filológico y antropológico.

A partir de la definición de nobleza, que reside en los bienes del alma, el cuerpo y la fortuna, el autor construye una argumentación deductiva en la cual la bondad del alma se muestra en la alabanza de la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza; y donde el intelecto es elogiado, ensalzando la magnanimidad y el amor en su vertiente práctica y la doctrina o sabiduría en su vertiente especulativa.

¿Cuáles son los argumentos que Capra expone en favor de las mujeres? Comienza subrayando su excelencia en las virtudes teologales y cardinales. Respecto a los hombres, las mujeres sobresalen en la esperanza y la caridad por su devoción, en obras de beneficencia y por su fe en los milagros y la salvación eterna. En lo relativo a las virtudes cardinales, Capra recurre a razones de índole histórica y filológica⁸, para concluir que las mujeres les aventajan de igual modo en justicia y fortaleza de ánimo por su predisposición a beneficiar a toda la humanidad y a resistir a la concupiscencia, como nos muestran los ejemplos históricos.

En el capítulo sobre *La caridad de la mujer, esperanza y fe* demuestra que las mujeres son más piadosas que los hombres, visitan asiduamente los templos y mientras que los hombres injurian a Dios y los santos o van a misa solo atraídos por la presencia de cuerpos femeninos, ellas se inclinan ante Dios rogando con más devoción. Con respecto a la fe, curiosamente Capra la hace patente observando que ellas son más proclives a las falsas creencias, como la brujería, con ejemplos de magas que van desde Medea y Circe hasta las adivinas populares de su tiempo.

La virtud de la *justicia* en las mujeres deriva según el autor de su caridad, generosa con los pobres y necesitados. A diferencia de los hombres que prodigan dádivas para ostentar

⁸ La palabra “justicia” es desde el punto de vista gramatical de género femenino, al igual que la palabra “mujer”. Por ello, mediante un procedimiento metonímico, establece que la primera es consustancial a la segunda. Esta argumentación es a menudo utilizada por otros autores como H.C. Agrippa o J. Rodríguez del Padrón al mencionar los nombres de los continentes, de las artes liberales o de las virtudes.

riquezas, las mujeres son magnánimas debido a su sentido de la justicia. Además, entre ellas no hay delincuentes, ya que todos los bandidos y ladrones son hombres. Por lo tanto, de la justicia emanan otras muchas virtudes en las cuales la mujer supera al hombre, el autor destaca: la inocencia, la religión, la piedad, la amistad, el amor y la humanidad.

Sigue la *fortaleza*, que Capra muestra en la mujer a través de ejemplos, de Cleopatra a las teutonas prisioneras de Roma. Su fortaleza reside en vencer el dolor, el temor y las pasiones del alma. A lo largo de la historia ellas han mostrado que son valerosas ante la propia muerte e incluso las de sus hijos, mientras son raros los hombres capaces de sacrificarlos por el honor o la patria.

La *prudencia*, según el autor, es por excelencia la mayor virtud de las mujeres, y le viene dada por naturaleza. El argumento, de origen aristotélico, se apoya en la consideración de la naturaleza fría de la mujer, si bien *a priori* puede pensarse que se trata de una razón de índole negativa, esta se transforma en la cualidad de prudencia y autocontrol, gracias a la virtud, que contrasta con el carácter caliente del hombre, sujeto a la ira y al desequilibrio. Otros argumentos a favor de la prudencia son el carácter dubitativo de las mujeres, que se torna positivo al imponer el instinto a la reflexión cuando las circunstancias lo requieren. Y que las mujeres prefieren conservar los bienes a ganarlos, signo para el autor de que son buenas administradoras de la hacienda de sus maridos, con aptitudes superiores para el gobierno de la casa y el alivio de cargas cotidianas para esposos, hermanos o hijos.

Para proponer la *templanza* como gran virtud de la condición femenina, Capra asume, acorde con la teoría de Aristóteles, que las mujeres son más lascivas que los hombres. Mediante esta contundente afirmación, cobra valor el hecho de que las mujeres posean esta virtud que reúne los dones de la vergüenza, la modestia, la abstinencia, la honestidad, la sobriedad y el pudor.

La *magnanimidad* de las mujeres es resaltada en relación con su sacrificio frente a la comunidad para vencer la lujuria, o utilizar sus encantos a fin de salvar a su familia o su ciudad. Capra enumera ejemplos de la antigüedad: Judit, de nuevo Cleopatra, Tomiris, Zenobia, y un extenso repertorio de heroínas

que muestran una gallardía femenina casi sobrenatural en variados combates a lo largo de la historia humana.

El capítulo sobre *La dilección y el amor* repasa múltiples ejemplos de amor materno, pero luego se detiene especialmente en el amor marital y en los sacrificios de las esposas. Perdona a las mujeres por pensar solo en el amor, ya que ello es debido a que la sociedad no les da oportunidad de salir de casa y ocuparse de otros asuntos. Critica el hecho de que los hombres se lamenten por ser vencidos en el amor, cuando esto es una dicha y no una vergüenza, ya que tiene como premio vivir lícitamente junto a seres amables y superiores en virtud.

Con respecto a *La doctrina*, clasificada dentro de las virtudes especulativas, Capra afirma que las mujeres podrían sacar más provecho que los hombres si fueran a la universidad. La historia de escritoras y filósofas de Grecia y Roma atestigua que en cuanto a inteligencia no son inferiores al hombre, el problema es que no se dedican al estudio. No obstante, la suavidad de su carne es prueba de una mayor inteligencia por transformarse en un atributo que confiere flexibilidad al ingenio y se pone al servicio del aprendizaje. De este modo, esta característica física se asocia a un rasgo intelectual. Destaca también numerosos ejemplos de mujeres que han destacado como gobernantes, sibilas o sacerdotisas.

En relación con la belleza y la fortuna, el autor declara que la naturaleza ha dado mayores dones a la mujer. Frente a la fealdad del hombre se describe la perfección del cuerpo femenino a través del retrato ideal. El atractivo físico justifica la universal admiración de la mujer tanto en el arte como en la realidad y de ahí la necesidad de ser discreta y cubrirse. Su naturaleza húmeda se debe al equilibrio de sus proporciones, dotando a sus cuerpos de más gracia que al hombre, seco y macilento. La fortuna para la mujer no consiste en ser rica sino en ser amada por los suyos, amigos, hijos y especialmente maridos.

Como colofón del tratado, en el capítulo titulado *Concluye por muchas razones la excelencia de las mujeres*, el autor repasa en síntesis los argumentos más relevantes expuestos anteriormente, y se declara amigo de las mujeres y abierto valedor de sus mercedes, que fácilmente ha podido demostrar gracias al dominio de la elocuencia, pero también a la

experiencia del amor que le ha consentido admirar los dones naturales de la mujer y vivir la dicha de su amorosa compañía.

La obra, a pesar de su novedad y afán divulgador, adolece de cierto esquematismo, ya que los argumentos aportados en cada sección se superponen de forma sintética y sin espacio alguno para la reflexión. Se diría que Capra limita el alcance de su mensaje filógino a causa de una excesiva enumeración de variadas razones para alabar a la mujer; pero sin ahondar en las implicaciones o consecuencias de cada una de ellas en la vida social y la relación entre los sexos. De este modo, el avance hacia el pensamiento sobre la igualdad está entorpecido al comparar a la mujer en todo momento con el sexo masculino; impidiendo, en última instancia, el desarrollo de las virtudes femeninas por méritos propios. En otras palabras, tanto en éste como en el resto de los tratados renacentistas sobre la *Querelle*, el hombre sigue siendo el intermediario entre la mujer y la creación; mientras que -según el espíritu humanista- todos los tratados sobre la dignidad del hombre habían confrontado la virtud masculina con la imagen de Dios.

3. FUENTES Y ORIGINALIDAD

En el análisis de su argumentación descubrimos las fuentes de las que bebe Capra para construir su armazón retórica. Es preciso recordar que este género de tratados medía su prestigio en relación con la capacidad de erudición del orador, que en este caso se juzgó excelsa. La originalidad -si es que en el s. XVI se puede usar el término con el sentido actual- consistía no tanto en exponer opiniones novedosas, cuanto en conjugar de forma ingeniosa las sentencias y ejemplos de la tradición, que eran bien conocidos por los receptores. Como se verá, en esta obra la lista de fuentes mencionadas de forma directa es muy vasta, pero aún lo es más la de aquellas filtradas a través de otras autoridades, en un proceso de continua retroalimentación y síntesis aplicada a la vida práctica.

Un estudio completo de las relaciones literarias, filosóficas y científicas de Capra sería interminable y por fuerza incompleto. Observamos, por ejemplo, que le resulta imprescindible recurrir al apoyo que supone la personificación de las virtudes que posee

la mujer a través de ejemplos extraídos de obras clásicas (Homero, Pitágoras, Heráclito, Safo, Plauto, Ovidio, Cicerón, Platón, Virgilio, Tucídides...), del Génesis, de San Pablo, de San Jerónimo y de catálogos de modelos femeninos.

Il Corbaccio o *Laberinto di amore* de Boccaccio es una de las principales referencias del proemio, citados por Capra al exponer y refutar la postura misógina del hombre despechado de amores; también encontramos comentarios sobre el *Filocolo* y *Amorosa visione*. Son frecuentes los reenvíos a los cuentos del *Decameron*, especialmente relacionados con el deseo o la argucia de las mujeres. Mucho más importante, sin embargo, es la evocación a *De mulieribus claris*, que a su vez reescribe un centenar de vidas de mujeres de la antigüedad legadas por Plutarco y Ovidio, y que -como ha visto la crítica- constituye el modelo de imitación de toda la tratadística de la *Querelle*⁹. Sin detenerse en ampliar o retocar los ejemplos, Capra recuerda del catálogo de Boccaccio las figuras de Medea, Circe, Medusa, la serie de mujeres amazonas, la sibila de Cumas, las antiguas reinas Argia, Manto, Camila, Dido, Cleopatra, Carmenta la inventora del alfabeto latino, Safo, Tomiris, Zenobia, Porcia. Excluye la figura de Juana I de Nápoles, destinataria del tratado de Boccaccio, así como los retratos medievales, con la clara intención de remarcar las virtudes femeninas de la historia clásica.

De Petrarca el autor selecciona la obra en vulgar, los *Trionfi*, el *Canzoniere* y en menor medida *De vita solitaria*; monumentos literarios que constituyen la otra fuente primordial del Trecento italiano, cuyos retratos forjaron los ideales de humanidad¹⁰ en la cortes renacentistas, traduciendo con gran belleza y originalidad los ideales poéticos de Virgilio, Cicerón, Ovidio, Lactancio, Plauto, Lucrecio y otros paradigmas clásicos, por primera vez relacionados con los escritos de San Jerónimo y San Agustín. El *Canzoniere* instauró los dones espirituales del ideal amoroso, encarnados en Laura como prototipo de mujer

⁹ Cfr. Kolsky, S. (2005), *o.c.*

¹⁰ Para el estudio de Petrarca como primera figura del humanismo europeo, véase el estudio fundamental de Francisco Rico (2014). *El sueño del humanismo. De Petrarca a Erasmo*. Barcelona: Crítica.

culta; mientras que los *Trionfi*, adaptados del género elegíaco latino¹¹, traducían los modelos morales romanos en una sociedad que aspiraba a ser más humana o civilizada¹². Capra recurre especialmente al *Trionfo di Amore*, compuesto en forma de sueño, donde Petrarca representaba a Cupido triunfante, seguido de una larga procesión de amantes clásicos, a los cuales añadió luego algún ejemplo medieval, incluso la propia Laura. Se reflejan en la obra los amantes cantados por Virgilio y Ovidio, la cual Petrarca concluye en tono melancólico con la evocación de las desilusiones del amor. Capra menciona sin desarrollo los ejemplos femeninos de Venus, Porcia y Judit; del *Trionfo della Pudizia* menciona a Tomiris y Zenobia; de la *Fama* a Palmira; a Melania de *Vida solitaria*; en una superposición de fuentes presentes tanto en los tópicos literarios medievales como en la literatura latina. Así pues, en la obra de Capra se cumple literalmente el ideal de autoridad poética como fundamento para la argumentación a favor de las mujeres, tal como había asumido la cultura renacentista. Pero Petrarca encarna también el principal modelo de síntesis entre la cultura pagana y la cristiana, muestra de ello es que Capra cita el soneto del *Canzoniere* dedicado a Cristo para justificar la elección de sexo al elegir al hombre y no a la mujer en su venida al mundo.

De la Biblia escoge algunos ejemplos de mujeres del antiguo testamento, como Judit, por su valor para salvar a la ciudad, o las hijas de Lot por sacrificarse para tener hijos justos en la ciudad de Sodoma. El *Génesis* es sin duda el libro privilegiado

¹¹ En época clásica un Triunfo celebraba la victoria de un general a su vuelta a Roma en procesión hasta el Capitolio.

¹² Como se recordará, Petrarca había iniciado sus estudios clásicos a partir de la anotación a la *Historia de Roma* de Livio. En 1333 en un viaje a Lieja halló el manuscrito del discurso *Pro Archia*, de Cicerón, hasta entonces desconocido. A partir de ese momento, Petrarca (que hablaba de Cicerón y Virgilio como hermanos) elaboró el concepto de *humanitas*, con un sentido universal, que relacionaba el progreso de la nación con el progreso interior del individuo. Según esta idea, todos los hombres comen y trabajan, pero no todos descubren las artes, la técnica y las letras. Cuando en una nación la mayor parte de los individuos conjugan la vida práctica con el estudio (el aprendizaje de la moral a través de la poesía y la historia antiguas), se produce una transformación de su interior que a su vez extiende la acción humana hacia el mundo exterior.

por Capra, especialmente los pasajes sobre la creación de la mujer a partir del hombre y la expulsión del paraíso terrenal, dos lugares comunes para el vituperio de las mujeres. La reproducción en la mujer se compara con la generación divina, y constituye el principal bien de la naturaleza, entendida como don divino. Si después Eva mordió la manzana, que con malas artes le ofreció el diablo, fue por compartirla con Adán y por inocencia, mientras él hubiera debido cuidar de ella y tener más sensatez por haber nacido primero y ser el mayor. Apenas se encuentran referencias sobre otros pasajes bíblicos, salvo al final, en alusión a Cristo nacido en forma de hombre para mayor humildad, y a la bondad y gracia de María, su madre, que supera a todas las mujeres y sin embargo no fue oficiante de su Iglesia.

Recurre en algunos pasajes a la *Historia natural* de Plinio como fundamento a su argumentación basada en las características físicas de la mujer. De *Las metamorfosis* de Ovidio, retoma famosos retratos de mujer, y realiza una interpretación original sobre la posición supina al hacer el amor que enaltece a las mujeres.

Otra referencia esencial para el autor, como para sus contemporáneos, fue la obra de Publio Valerio Máximo, que en época del emperador Tiberio escribió la historia de Roma en su obra: *Hechos y dichos memorables*. El catálogo de matronas romanas que dieron ejemplo a la civilización fue ampliamente consultado por los escritores renacentistas. Capra, ciertamente con una mentalidad más laica que religiosa, privilegia las virtudes romanas con respecto a las teologales.

Capra sigue a Platón o Aristóteles en su encomio de las virtudes clásicas, reelaboradas en el ámbito cristiano. Asume argumentos de la *Ética* aristotélica tales como la natural capacidad de amar de la mujer, lo que la convierte en el ser idóneo para ser madre y esposa; su capacidad de contención frente a las pasiones o su voluntad activa hacia el bien.

Aristóteles es el autor misógino por excelencia, llamado en la obra sencillamente: el filósofo, por tratarse de la fuente más conocida. Capra no niega su autoridad, pero intenta una relectura tangencialmente positiva con respecto a la posición de la mujer en el mundo. Por ejemplo, en relación con la naturaleza húmeda o fría de la mujer, según el autor, es algo que la mujer

utiliza en favor de la virtud de la prudencia. En cuanto a las enseñanzas aristotélicas de *Reproducción animal*, sobre el hedor y las menstruaciones, el autor sostiene que las menstruaciones o purgas son saludables. En estos argumentos Capra bebe también de las enseñanzas de Hipócrates y Galeno.

Con respecto a autores coetáneos, es evidente la influencia de *De institutione foeminae christianae* de Vives, y los tratados contemporáneos *De re uxoria* de Francesco Barbaro e *Institutio sancti matrimonii* de Erasmo, como analiza Doglio, si bien es notable la omisión de citas literales.

La influencia ejercida por Erasmo en Capra es lógica si consideramos que se conocieron y que Capra lo tradujo al italiano. L. D'Ascia¹³ evidencia este vínculo aventurando cómo sería el proceso de escritura de Capra. Para ello, considera que este autor confrontaba fragmentos originales y traducidos y aclimatava la prosa original mediante variantes y añadidos. Este procedimiento sería aplicado de forma similar por Capra respecto a otras fuentes contemporáneas, por ejemplo, Piccolomini o la *Fabula de Orfeo* de Poliziano. Combina la relectura de autoridades con argumentos curiosos que sin duda son la parte más original del tratado, pues rompen la rigidez escolástica al hablar desde la propia experiencia de aspectos como: la condición física, la postura en el coito, la salud y la menstruación, el aseo personal, el comportamiento con el marido y los hijos, la lujuria, la devoción y brujería o la capacidad para la justicia y el estudio.

La cultura humanística de Capra condensa una larga tradición de la cual solo hemos mencionado parte. Para la enumeración completa de las fuentes clásicas y medievales del tratado, puede consultarse el apéndice final a la edición crítica de M.L. Doglio, si bien cualquier intento de agotar las fuentes será incompleto, teniendo en cuenta que el autor maneja una extensa biblioteca clásica de forma indirecta en un esfuerzo por armonizar fuentes cristianas y laicas.

¹³ D'Ascia, L. (1990). "Galeazzo Flavio Capella traduttore di Erasmo", *Lettere Italiane*, 42(1), 66-88.

4. ASPECTOS AMBIGUOS ¿IRONÍA O MISOGINIA?

No es raro que en los textos renacentistas convivan la filoginia y la misoginia en el mismo autor e incluso la misma obra, como ha observado acertadamente la crítica feminista¹⁴; ya que las mismas ideas de filósofos de la antigüedad o poetas, los mismos ejemplos y esquemas retóricos, pasaban de una obra a otra como expresiones esclerotizadas de la confrontación entre sexos, cuando en realidad eran solo la manifestación más vistosa de una transformación social mucho más profunda y compleja. Así, la obra de Boccaccio fue una de las fuentes principales de referencia para Capra, a favor de las mujeres en *De mulieribus claris*, pero también en contra de estas, en el *Corbaccio*. Ironiza contra filosofantes sabelotodo y poetas que ladran a las mujeres al calificarlas de volubles e interesadas, pero al tiempo sigue la doctrina aristotélica y las enseñanzas hipocráticas sobre la naturaleza húmeda y fría de la mujer. La dificultad para discernir en qué bando situar al autor -más allá de su declaración de intenciones- aumenta si consideramos que con demasiada frecuencia éste utiliza argumentos misóginos a fin de llegar a conclusiones filóginas, y en ambos extremos del debate (que representa como un duelo a esgrima ideal) Capra se muestra seguro de sí mismo, mezclando con pleno dominio retórico temas muy dispares, al enfilarse con la punta de su espada tanto el *Génesis*, como la historiografía romana, la hagiografía, el refranero e incluso jugosas narraciones eróticas medievales. Aspecto éste que deja entrever como posibles intenciones del autor el placer por discurrir en público sobre el sexo según el gusto palaciego y cierta frivolidad o vanagloria en el arte de ironizar sobre los temas.

Lo cierto es que el método compositivo del tratado relaciona de forma desigual el enorme sedimento de la tradición, dando cuerpo a argumentos que pretenden unir los conocimientos

¹⁴ Cf. Pellegrin, M. F. (2013). "The Quarrel of the women is it a quarrel? Philosophy and pseudo-linearity in the history of feminism", *Seventeenth-Century French Studies* 35(1): 69-79. Archer, R. (2001). *Misoginia y defensa de las mujeres. Antología de textos medievales*. Madrid: Cátedra.

sobre la mujer (*topos*) de las distintas disciplinas: amor, filosofía, medicina, fisiología, filología, literatura, historia, teología..., junto a opiniones y observaciones sobre el comportamiento del autor. Sin embargo, el procedimiento es arriesgado y a menudo en el discurso surgen contrastes entre las fuentes de autoridad. De hecho, a pesar de declararse afín al sexo femenino, Capra encierra en ciertos fragmentos ambigüedades y contradicciones que reflejan claramente la dificultad de asimilar los cambios en la educación de la mujer en las primeras décadas del s. XVI; pues en el planteamiento retórico de persuasión sobre la dignidad de las damas, a menudo escoge argumentos equívocos o paradójicos, justificando la superioridad intelectual femenina más con la belleza que con sus dotes racionales.

Desde la tradición medieval, no era insólito asociar la excesiva agudeza de ingenio de las filósofas con lo monstruoso, razón por la cual los pensadores neoplatónicos insisten en relacionar la inteligencia con la armonía corporal, como se observa en esta obra. Sin embargo, a partir de los elogios y catálogo de ejemplos femeninos aducidos por Capra no se puede aún establecer un encomio de las cualidades reflexivas o intelectivas de la mujer en el estudio de la filosofía o la ciencia, ámbitos observados de forma somera en el tratado. En particular, el párrafo dedicado al elogio de la doctrina femenina no alude a ninguna filósofa ni escritora en vulgar italiano. Tampoco profundiza en reflexiones que incidan en el valor de la educación o la necesidad de equiparla al hombre. La argumentación prosigue recalando la relación de la agudeza con el cuerpo, como ya hemos observado, entroncando nuevamente con el concepto de cuerpo humano como reflejo de la complejidad y belleza de la creación.

Resulta ambigua también la argumentación del autor sobre la dignidad del cuerpo femenino. La descripción de su belleza se realiza en los capítulos finales, pero sujeta a la función esencial de la procreación y a la obediencia dentro del matrimonio. La refutación de los *topos* misóginos sobre la impureza femenina debido a las menstruaciones, la contención de la lujuria mediante el sentimiento de vergüenza y la abstinencia gracias a

la educación de las costumbres son elementos polémicos que no parecen sintonizar con la posición filógina.

Asimismo, no deja de sorprendernos el hecho de que Capra asegure que la posición tradicional que ocupa la mujer durante la relación sexual, unida al deber natural del pudor, le otorga mayor dignidad por permitirle dirigir la mirada al cielo. Un argumento parecido es esgrimido por Pico della Mirandola en *De ente et uno*.

Todo ello nos hace preguntarnos si Capra está realmente de parte de las mujeres o si la argumentación pretende solamente divertir a un público prevalentemente masculino mediante un juego retórico fuertemente apegado a los valores patriarcales. La osadía de Capra al incluir modelos de mujer negativos, incluso de mujeres contemporáneas acusadas de brujería, demuestra su dominio persuasivo. Pero la confianza del autor a la hora de transformar la crítica misógina contra el erotismo femenino en motivo de ensalzamiento cae bajo sospecha por su propia artificiosidad.

5. RECEPCIÓN E INFLUENCIA EN OTROS AUTORES

Atendiendo a las fechas de publicación y circulación de la obra de Galeazzo Flavio Capra, así como a los argumentos utilizados en defensa de las mujeres, podemos establecer afinidades con obras como *De nobilitate et praecellentia foeminei sexus* (1529) de Heinrich Cornelius Agrippa o el *Triunfo de las donas* (1430-1441) de Rodríguez del Padrón. Las obras de estos autores, citados anteriormente, son consideradas un referente de la *Querelle des femmes* en el ámbito francés y español respectivamente y ejercieron una notable influencia en otros autores. Ambos textos realizan un retrato moral, espiritual y físico de la mujer como tantos otros dentro de la tradición de la *Querelle*, pero lo que los hace singulares es, por una parte, su fecha de composición y divulgación y, por otra, el hecho de que son distintos de las defensas y alabanzas de las mujeres que circulaban por Europa. Una de las razones se debe a que hablan mal de los hombres, lo cual no sucedía en los tratados anteriores.

En el caso del texto de Agrippa, aunque fue publicado en 1929, todo hace pensar que pudo circular previamente en los círculos humanistas que el autor frecuentaba o gracias a sus amistades¹⁵. Roland Antonioli explica en sus notas a la edición de la obra que probablemente fue compuesta en 1509 en Dole, como lección inaugural para el comienzo de curso en la universidad en la que había sido contratado. Coincidiría con Capra en la circulación de las obras antes de su publicación. Este hecho dificulta el establecimiento de un orden de influencias. Antonioli asocia, sin embargo, ambos ensayos; por suponer el paso del feminismo de corte al feminismo sabio, lo cual constituiría su gran originalidad. La mujer ya no era reverenciada en el ámbito de la literatura del amor cortés, situado fuera del mundo, sino considerada dentro del propio mundo por su excelencia en el orden de la naturaleza y la creación.

Asimismo, circunscribe este rasgo determinante al entorno geográfico del norte de Italia, lo que nos lleva a pensar cómo pudo Agrippa relacionarse con esta corriente. Analizando los hechos biográficos de su vida, descubrimos entonces que realizó largas estancias en Pisa, Turín y Pavía de 1511 a 1518, frecuentando posiblemente los mismos círculos diplomáticos y humanistas que Capra¹⁶. La obra de Agrippa fue ampliamente distribuida en Europa, relanzando la *Querelle des femmes*

¹⁵ Antonioli, R. (1985). "L'image de la femme dans le *De nobilitate et praevalenti foeminei sexus d'H. C. Agrippa*", en *Acta Universitatis, Lodziensis. Folia litteraria* 14 (1985): 37.

¹⁶ Fue allí enviado por el emperador Maximiliano para escoltar el oro destinado al ejército imperial y, una vez allí, llevar a cabo negociaciones diplomáticas. Allí establece numerosos vínculos y amistades. Dio conferencias en las universidades de Turín en 1512 y en Pavía entre 1515 y 1518. Se casó con una mujer pavesana. Se refugió en 1512 en la corte del duque de Monteferrato huyendo de los suizos. Entre 1513 y 1514 se halla entre Suiza (donde fue enviado por Maximiliano para negociar con los suizos) y Lombardía, en 1514 en Roma (en marzo deja de estar a servicio del emperador) y en 1515 en Brindisi y de regreso al norte de Italia. Se refugió de nuevo en Monteferrato a finales de año porque los franceses conquistan Milán y por ello tiene que huir y estará allí hasta principios de 1517. En 1518 se marcha a Metz.

gracias a sus traducciones al francés, al alemán, al inglés, al italiano, al flamenco y al polaco.

En el caso de la obra de Juan Rodríguez del Padrón, sabemos que fue traducida al francés en 1459 o 1460 por Fernando de Lucena para Felipe III de Borgoña y que Agrippa pudo tener acceso a ella a su paso por París o por Bourgogne.

Para cotejar estos textos, tomaremos como guía la obra de Capra de forma que conozcamos en qué medida coinciden temas y argumentos.

Podemos establecer el punto de partida en la consideración de las virtudes morales y espirituales de las mujeres. Para Capra, las mujeres son más piadosas y misericordiosas, frecuentan más la Iglesia y las prácticas cristianas que los hombres, por lo que superan a estos en caridad, así como en esperanza y fe. Rodríguez del Padrón coincide igualmente en la esperanza y piedad de las mujeres. Agrippa asegura que estas virtudes son constantes en ellas y para demostrarlo se apoya en las Santas Escrituras.

Las mujeres también son elogiadas por estos autores cuando se ocupan del cuidado de los enfermos. Agrippa llega a mencionar las cualidades curativas de la leche o del calor de sus senos, Capra coincide con el valor sanador del calor femenino y Rodríguez del Padrón afirma de forma general que en ausencia de una mujer el enfermo experimenta mayor sufrimiento.

La magia también se esgrime como tema en el que las mujeres destacan. Capra vincula el arte de la magia a la fe, para Agrippa su superioridad en este campo no muestra sino su gran capacidad para aprender y destacar en cualquier disciplina. En cambio, Capra evita opinar sobre la bondad o maldad de este arte, exponiendo que existen sin embargo ejemplos de ambas posibilidades. Tanto Agrippa como Capra mencionan a Circe y Medea sin llegar a etiquetar sus acciones de forma peyorativa.

Sobre la ventaja de las mujeres en la virtud de la justicia, opinan de igual modo los tres autores. Capra y Rodríguez del Padrón asocian este don al de la caridad y coinciden en que son hombres aquellos que cometen los actos criminales más reprobables. Las mujeres son más justas y prueba de ello el largo listado de hombres malvados de las santas Escrituras que tanto Agrippa como Rodríguez del Padrón presentan. Capra da

un paso más allá para demostrar que las mujeres aventajan a los hombres en esta virtud. Considera que de ella se derivan otras virtudes como la inocencia, la piedad, la amistad, el afecto, la religiosidad o la humanidad.

Capra y Rodríguez del Padrón subrayan la fortaleza de las mujeres, este último menciona particularmente la del corazón frente a la física. Capra se extiende observando que esta virtud les aleja del deseo de hacer el mal y las ayuda a vencer el dolor, el temor y las pasiones. Presenta ejemplos que dan fe de valor frente a la muerte propia o a la de los seres queridos.

La prudencia es otra de las virtudes reseñadas en este catálogo de elogios de la condición femenina. Como en el caso de otros dones, se asocia a otras cualidades como el ingenio, la agudeza, la voluntad, la facilidad por aprender, el intelecto, la razón y la discreción. Así como Aristóteles, Capra y Rodríguez del Padrón derivan esta virtud de la calidad de la piel femenina, así como de su complexión fría que tan solo entraña una dificultad según Capra, la capacidad de tomar decisiones en momentos clave. Los tres autores se apoyan en estos argumentos para liberar a Eva de la responsabilidad del pecado original. Capra estima que Adán debía haber sido más prudente por haber sido creado antes, ya que esta virtud requiere una larga experiencia; en cambio Agrippa y Rodríguez del Padrón culpan solo a Eva de su ignorancia.

¿Cómo se explica entonces que Dios decidiera encarnarse en la figura de un hombre en vez de en la de una mujer? Estos autores consideran que se debió a su naturaleza inferior y a la necesidad de restituir la gracia por el hombre perdida desde su expulsión del paraíso.

Para justificar la cualidad de la templanza en las mujeres, Capra la asocia a otras características como la vergüenza, la modestia, la abstinencia, la honestidad, la sobriedad y la decencia. Oponiéndose a Aristóteles, las considera más capacitadas para vencer los deseos carnales y se apoya particularmente en Petrarca y Heráclito para defender su argumento. ¿Cómo reforzar esta argumentación? Una vez que ha recurrido a otros autores, se sirve de la *Historia natural* de Plinio para fortalecer su demostración: el cuerpo de las mujeres, por su estructura, debería flotar o quedar al caer boca arriba, sin

embargo, sorprendentemente sucede lo contrario. ¿Cuál es la razón? Esto se debe a su honestidad, según Capra, y para Agrippa a su pudor. Este añade junto a Rodríguez del Padrón la posibilidad de tener un largo cabello que les permite ocultar su sexo, que además no es prominente, a diferencia del de los hombres.

La capacidad de amar es solo mencionada por Capra de forma más detallada, frente a la mención general que realiza Rodríguez del Padrón. En este argumento sigue Capra de nuevo a Aristóteles al mencionar que se trata de un don de la naturaleza vinculado al cuidado de los hijos y subraya el amor y devoción que dedican a sus maridos.

Tras esta serie de virtudes, Capra pasa a exponer sus razonamientos sobre la capacidad intelectual y discursiva de las mujeres.

Como hemos señalado anteriormente, las mujeres tienen una mayor predisposición para aprender. Capra defiende la sabiduría, la elegancia de discurso y la agudeza de ingenio de las mujeres frente a la malvada intención de quienes pretenden asociar la sabiduría y elocuencia de estas a la locura y a la animalidad. Capra considera que si desearan estudiar sacarían más provecho que los hombres, dada su capacidad. En apoyo de este argumento despliega un listado de ejemplos de excelentes poetisas, de mujeres de letras romanas y acude incluso a los filósofos que, refiriéndose al mundo animal, sostienen la capacidad de aprendizaje de las hembras, entre las cuales destacan las mujeres. Capra avanza aún más, asociando el diseño del cuerpo femenino a su ingenio (belleza, medidas proporcionadas, suavidad y delicadeza de la carne...).

Agrippa destaca la elocuencia de la mujer, su capacidad poética y su persuasión discursiva, acompañando su razonamiento de un largo listado de ejemplos, que podría ser más amplio si no se prohibiese el acceso de las mujeres a la educación.

Llegamos a la parte consagrada específicamente a la belleza y a las cualidades físicas de la mujer, si bien hemos mencionado ya algunas. Hallamos este tema en los tres autores quienes coinciden en su aspecto agradable y atractivo a los sentidos. Capra distingue dos tipos de belleza física, la vinculada al deseo

y al amor, y otra vinculada a la dignidad y majestad de los seres humanos. Sin embargo, Agrippa y Rodríguez del Padrón se inspiran en Aristóteles para interpretar esta belleza como reflejo divino.

Proceden a presentar distintos signos de belleza, como es el hecho de no tener barba. Para Capra y Agrippa es un rasgo que acerca el hombre a los animales salvajes y le resta belleza. Rodríguez del Padrón junto a Agrippa añaden que se trata de un atributo vinculado a la suciedad, ya que es la forma de expulsar las impurezas. Por tanto, los envilece, aún más si consideramos que lo hacen a través de la cara que es la parte privilegiada del cuerpo. Si la barba perjudica a la belleza masculina, también lo hace el hecho de quedarse calvo, tal y como apuntan Agrippa y Capra, cosa que no sucede a las mujeres.

Capra prosigue con una descripción descendente que se inicia en la cabeza, particularmente en los ojos. Coincide con Agrippa en su resplandor, capaces para Capra de iluminar y de vencer las tinieblas de la noche, atribuyéndoles un poder sanador.

Continúa Capra con el resto de los elementos del rostro, precedidos por epítetos que dibujan una imagen de mujer de frente ancha, cejas arqueadas, una nariz de perfecto perfil, una boca roja, unos dientes blancos y bien alineados, una barbilla sin vello, unos pómulos redondeados y tersos. Termina su descripción física hablando de los genitales mediante un eufemismo, atribuyéndoles tal belleza que empujan al amor y al deseo.

Rodríguez del Padrón afirma la superioridad de belleza de la mujer apoyándose en el *Libro de la naturaleza de los animales* de Plinio y en Aristóteles. Tras mencionar la suavidad y blancura de la piel, describe un rostro alegre, apacible y de tez clara; el mentón, un cuello largo, suaves cabellos como hilos de oro y una voz suave, clara y fina. Sus pies, sus manos y otras extremidades son más sutiles y delicadas que las del hombre.

La descripción de Agrippa es mucho más extensa, abarca todo el cuerpo y nos presenta cada parte también según un orden vertical descendente.

Conviene estos autores en resaltar la blancura de dientes y piel. Si bien coinciden en rasgos simbólicos con colores comunes como el rojo de la boca o la blancura de los dientes,

propios de la imagen de belleza petrarquista, Agrippa y Capra realizan una descripción más voluptuosa mencionando partes que, a nuestro juicio, no se mencionarían en el caso de imaginar a una madona. Se trata de un tipo de belleza pura pero ardiente en la que la sensualidad es sublimada.

No podemos dejar de recordar sin embargo que Agrippa conserva, junto a Rodríguez del Padrón, la idea de que la belleza de la mujer es reflejo de la divinidad. Según Antonioli, en el caso de Agrippa se debe a la influencia de Marsilio Ficino, a la teoría platónica del amor, a los tratados herméticos o a la mística cristiana sobre el esplendor divino que ilumina los cuerpos¹⁷.

Otro rasgo de la belleza femenina mencionado de nuevo tanto por Capra como por Agrippa es la adecuada proporción del cuerpo femenino. Para Capra está vinculado a su carácter húmedo que, gracias a la menstruación y las purgas que esta conlleva, permite que además goce de buena salud. Los tres autores coinciden en esta visión positiva frente a la acusación de suciedad, impureza y hedor por parte de escritores misóginos. Agrippa va más allá enumerando como ventajas de su sangre la capacidad de curar enfermedades y otras de índole esotérico como apagar incendios, calmar tormentas o alejar el mal y los malos espíritus.

Asocian en cambio al hombre con la suciedad por su incapacidad para eliminar impurezas salvo cuando se lava, y tampoco entonces lo logra pues por más que lo intente deja el agua sucia por desprender la materia a partir de la cual fue creado, según Capra. Agrippa y Rodríguez del Padrón aseguran como contraste que la mujer siempre deja el agua limpia tras lavarse, lo que prueba su pureza.

Otro rasgo común que encontramos en las obras de estos autores es el elogio a la capacidad de creación de las mujeres, rasgo que las acerca a la divinidad. Ellas están preparadas física y anímicamente para engendrar. Y en relación con la creación, su leche adquiere unas cualidades dignas de un elixir sagrado, capaz de transmitir las propiedades de la sangre, administrando

¹⁷ Antonioli (1985), *O.c.*: 29.

fuerza vital a los hijos, curando a los enfermos o sirviendo de sustento a adultos.

Concluamos que el análisis comparatista de estas obras pone de manifiesto la conexión ideológica entre los textos y el vínculo entre la naturaleza física y las cualidades morales e intelectuales de las mujeres, incidiendo en la predilección de la naturaleza por las mujeres. La circulación de temas y argumentos en esta defensa y apología de las mujeres queda patente en este cotejo de textos, que nos prueba que circulaban en los medios cortesanos y humanísticos atravesando fronteras.

6. NOTICIAS SOBRE EDICIONES ANTIGUAS. LA EDICIÓN ACTUAL

A pesar de considerarse una obra menor en la producción del autor *Della eccellenza e diginità delle donne* ha tenido cierta fortuna editorial. En vida de Capra, como se ha dicho, disfrutó de tres ediciones, en 1525, 1526 y 1533. La edición *princeps* de Roma, ha sido la base para las ediciones modernas en Italia. La segunda de las ediciones venecianas, a cargo del prestigioso sello de Aldo Manuzio, se asimila a la obra más extensa de la *Anthropologia*, cuyo segundo libro se corresponde con nuestra obra. Esta última edición se produjo en un momento de transición entre las dos familias herederas del impresor Aldo Manuzio, muerto en 1508, razón por la cual en ella aparecen los nombres de Manuzio y Torresano.

Imagen 2: Portada de *Anthropologia*



Fuente: *Anthropologia*, Galeazzo F. Capra (1533)

Hay que destacar que el tratado sobre la mujer adquiere en la edición definitiva una interpretación alterada con respecto a las dos primeras. Ello se debe a que en *Anthropologia* Capra plantea la obra como la segunda parte de un diálogo con tres personajes, acentuando la estructura trimembre: intervienen Musicola, para alabanza del hombre; el médico Girolamo Segazzone, como aliado de la mujer; y micer Lancino Curtio, un poeta versado en todas las artes, que refuta las dignidades del hombre y la mujer, superando ambas visiones parciales desde una perspectiva moderada y consciente de las miserias de ambos o las banalidades del mundo. Es en esta edición cuando aparece un escenario concreto, pues el coloquio se desarrolla en casa de la noble dama milanese llamada Iphigenia. En la primera página el autor modifica la justificación inicial, indicando que en su juventud había redactado la obra para una dama que se la había pedido y creía que ella la habría leído en secreto; y que si ahora la volvía a editar era para darla a otros y completarla diciendo de las dignidades del hombre y la naturaleza del mundo, en un tiempo de guerra en el cual no podía “ne alla patria, ne a gli amici, ne a me stesso in altra cosa giovare”¹⁸.

¹⁸ Cf. Capra, G.F. (1553). “Al lettore”, *Anthropologia*. Venezia: Manuzio-Torresano, 2.

En *Anthropologia* el discurso sobre la superioridad del hombre se basa en la aplicación de las actividades prácticas y en las disciplinas que lo distinguen por sus dotes naturales e intelectuales, como la agricultura, la caza, los juegos, las empresas espirituales, la amistad, el valor en combate, la capacidad de mando en las profesiones divinas y civiles y las artes liberales. La colocación del diálogo sobre la mujer en segundo lugar subraya la competición de los sexos y la supeditación de lo femenino al orden establecido por los varones. El texto no presenta cambios, pero su interpretación filógina queda mitigada por las argumentaciones que la preceden. De la mujer -como ya hemos expuesto-, Capra alaba la sabiduría donada por la naturaleza, en estrecha relación con la belleza corporal, y la supremacía en las virtudes teologales y cardinales en el ámbito de la familia y la casa con abundancia de ejemplos históricos. Es curioso que de las mujeres se ocupe el personaje médico, pues indica la curiosidad científica incipiente. El tercer libro deconstruye todos los argumentos anteriores y abre interrogantes sobre la opinión del autor, que parece estar en los tres personajes y en ninguno.

El mensaje de Capra, en efecto, a distancia de poco menos de una década, parece transfigurado. Quizá debido a la edad (morirá cuatro años después de la edición de *Anthropologia*) o el estado de ánimo del autor; quizá porque el pequeño tratado editado en 1525, en realidad, ya había circulado durante años en forma de manuscrito y su influencia se había dejado sentir con fuerza en los círculos intelectuales, mientras en 1533 había llegado el momento para Capra de concluir su obra fijando cierto equilibrio. En cualquier caso, *Della eccellenza e dignità delle donne* en su primera edición de 1525, separada de los añadidos finales, es la que ha superado el tiempo e interesa estudiar por su datación temprana.

La crítica actual reconoce como edición autorizada la realizada por M. L. Doglio¹⁹ para la casa Bulzoni de Roma, en

¹⁹ Prestigiosa investigadora de la Universidad de Turín, Maria Luisa Doglio es experta en retórica medieval y renacentista. A lo largo de su dilatada carrera ha editado autores como Petrarca, Torquato Tasso, Boiardo, Fulvi, etc. Es autora de: *Lettera e donna. Scrittura epistolare al femminile tra*

1988. Por tanto, a ella remitimos como principal referencia para la interpretación textual de nuestra edición.

6. NOTAS A LA TRADUCCIÓN

La presente traducción se ha realizado a partir del texto original transcrito en la Universidad de Yale²⁰, comparado con la versión disponible en el Progetto Manuzio²¹, que transcribe la citada edición italiana realizada por Maria Luisa Doglio en 1988; ambos repositorios tienen como referencia la edición de Francesco Minizio Calvo, Roma, 1525.

Se ha apostado por la edición bilingüe a fin de que los lectores puedan disfrutar del despliegue de artificios retóricos de Capra, que ha representado la mayor dificultad en la traducción. El original, como se verá, reproduce sin modificaciones la grafía y puntuación de la fuente.

Desde el punto de vista estilístico, el objetivo del autor es enaltecer la prosa vulgar asimilando los modelos latinos, inventando vocablos o trasladando arcaísmos; por tanto, la estructura sintáctica del texto es un calco del latín, con el orden de los sintagmas alterado, lo cual oscurece el mensaje y pone distancia entre la voz narrativa y sus lectores, a pesar de los intentos humorísticos y los guiños a los receptores contemporáneos. Las frases con frecuencia son demasiado largas (en ocasiones tanto como los párrafos), con abundancia de adversativas y omisión del sujeto. La puntuación se reduce a comas o está eliminada por completo, si bien casi todos los párrafos se corresponden con el desarrollo completo de los temas, pero mezclando a menudo argumentos diferentes. Otro aspecto a tener en cuenta son las continuas invocaciones: algunas veces el orador dirige la palabra a mujeres, otras a hombres, otras a misóginos, otras a aliados de la mujer, asumiendo en una voz narrativa propia todos los roles del

Quattro e Cinquecento (Roma, Bulzoni, 1993) y *Letteratura e retorica tra Cinquecento e Seicento* (Firenze, Cesati Editore, 2016).

²⁰ Disponible online en el proyecto Renaissance and Early Modern pro-woman treatises, consulta: [<http://tinyurl.galegroup.com/tinyurl/3vimm2>].

²¹ Progetto Manuzio ofrece el texto original en la página: [<http://www.liberliber.it/biblioteca/>].

diálogo, que al fin es indirecto. Teniendo en cuenta los aspectos destacados del estilo de Capra, esta traducción trata de modernizar la prosa para acercarla a los lectores actuales no familiarizados con el estado de la lengua o la retórica renacentista; aunque intenta respetar el tono irónico y elegante del autor, con la transcripción literal del léxico cuando ello es posible. Hemos reordenado los elementos sintácticos, con el añadido de puntuación, paréntesis y división de frases o eliminación de conjunciones repetitivas.

Desde el punto de vista del contenido, el tratado está plagado de citas directas o indirectas, que en parte hemos iluminado en notas al texto; para las cuales ha sido muy valiosa una vez más la última edición crítica de Doglio, revisada en 2001. No obstante, el criterio principal ha sido aportar la información considerada más relevante para comprender el sentido del discurso, pero sin exponer los datos de manera exhaustiva. Cuando ha sido posible, se ha buscado la traducción de los pasajes clásicos o literarios citados por Capra -Boccaccio, Petrarca, Castiglione, Ficino, etc.- en versión española, con indicación de las ediciones de referencia.

Capra se dirigía a un público conocedor de los textos antiguos y familiarizado con los argumentos de la disputa, que se repiten hasta la saciedad en la tratadística italiana del s. XV. En consecuencia, las máximas escogidas, los ejemplos e incluso las metáforas sobre aspectos amorosos o de costumbres eran asunto sabido para los receptores; por este motivo, a cada tema o razonamiento dedica muy pocas líneas en una densidad de saberes y un sincretismo de fuentes portentosa. Para acceder hoy a su mensaje ha sido pues necesario desentrañar los contenidos más oscuros e indicar su procedencia, a fin de situarlos en contexto de forma somera.

En algún pasaje Capra utiliza argumentos filológicos errados, como la cuestión de la etimología de *femenino* en relación con el adjetivo italiano *fèdo* [del lat. *foedus*], cuando debía usar *feto*. O la confusión entre personajes de la historia antigua de Roma. Se ha indicado también en nota, aunque probablemente se trate de errores difundidos entre sus contemporáneos y largamente repetidos en otros autores y tratados.

En general el refinamiento expresivo y el uso de cultismos predomina sobre el lenguaje coloquial y directo. Pero en algunas secciones Capra se permite observar el comportamiento femenino y describe con gracia o con humorismo partes de cuerpo, el placer sexual o la conversación soez del hombre común frente a las mujeres del tiempo; por ejemplo, abundando en adjetivos dedicados a las brujas: *succida, marcida, brozzolosa e stomacosa gaglioffa*; o con imágenes divertidas sobre el coito: *far che messer Mazza e entri in la valle oscura*. Es entonces cuando el discurso se hace más interesante, aunque se trate de momentos fugaces. En la traducción se ha intentado dar cuenta de ello vivificando con particular atención dichos fragmentos.

7. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

OBRAS DE GALEAZZO FLAVIO CAPRA

- (1525). *Della eccellenza delle donne*. Roma: Calvo Minizio.
- (1526). *Della eccellenza delle donne*. Venezia: Gregorio de Gregori, 1526.
- (1988 (2001)). *Della eccellenza delle donne*, M. L. Doglio (ed.). Roma: Bulzoni.
- (1531). *Commentarii Galeacii Capellae de rebus gestis pro restitutione Francisci Sfortiae II, ab ipsomet authore postremo recogniti*. Milano: Vincenzo Meda, 1531.
- (La obra fue traducida en español por Bernardo Pérez (Valencia, 1536), en alemán por Hans Lufft (Wittemberg, 1538) y Venceslao Lincker (Berna, 1539) con prólogo de Lutero, en italiano por Francesco Philipopoli, (Manuzio, Venezia, 1539).
- (1533). *L'Anthropologia*. Venezia: Eredi di Aldo Manuzio e Andrea Torresano.
- (2019). *L'Anthropologia di Galeazzo Capella, Secretario Dell' Illustrissimo Signor Duca di Milano*. Milano: Forgotten Books.
- (1538) *Historia belli Mussiani*. Milano.

FUENTES DE ESTUDIO

- AGRIPPA, H. C. (1986 [1509]). *De la supériorité des femmes*, trad y ed. B. Dubourg. Paris: Dervy-Livres.
- AGRIPPA, H. C. (1990 [1529]): *De nobilitate et praecellentia foeminei sexus*. R. Antonioli (dir.). Genève: Librairie Droz.
- ANTONIOLI, R. (1985). “L’image de la femme dans le *De nobilitate et praecellentia foeminei sexus* d’H. C. Agrippa”. *Acta Universitatis, Lodziensis. Folia litteraria*, 14, pp. 27-39.
- ARCHER, R. (2001). *Misoginia y defensa de las mujeres. Antología de textos medievales*. Madrid: Cátedra.
- ARRIAGA FLÓREZ, M. (coord.) (2021). “Voces masculinas en la Querelle des Femmes”, monográfico *Cartaphilus. Revista de investigación y crítica estética*, 19. DOI: <https://doi.org/10.6018/cartaphilus>.
- ARRIAGA FLÓREZ, M. y CERRATO, D. (2021). “La querella de las mujeres en Italia. Una revisión bibliográfica”, *Revista Internacional de Pensamiento Político*, I Época, 16, pp. 125-147.
- BERTONATI, G. (2016). “La dignità dell’uomo secondo Galeazzo Capra nella Venezia del Manuzio”, *Città della Spezia*, 5 marzo, 1-3. Recuperado de <http://cittadellaspezia.com> [Fecha de consulta: 29/03/2022].
- BOCCACCIO, G. (1487). *De claris mulieribus*. Lovaina: Aegidius van der Heerstraten. Biblioteca Virtual Cervantes. Recuperado de <https://www.cervantesvirtual.com/obra/de-claris-mulieribus> [Fecha de consulta: 20-03-2022].
- BOCCACCIO, G. (1989). *La elegía de doña Fiameta; Corbacho*. Introducción, trad. P. Gómez Bedate. Barcelona: Planeta.
- CASTIGLIONE, B. (1994). *El Cortesano*, Trad. J. Boscán- M. Pozzi (ed.). Madrid: Letras Universales.
- D’ASCIA, L. (1990). “Galeazzo Flavio Capella traduttore di Erasmo”. *Lettere Italiane*, 42(1), pp. 66-88. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/26264638> [Fecha de consulta: 27-09-2020].
- DIALETI, A. (2003). “Defenders and Enemies of women in early modern Italian Querelle des femmes. Social and cultural categories or empty rhetoric”, *Gender and Power in the New Europe, the 5th European Feminist Research Conference*.

- DOGLIO, M. L. (1988, 2001 2ªed.). “Introduzione”. En G.F. Capra, *Della eccellenza delle donne*. Roma: Bulzoni, pp. 13-63.
- DUFOURNAUD, N. (2020). “La querelle des dames à la Renaissance”, *Encyclopédie d'histoire numérique de l'Europe*, <https://ehne.fr/fr/node/14169> [Fecha de consulta : 20-03-2022].
- HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, M.B. y BARTOLOTTA, S. (coords.) (2022). “Los escritores filóginos en la *Querelle des femmes* (siglo XIV al XVI)”, monográfico *Revista Estudios Románicos*, 31, pp. 1-168. DOI: <https://doi.org/10.6018/estudiosromanicos>.
- KOLSKY, S. (2005). *The Ghost of Boccaccio: Writings on Famous Women in Renaissance Italy*. Late Medieval and Early Modern Studies; 7. Turnhout: Brepols.
- MANETTI, G. (1975). *De dignitate et excellentia hominis*, E. R. Leonard (ed.). Padova: Antenoreis.
- PELLEGRIN M.P. (2013). “The Quarrel of the women is it a quarrel? Philosophy and pseudo-linearity in the history of feminism”, *Seventeenth-Century French Studies*, 35 (1), pp. 69-79.
- PETRARCA, F. (1989). *Cancionero*, J. Cortines (tr. ed. bilingüe). Madrid: Cátedra.
- PETRARCA, F. (2003). *Triunfos*, G. Cappelli (tr. Ed. Bilingüe). Madrid: Cátedra.
- PETRARCA, F. (2021). *La vida solitaria*. Cota Lobato (tr.). Sevilla: Cypress.
- RICCIARDI, R. (1976). “Capra, Galeazzo”. En *Dizionario Biografico degli Italiani* volume 19. Recuperado de [http://www.treccani.it/enciclopedia/galeazzo-capra_\(Dizionario-Biografico\)](http://www.treccani.it/enciclopedia/galeazzo-capra_(Dizionario-Biografico)) [Fecha de consulta: 10-05-2021].
- RICO, F. (2014). *El sueño del humanismo. De Petrarca a Erasmo*. Barcelona: Crítica.
- RODRÍGUEZ DEL PADRÓN, J. (1999). *Triunfo de las donas y cadira de onor*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Recuperado de <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcvd6s7> [Fecha de consulta: 27-09-2021].

- ROSS, S. G. (2009). *The birth of feminism: woman as intellect in Renaissance Italy and England*. Cambridge: MA. London.
- SANTING, C. (2018). "Early anthropological interest: Magnus Hundt's and Galeazzo Capra's quest for humanity". *History and anthropology*, pp. 1-29.
- ZIMMERMANN, M. (1999). "La 'Querelle des femmes' come paradigma culturale". En S. Menchi, S., Jacobson Schutte, A., Kuehn, T., *Tempi e spazi di vita femminile tra medioevo ed età moderna*. Bologna: Il Mulino, pp. 157-173.

EXCELENCIA Y DIGNIDAD DE LAS MUJERES²²

Galeazzo Flavio CAPRA (CAPELLA)

²² Edición basada en el texto original publicado en Roma, Francesco Minizio Calvo ed.,1525.

No soy tan corto de ingenio como para no comprender con claridad que mejor consejo hubiera sido mantener escondido este librito mío (como merecía), en lugar de esperar alabanzas publicándolo; pues ciertamente tal era el juicio que, estimándolo, había dado quien no pudo negar honestamente el mandato de que al menos lo tuviese en secreto, para no manifestar mi ignorancia y rudeza a quien le era ajena. Pero la enemiga fortuna quiso que este librito fuese conocido ya desde hace algún tiempo, e incluso corregido contra mi voluntad por mano de otros. Por cuya razón dudaba yo de que pudiera conducir a la luz, cuando primeramente cayó de mis manos y lo hallé aún peor escrito. Para enmendar dicho error incurro en este otro, esperando solamente que su brevedad sea más cordial para implorar el perdón de quien leyéndolo podría ofender sus doctos oídos. *Vale.*

PROEMIO

Suele ser para los que yerran muy grande descargo y no poco consuelo, cuando ven a muchos, y mayormente a los estimados como sabios, involucrados en sus mismos errores. Por cuya causa, adviene que pocos, o incluso nadie que con sano juicio mira, tiene valor para condenar a los enamorados, puesto que tantos y tales han sido aquellos que se han dejado y de continuo se dejan amar, que parece necia fatiga querer reprender tal universal error. Por ello de igual modo sucede que los amantes no gustan entristecerse demasiado con su suerte pues, a pesar de acusar el sufrimiento aquel que hombres más dignos que nosotros han sufrido, no parece que convenga.

Sin embargo, debido a que en estas amorosas trampas fueron impregnados, muchos no teniendo cuidado se han dolido de Amor y lo han vituperado, llamando verdaderamente estúpidos a quienes han puesto sus esperanzas en un niño desnudo y ciego; otros airados, por desdén más que por consejo, han dicho temerariamente del sexo femenino cosas abominables solo de pensarlas. Por ello, dejando por ahora aparte la respuesta para los que vituperan al Amor, porque es algo que está escrito en muchos lugares y quizá entre nosotros se reservan aún tiempos mejores, me ha parecido conveniente, no solo confutar la malignidad de algunos que, por querer herir con los crueles mordiscos de la detracción a los demás, quizá esperan la estima de la mayoría; sino demostrar a todos, e incluso dar a tocar con la mano, cuánta sea la nobleza de las mujeres y cómo son sobradamente más dignas que los hombres.

Obra quizá ya tanteada por otros, pero en tan tosco estilo escrita que, por ventura, si no lo hace su autor, no será jamás abordada por nadie más; pues que no me parece razonable que materia tan favorable a las amorosas mujeres se escriba en habla latina y sobre todo en ese latín -o vulgaridad- en el cual han elegido escribir estos frailes sabelotodo²³ sus sofismas para

²³ Nótese el desprecio irónico por los grandes doctores y clérigos, en original *baccalari* (merluzos). Boccaccio lo usa con el mismo sentido, cf. *Decamerón*, II, 5: “*vide uno il quale [...] mostrava di dovere essere un gran bacalare, con una barba nera e folta.*” (“vio uno que, ... parecía tener que ser un gran

mejor aclarar sus inercias.

Pero eso era en otros tiempos. Ahora os digo que considerando cuánta desidia sea escribir algo que no entretenga a los lectores con algo amable, he querido escribir este librito mío en prosa vulgar²⁴, a fin de que sea mejor comprendido por todos, o al menos no parezca desagradable por la novedad de la materia; deseando que mis afanes den satisfacción a los enamorados, los cuales al entender lo mucho que han sido favorecidas las mujeres por la naturaleza y el cielo, probarán más placer en servir las y menos desánimo al correr los peligros y sufrir los tormentos para alcanzar su amor. Solo una gracia pido a las mujeres a cambio de mis afanes: que conociendo por mí la excelencia con la cual están dotadas no se vuelvan soberbias, pues la humanidad es una de las principales y más gratas virtudes, y así mismo a ésta las encomiendo, si antes brevemente cuento lo que algunos temerarios han tenido el ardid de blasfemar contra el respeto hacia las mujeres.

bachiller, con una barba negra y espesa en la cara”, tr. P. Gómez Bedate, Barcelona, Orbis, 1982, p.89).

²⁴ En lengua italiana.

LA RAZÓN QUE HA IMPULSADO A MUCHOS A HABLAR MAL DE LAS MUJERES

El motivo que ha impulsado a la mayoría a hablar mal de las mujeres creo que a casi nadie se le oculta; empero, todos sabemos que a veces muchos -por negar aquello que por amor se desea- cuando les parece que se han agotado sus deseos sin lograr nada, trocando el amor en odio, han puesto todo su ingenio en hallar modos y vías para vituperarlas. Y así, mientras debían venir loas y honores ante los estímulos y continuas insidias de los petulantes jóvenes, aquellos permanecieron inmóviles y se esforzaron en la vergüenza y el perjuicio para ellas.

Así lo hizo Fileno (como recuerda nuestro Boccaccio) al convencerse de tener amor con Blancaflor, alcanzado y luego reconocido como error, que arremete ásperamente contra las féminas. Igualmente, el mismo autor, reputando haber sido relegado por la amada viuda, compuso desdeñado el *Laberinto de amor*, llamado *Corbaccio*²⁵, donde con tan gran fervor tantas y tales cosas escribió en vituperio de las mujeres, que a quien lo ve le es difícil pensar que de ellas pueda proceder algo bueno.

Otros, habiendo perdido por muerte o por otras causas el objeto de su amor, piensan -quizá maldiciendo lo que ya no pueden tener- sofocar así el dolor. Entre ellos estuvo Orfeo que, muerta su amada Eurídice, en extrema desesperación (como dijo el Florentino²⁶) jamás quiso amar a otra mujer. Lo cual no sería

²⁵Alusión a una de las principales fuentes de los argumentos misóginos expuestos por Capra. Giovanni Boccaccio redactó esta obra satírica entre los años 1354 y 1355, fue editada con el subtítulo de *Labirinto d'amore*, a partir de la edición Florentina de 1487, que menciona el autor. La sátira contrasta con los argumentos en favor de las mujeres que Boccaccio reúne más tarde en el tratado *De mulieribus Claris* (1361-1362), otra de las fuentes recurrentes de la obra para exponer las virtudes femeninas. Ambas obras de Boccaccio fueron referencia constante en los textos sobre la *querelle des femmes* del s. XVI.

²⁶Referencia al texto teatral de Angelo Poliziano, *Fabula di Orfeo*: “Qual sarà mai sì miserabil canto/ che pareggi il dolor del mie gran danno? / O come potrò mai lacrimar tanto/ ch’i’ sempre pianga el mio mortale affanno?/ Starommi mesto e sconsolato in pianto/ per fin ch’e’ cieli in vita mi terranno:/ e poi che sì crudele è mia fortuna,/già mai non voglio amar più

quizá gran vituperio para un hombre ya entrado en canas y de años cargado, si no fuera por haber iniciado el vicio más abominable²⁷. Algunos de cuyos vestigios han llegado hasta el día de hoy, pues con poco respeto hablan de las mujeres como si fuesen la carroña más vil del mundo.

A éstos no responderé puesto que no estiman infligir tal ultraje a la naturaleza, ni estiman tampoco las razones que yo les opondré. Hasta aquellos que se han ocupado de estudios de letras, más para investigar la naturaleza de las cosas que por odio u otra razón, dicen hallar en todo punto al hombre más digno y noble que la mujer. A éstos responderemos para hacer saber que no han penetrado con buen juicio el profundo intelecto de los filosofantes, ni han sabido discernir lo verdadero de lo falso; y lo haremos discuriendo sobre las virtudes que resplandecen universalmente en las mujeres y refutando los frágiles argumentos que los habían inducido a esta afirmación.

donna alcuna.”. En español: “¿Qué canto puede haber jamás tan triste, /que iguale al gran dolor de mi desgracia? / ¿Cómo podrán mis lágrimas ser tales,/ que lloren siempre mi mortal angustia?/ En llanto me estaré desconsolado/ mientras el cielo me conceda vida; / y, pues tan cruel resulta ser mi suerte, / ninguna otra mujer amar ya quiero.”. Cfr. Poliziano, A, *Estancias, Orfeo y otros escritos*, F. Fernández Murga (ed. bilingüe), Madrid, Cátedra, 1984, vv. 322-329, pp. 178-179.

²⁷ Alusión al acto homosexual. En la citada *Fabula* de Poliziano, a diferencia de los poemas clásicos, la desesperación de Orfeo se tiñe de un matiz misógino y llega a anhelar el amor homosexual, prefiriendo gozar de la virginidad masculina a padecer la volubilidad de las mujeres. Al final de la obra, Orfeo será asesinado por las bacantes, irritadas por su desprecio al amor femenino.

ADUCE LAS RAZONES DE POR QUÉ LA FÉMINA PARECE MENOS QUE EL HOMBRE

Primeramente, tales hombres dicen que la fémina no desea al hombre más que como en la naturaleza la materia desea la forma, de la cuál jamás puede ésta privarse; como vemos en la madera, que por virtud del fuego pierde su forma y toma la del carbón encendido. Si, por tanto, la fémina de modo semejante desea al hombre ¿quién duda de que el hombre no la supere en nobleza? Y de aquí procede que el hombre naturalmente odie a aquella a quien antes estaba unido, pues al copular con aquella perdiera mucho de su perfección. Por el contrario, la mujer ama al hombre junto al cual llega a conocer cuán dulces y suaves son las conjunciones venéreas y hasta qué punto la convierten en más perfecta que antes²⁸.

Dicen que la mujer en cuanto a la posición es menos digna, porque ella está sometida al hombre y el hombre está encima, a excepción de alguna que quizá por ser de pequeña estatura no monte a caballo según el precepto de Ovidio, como se cuenta de Andrómaca con su marido Héctor. La mujer además sufre a aquél, solo el hombre es agente, de donde procede que el hombre supera en dignidad y excelencia a la mujer.

Y lo que demuestra aún más claramente que los hombres somos más nobles es que a las mujeres les están prohibidos los oficios civiles y divinos, y las leyes les prohíben que sean procuradoras, testamentarias y muchas otras cosas reservadas solamente a los hombres, pues de la suficiencia de las mujeres mucho desconfían.

Además de eso, el hombre fue creado a imagen de Dios, a fin de que se llenen las sillas del cielo que se habían quedado vacías

²⁸ El argumento procede de Aristóteles, *De generatione animalium*, I, XXI, En español véase: Aristóteles, *Reproducción de los animales*, Madrid, Gredos, 1994. Pasaje citado de forma casi idéntica en Baldassare di Castiglione, *Il libro del Cortegiano*, III, XV: “[El filósofo] Poniendo causa, afirma ser esto porque en semejante ayuntamiento la mujer recibe del hombre perfición y el hombre de la mujer imperfición; y así cada uno ama naturalmente aquello que le hace perfecto y desama lo que le hace imperfeto.” Cf. Castiglione, Baldassare, *El Cortesano*, Trad. Juan Boscán, M. Pozzi (ed.), Madrid, Letras Universales, 1994, p. 362.

por la soberbia de Lucifer y sus secuaces; y por tanta desidia, o más bien temeridad, la mujer no temió devorar la manzana prohibida; por cuyo pecado nació el castigo universal a todas las gentes del mundo, y de ahí la necesidad de la venida del hijo de Dios, que pagó por nosotros con su propia sangre, ofreciéndose a la muerte; y para enseñarnos la diferencia de un sexo a otro, quiso nacer hombre y no mujer.

Si aún quieres ver directamente no solo cuánto supera en nobleza el hombre a la mujer, sino hasta qué punto ella es un feo animal fétido, considera en el habla latina la denominación del uno y la otra; y verás que viril viene de virtud; femenino, de fediente fealdad²⁹.

Ni olvidemos por otra parte la autoridad de los poetas y de los demás autores, que dicen en mil sitios que la mujer varía, es mutable; y, en fin, que todos los males que le han sucedido al mundo tienen su origen en las mujeres.

Mas, aun siendo estas acusaciones muy graves, no serían nada frente a las menstruaciones y otras fealdades e inmundicias que emanan de su cuerpo, pues son tantas y de tal calibre que tendrían la fuerza de arruinar cualquier excelencia que hubiere en ellas.

Estas cosas, que están escritas en mil sitios y casi de cualquier persona son conocidas y vistas, han persuadido universalmente a todos de que las mujeres son menos dignas que los hombres y, aún más, convencen de que la propia comparación es vil, pues parece que querer afirmar lo contrario es algo nuevo nunca oído antes de ahora, y por tanto casi imposible.

De tal manera, sin tener muy claras razones demostrables, esperando hallar gracia, intentaré extirpar tan falsa y tonta opinión de las humanas mentes; de las mujeres que conocerán su propia nobleza por mí; y también de los hombres, que -entendiendo la excelencia del sexo femenino- se reputarán dichosos de estar unidos a tan nobles vencedoras. Rogándome luego más argumentos para ambos, con tal de que mantengan igual elegancia y altura de estilo -deseable para el saber y el

²⁹ La etimología de *femina* como fealdad fétida es errada. El latín *femīna*, con la misma raíz que *fecundus*, significa “fructífera”.

ingenio de algunos-; pues tanto hombres como mujeres podrán juzgar la materia de este librito sin la resonancia de las cláusulas y sentencias egregias que quizá quisieran. Sin embargo, éstos compensarán la novedad de la cuestión con la sencillez del estilo, y no dudo que en todo o al menos en parte, queden satisfechos.

Y para poder declarároslo más palmariamente, haré como suelen hacer los buenos geómetras que a fin de demostrar ángulos y figuras quieren antes que se den por supuestas algunas cosas, a partir de las cuales se probarán las consecuencias.

Nadie debe contradecirme si digo que la producción de un resultado muy perfecto demuestra un grado de perfección mayor como, por ejemplo: el púrpura tiñe el paño de color rojo, e igualmente la laca, pero el púrpura tiñe con una perfección de ocho y la laca solamente de cuatro; el púrpura es por tanto más perfecto. Además, algo que por accidente impide un buen resultado no resta perfección a la cosa. Así diremos que el hierro templado por tener robín no cortará como otro de la misma calidad que esté limpio y entero, pero aquel hierro con robín no perderá su perfección. Tampoco es inconveniente que la denominación convierta las cosas en más dignas, y sobre todo que la dignidad y la excelencia de algo resida más que nada en la posesión de bienes, alma, cuerpo, fortuna o todo ello junto.

Y para poder mostrar más claramente todo ello, debe saberse que la verdadera nobleza consiste en poseer los bienes del alma, el cuerpo y la fortuna, pero cuánto más digna sea el alma respecto al cuerpo o la fortuna, mejores serán los bienes que de ella provienen.

Estos bienes del alma, tal como dicen los filósofos, en parte consisten en obras externas y en parte en el intelecto. Las obras externas son la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza. Los bienes del intelecto según algunos se dividen en prácticos y especulativos; entre los prácticos se encuentran la magnanimidad y la devoción o verdadero amor; pero el deseo de hacer grandes cosas y amar procede de la práctica y la costumbre; en la especulación dicen que se encuentra la doctrina. Las virtudes teologales son solamente tres: fe, esperanza y caridad. Pero es posible que esta clasificación no importe nada al escribir especialmente para las amorosas

mujeres y no para expertos en la materia; así procederemos a revisar las tradicionales virtudes con intención firme, pues no hay duda de que las virtudes son más excelentes en las mujeres que en los hombres.

La mujer es vencedora en la caridad, que como dice el apóstol³⁰ es la mayor virtud. Y lo veremos por experiencia, bastará como ejemplo que las mujeres han ido más a la iglesia y a los divinos oficios y suelen tener entre manos los padrenuestros y las avemarías más que los hombres. Y no hay necesidad de que ellas aduzcan que visitan los templos solamente por distracción, según dan a entender los hombres por maldad, porque siempre piensan en lo peor; y, por cierto, no sé qué dirían de las malas obras, cuando se atreven a condenar las buenas. Si aquí hay algún pecado, éste es sólo de los hombres, que se ven en las iglesias agrupados en círculos con el único propósito de distraerse con las mujeres, como si estuvieran en el teatro admirando un nuevo espectáculo y el uno al otro se susurran al oído: “Mira a esa señora, mira a fulanita”; “Aquella con esas tetas que parecen dos bolsas infladas”, y dicen otras mil cosas que sería desmedido y poco honroso escribir, mientras las mujeres calladas y decorosas con los ojos bajos rezan concentradas sus padrenuestros. Volviendo a la caridad, por naturaleza vemos a las mujeres más piadosas, más misericordiosas con los pobres, dando limosnas de mejor grado. Leed sobre Paula o Marcella del beato Jerónimo³¹, leed sobre Melania que recita Petrarca en la *Vida solitaria*³², que parece gran maravilla que una mujer gaste todo un reino en hacer limosnas. ¿Qué diríamos de Isabel, hija del rey de Hungría³³? ¿O de Helena³⁴, madre de Constantino, que edificó Tierra Santa

³⁰ S. Pablo, I, *Corintios*, 13, 13.

³¹ Cf. S. Jerónimo, *Epistolas*, CVIII sobre santa Paula; CXXXVII, sobre santa Marcela.

³² Petrarca ensalza las excelencias de la vida solitaria y dedica un amplio comentario a la vida de la asceta y santa Melania la Joven, de origen hispano. Cf. Petrarca, F., *La vida solitaria*, Cota Lobato (tr.), Sevilla, Cypress, 2021, II, 5.

³³ Isabel de Hungría (1207-1231) donó sus riquezas a los pobres y construyó hospitales para los necesitados, convirtiéndose en símbolo de la caridad cristiana en Europa.

³⁴ Helena de Constantinopla (250-330), famosa por su piedad, proclamada santa Elena de la Cruz, peregrinó a Tierra Santa y mandó construir un templo

y ornó tantas iglesias? ¿Qué diríamos de tantas otras que no nombro para no ser tedioso?

Y a fin de no postergar la esperanza y la fe, claramente se ve cuánto sobresalen las mujeres en estas dos virtudes; mientras que los hombres injurian a Dios y los santos y a veces pasan a la otra vida desesperados y delinquiendo, las mujeres dicen -Loado sea el Señor- y entonces recurren con más ahínco a la devoción como fuente de salvación.

¿Qué diremos de la fe? Leemos que al morir aquel, que muriendo trajo la vida inmortal a toda la generación humana condenada a perpetuidad, los hombres -aunque hubieran visto antes infinitos milagros- habían perdido la fe, que las mujeres conservaban.

Y si esto no basta, recurriendo al argumento del arte de la magia, se verá que los encantamientos -ya sean verdaderos o falsos, puesto que no se puede dilucidar en el presente- consisten en la fe, al creerse cierto que por sus palabras traen la redonda luna y las brillantes estrellas del cielo; y creen que con infusión de hierbas y otros inventos pueden transformar a los hombres en animales, y universalmente hallamos más mujeres que hombres entre los magos; así, en la antigüedad la tebana Manto, Medea, Circe³⁵ y al fin todas las mujeres de Tesalia; y en nuestros tiempos aún vemos estas magas llamadas entre nosotros brujas, que perseveran con más constancia que los hombres en su falsa creencia y no se guardan de ser quemadas vivas con tal de vivir y morir según su estúpida opinión.

donde había estado la Vera Cruz, hallando las reliquias que hoy se veneran en la catedral de Colonia.

³⁵ Se refiere a mujeres que han pasado a la historia por sus artes mágicas, a las cuales ya se refirió Boccaccio. Manto, hija de Tiresias y famosa adivina (*De mulieribus Claris*, XXX). Medea, ejemplo de maldad (*De mulieribus Claris*, XVII). La maga Circe convirtió en bestias a los hombres de Ulises a causa de su lujuria (*De mulieribus Claris*, XXXVIII).

LA JUSTICIA

Una vez tratadas las tres virtudes teologales, hablaremos de la justicia, que se encuentra la primera entre las virtudes, así como el resplandeciente lucero de Venus destaca entre las estrellas menores. Pues, consciente de que la verdadera justicia jamás se separa de la caridad, la mujer -que es mucho más caritativa- es más justa, por consiguiente. Y ello es verdad, pues ¿no afirmamos que Dios es muy justo y que por tanto de Él emanan todos los bienes? Y Tulio [Cicerón] escribe que la liberalidad es parte de la justicia³⁶. Pero alguien podrá contradecirme y mencionar ejemplos de liberalidad entre los hombres, y que ninguna liberalidad usada por las mujeres podría compararse con las efusiones y magnanimidad de Alejandro, César o tantos otros; y respondiendo a ello brevemente digo que no estimaría nunca a L. Silla, ni a Julio César, ni a otros príncipes y tiranos, cuando donaron los bienes de sus adversarios a sus seguidores, gracias a los cuales adquirieron la facultad de donar riquezas ajenas; más que liberales, fueron dañinos para el mundo y ladrones, puesto que debían la liberalidad de sus dádivas a los demás.

Y aunque ésta no sea mala réplica, hay otra todavía a mi juicio mejor; porque, siendo cristianos, vemos a los hombres emplear la magnificencia más por pompa y para lograr fama de liberal, que por celo de la justicia; mientras que las mujeres dan limosna a los pobres con más gusto, regalan ornamentos a las iglesias con más gusto, y son universalmente más misericordiosas ante las necesidades de los demás: han edificado más hospitales y otros lugares hechos para tales servicios, no para lograr más gloria en el mundo, sino por la innata bondad de sus mentes.

Y si las razones aducidas aún no satisfacen lo bastante, observad que quien actúa contra la justicia: los ladrones, bandidos y matadores de gente, casi todos son hombres, no mujeres; y esto sucede porque la esperanza de que el pecado quede impune gracias a su resistencia, les presta ánimo para

³⁶ Cf. Cicerón, *Del Supremo bien y del supremo mal*, J. Herrero Lorente (tr.), Madrid, Gredos, 1987, V, 65, p.316.

actual mal.

Considerando esto, el filósofo dijo que entre todos los seres animados el hombre es óptimo; pero, cuando es ajeno a la ley, es pésimo. Mirad cómo el filósofo habla con prudencia, pues al hablar latín y griego incluye al macho y la hembra. Así, ni incluyó la bondad de la mujer, diciendo que entre todos los seres animados el hombre es óptimo; ni la excluyó por razón de su maldad; pero al decir ajeno a la ley, tampoco dijo ajena. De la justicia emanan muchas virtudes en las cuales igualmente las mujeres nos superan, es decir, en inocencia, religión, piedad, amistad, amor, humanidad.

LA FORTALEZA

De igual modo que la cándida estrella del lucero de Venus nunca se aleja del flamante carro de Febo, la fortaleza nunca se aleja de la virtud, que escapando de la tierra y huyendo de la demencia de los hombres, últimamente permanece entre los habitantes de las aldeas. Y no puede ser de otro modo ya que, superándonos las mujeres en la justicia e igualmente siendo superiores en la fortaleza, me parece singular y maravilloso que, como efecto de fortaleza, venzan la concupiscencia que conduce al mal.

Y si deseas ejemplo de ello, ¿cuántas más mujeres que hombres encontrarás con fuerza de espíritu? Tuvimos a aquella que fue injustamente condenada por Filippo de Macedonia, quien mientras era torturada al suplicio dijo con gran fuerza de ánimo: “A tan injusta sentencia no podría apelar nadie más que Filippo, pero sobrio”³⁷.

Mirad a Cleopatra, quien -para no ser mostrada como botín en guerra- sufrió voluntariamente los crueles mordiscos de áspides venenosas.

Tampoco olvidemos a Evadne³⁸, que aún viva quiso mezclarse en las llamas del funesto suplicio de Capaneo, el marido muerto. ¿Qué diré de aquella que, al enterarse de la muerte del marido, al serle negada otra clase de muerte, no dudó en devorar carbón ardiente³⁹? ¿Y de aquella otra que, viendo su pureza perdida, con afilado cuchillo abrió su casto y desdenoso pecho⁴⁰?

³⁷ Pasaje citado de Valerio Máximo, Publio, *Hechos y dichos memorables*. Obra completa. Madrid, Gredos, 2003, VI, 2, 1.

³⁸ Según la mitología griega, Evadne, hija del rey Ifis de Argos, se suicidó arrojándose a la pira funeraria de su marido, Capaneo. Se menciona en Virgilio, *Eneida* VI, 447; en Boccaccio, *Filocolo*, II, 43; en P. Bembo, *Asolani*, I, XVII.

³⁹ Se refiere a Porcia (42 a.C.), hija de Catón, que según la leyenda se quitó la vida tragando brasas al conocer la muerte del marido, Marco Bruto. Citada en Petrarca, *Trionfo di amore*, III, 31; en Boccaccio, *De mulieribus claris*, LXXXII; en B. Castiglione, *El Cortesano*, III, XXII.

⁴⁰ Se refiere a Lucrecia (509 a.C.), esposa de Colatino, quien, víctima de la violación de Sexto Tarquinio, se clavó un cuchillo en el pecho. Citada en Boccaccio, *De mulieribus claris*, XLVIII.

Serían innumerables los ejemplos, si quisiera contar las historias halladas sobre mujeres teutonas⁴¹ y sobre otras antiguas o modernas, que ahora omito a causa de que muchas de ellas callan su magnanimidad; y por esta misma razón hago emblema en este librito mío de su fortaleza. Puesto que la magnanimidad consiste en intentar cosas grandes y esforzadas; la fortaleza en vencer el dolor, el temor y las pasiones del alma. ¿Y qué mayor dolor que la muerte? ¿Qué mayor temor que por los hijos? ¿Qué mayor pasión que la concupiscencia? Y, aun así, se ven más mujeres con fuerza de ánimo correr hacia la muerte, más mujeres exhortar a los hijos a no huir de una muerte honrosa, en lugar de vivir en la vergüenza. Pero aparte de Bruto⁴² y Torcuato⁴³, no puede leerse de más hombres que hayan exhortado a sus hijos a morir, mientras se encuentran muchos y casi infinitos ejemplos entre las mujeres. Y no teniendo jamás la justicia en su contra como los hombres, es manifiesto que las mujeres vencen con mayor fortaleza las malvadas lujurias que de vez en cuando resurgen en las humanas mentes.

⁴¹ Los Teutones fueron derrotados por el general Mario en 102 a.C. Según Valerio Máximo, *o.c.*, VI, 1, al ser prisioneros de Roma, las esposas de los Teutones que acompañaban a sus maridos pidieron a Mario que las llevara al templo de las Vestales, para preservar su castidad, al serles denegado se estrangularon.

⁴² Junio Bruto azotó a sus propios hijos, acusados de conspirar contra el rey. Valerio Máximo, *o.c.*, VI, 61.

⁴³ Manlio Torcuato condenó a muerte a su hijo por combatir contra sus órdenes. Valerio Máximo, *o.c.*, II, 7.

LA PRUDENCIA

Junto a las virtudes ya dichas viene la prudencia, que no se me negará que es de las mujeres, en todo o al menos en gran parte, porque cualquiera sabe que nada es tan contrario a la prudencia como los accesos de ira, los cuales se dan una vez en las mujeres y mil entre los hombres, no por su culpa o defecto sino más bien por la naturaleza, que compuso a los hombres más excitables, que por la menor causa se perturban y salen de sí con cólera soberbia. Por el contrario, las mujeres, siendo de una complexión más fría, no están sujetas a estas repentinas perturbaciones y realizan todos sus actos con mayor quietud y consejo.

Pero surge una pequeña duda: según la universal opinión, la prudencia de las mujeres consiste en saber encontrar consejo ante cualquier acontecimiento repentino, sin embargo, -sopesando luego cautamente- nada sacan en claro; y se dice que los hombres saben proveer sobre sus cosas con más madurez y que lo que las mujeres no hagan al instante, ya no lo harán jamás. Pero yo digo que esto va contra natura, como una necesidad infalible, puesto que la frigidez hace a la persona menos tumultuosa y más quieta. Y el precipitarse sobre todos sus asuntos sucede por influencia de la sanguínea estrella de Marte, a la cual las mujeres no están sujetas en absoluto.

Pero, aunque yo te conceda que las mujeres resuelven reflexionado poco o nada, ¿por qué repugna la idea de que los consejos improvisados son buenos, o que incluso son mucho mejores que los largamente pensados? Puesto que en la mayor parte de los casos más importante que el consejo es la rapidez. Así, mientras en Roma se meditaba sobre enviar embajadores a los cartagineses, Aníbal asaltaba Sagunto; si las mujeres romanas hubieran dado consejo en su lugar, habrían resuelto la necesidad y la guerra en España, que retuvo a Italia en la calamidad durante diecisiete años, se hubiera terminado. Mira qué necesarios son los consejos a tiempo; Julio César⁴⁴, aquel ánimo excelso, que era un dios en las batallas, decía que había

⁴⁴ Cf. Cesar, J. *La Guerra de las Galias*, en Obra Completa, V. García Yedra (tr.), Madrid, Gredos, 1996, VII, 45-46.

que asaltar lo grande sin deliberar demasiado y cuanto más confiemos en la presteza mejor concluirá la empresa. Y Tucídides escribe que las cosas vividas demuestran y hacen experiencia del ingenio⁴⁵.

Tampoco quiero haceros creer que las mujeres adoptan consejo para sus asuntos sin discurso alguno, pero por su bondad de ingenio discurren con rapidez y saben elegir lo mejor. A causa de que poseen un espíritu más sutil y penetrante para la virtud intelectual que juzga lo que han de hacer y lo que han de rechazar; y si alguna frialdad pudiera retrasar el discurso que necesariamente se ha de hacer en todas las cosas, digo que tanta es la sutileza de su ingenio, como la razón de saber juzgar en la necesidad de inmediato, y así sacan un temperamento tan bien aderezado que no es casualidad que la mujer no sepa tomar partido, como podría declarar con muchos ejemplos si ahora quisiera escribir novelas o historias y no hablar de cosas naturales.

Y llegando ya a las características de la prudencia, ¿acaso no está de acuerdo la gente en que saber conservar las cosas adquiridas no vale menos que ganárselas? Como dijo egregiamente Augusto, maravillándose de Alejandro, que se quejaba de no saber qué hacer después de haber conquistado el universo, como si no fuera fatiga mayor que haberlo vencido, gobernarlo en paz⁴⁶. Y, sin embargo, la conservación de los bienes adquiridos y el gobierno de la casa pertenece a las mujeres; y cada día se ve que las casas van mal cuando no hay mujeres designadas para su gobierno. Traiga el hombre la mercancía, no tema recorrer todos los mares y peligros para ganar y acumular riqueza para la creciente prole, pero todo el esfuerzo al final será vano si la discreta esposa no tiene respeto por los bienes que el marido ha ganado. ¿En cuántas casas de magnates y príncipes, por no tener mujeres que la gobiernen, se vive con tanto desorden que más cómodamente se estaría en el hospital mayor de Milán, según me dice quien lo ha vivido y vive en la corte, pues sé quién lo ha sufrido alguna vez?

⁴⁵ Cf. Tucídides, *Guerra del Peloponeso*. Obra completa, J. J. Torres Esbarranch (tr.). Madrid, Gredos, 1990, I, 138, 3.

⁴⁶ Cf. Plutarco, *Augusto*, VIII, 207.

¿Cuántas se ven ir cada día de mal en peor, hasta el extremo de arruinarse por la misma razón? ¿Y cuántas las que, por el contrario, han crecido y crecen cada día por estar su gobierno en manos de una mujer, que no haga daño sino utilidad y muy gran provecho?

Sé que son muchos los hombres ilustres y honrados de la ciudad y de cualquier parte que, sabiamente aconsejados, dejan el gobierno de las cosas de familia a sus esposas. No creo que se arrepientan, puesto que vemos sus casas tan pulcras, tan limpias, tan ornadas que es un gran placer contemplarlas, y según las estaciones y calidad del clima viven en ellas espléndidamente, anticipando con tiempo sus necesidades al uso de la casa; mientras que las cortes y palacios gobernadas solo por hombres disipados parecen pocilgas y están siempre cubiertos y llenos de montañas de mugre.

¿Y qué diré de los hijos de éstos, si por ventura los tienen, que la mayor parte de las veces tienen ya dieciocho o veinte años y en el vestir no se diferencian en modo alguno de sus sirvientes, pues les dejan ir sin reparo? Piensa qué será del decoro. Y en consecuencia hoy se encuentra tanta abundancia de ciertos jovenzuelos crecidos en la insensatez que parecen, cuando los topamos de frente, en lugar de hombres valerosos, sabandijas sin encanto. En cambio, la sabia femenina no solo gobierna óptimamente su casa, teniendo en cuenta lo que entra y lo que sale, sino también viste a sus hijos como conviene, disfrutando en hacerlos reverentes y educados, hombres de valía en los estudios de letras y en otras cosas loables.

Tampoco se me reprochará que bajo pretexto de este gobierno ellas se las ingenien para ocupar el mando, no solamente sobre la propiedad y la servidumbre de la casa, sino también sobre sus maridos. Puesto que no es quitarle el cetro el liberarlo de sus cuitas y fatigas cotidianas, y será verdaderamente estúpido el que no desee una madre, una esposa, una hermana o alguna otra mujer que, administrando fielmente su casa, le consienta vivir apaciblemente y con tranquilidad de ánimo. Y si esto fuera poco, ¿Qué mayor consuelo puede hallar un hombre sino la felicidad de vivir junto a una discreta esposa? A quien, cuando vuelve de noche a casa, le confía las preocupaciones y penas que lo oprimen,

pareciéndole la mejor manera de aligerarlas, pues con él comparte igualmente el dolor por sus calamidades o el gozo por sus alegrías.

Y si en ocasiones hallamos algunos que dicen estar escarmentados, cuando por la noche vuelven a casa con sus mujeres como Sísifo a la roca infernal, ello denota su maldad, más que la femenina, puesto que besan a otras personas y sus mujeres por fuerza les hieden⁴⁷, como diremos a continuación en la templanza.

Ahora, para demostrar cómo es dulce y tierna una esposa bien educada, digo que no hay manera mejor y más honesta de vencer la soledad, madre de tristezas y melancolías; y si sucede enfermedad u otra molestia, de ninguna otra persona podremos fiarnos más, puesto que esta fidelidad no se pone en alguien a no ser que lo estimemos tan prudente como para no incurrir en error o engaño con uno. Por tanto, merecidamente se debe confiar en que la mujer, conocedora de la prudencia y la justicia (como hemos dicho antes), supera al hombre. Lo cual demuestran abiertamente las leyes, que absuelven a la mujer en un corto periodo de la cárcel y no a los hombres; porque ellas saben regular sus asuntos con mayor prudencia. Y esto me parece gran testimonio de la excelencia del sexo femenino, pues habiéndose grabado por mano de tantos emperadores y cónsules romanos y demás hombres ilustres que dictaron las leyes, estimo una ruda porfía desear otra cosa. En la prudencia se encierra la conciencia, el deseo, la actitud para aprender, el intelecto, la razón y discreción, así como la verdadera sensatez.

⁴⁷ En referencia a Boccaccio: *Chi due bocche bacia, l'una convien che gli puta*. Cf. Boccaccio, *Il Corbaccio*, P.G. Ricci (ed.) Turín, Einaudi, 1977, p.32. En español: "Quien dos bocas besa, es bien que una le hieda." Cf. Boccaccio, F. (1989). *La elegía de doña Fiameta; Corbacho*. Introducción, traducción y notas de Pilar Gómez Bedate. Barcelona: Planeta.

LA TEMPLANZA

Siguiendo el orden, hablaremos de la templanza, la cual, aunque mucho conviene a uno y otro sexo, máximamente es propia de las mujeres y su cualidad principal, en tanto que de la templanza nacen vergüenza, modestia, abstinencia, honestidad, sobriedad y pudor. Y si faltara alguna de estas cosas en una mujer, arruinaría cualquier otra virtud suya, de tal manera que ni con toda el agua del río Arno podría lavarse. Sin embargo, la mujer está mejor dotada que el hombre de esta virtud y de las que proceden de ella, como demuestra el hecho aceptado por todos de que la mujer aun siendo naturalmente más lasciva y lujuriosa en la cópula venérea, sin embargo, vence los deseos carnales con mayor constancia. Y son casi infinitas las mujeres satisfechas con un hombre durante el correr de los años, mientras que son rarísimos, o más bien no hay, hombres que teniendo la oportunidad no experimenten voluntariamente si son más dulces y sabrosos los besos de las demás mujeres que de la propia; y tanto ha crecido la perfidia de los maridos que, si alguno hubiera más comedido que no busca dicha ocasión, los demás lo estiman tonto.

Y por ello Aristóteles, conociendo sus malos hábitos, los avisa que se guarden de extrañas mujeres. Lo cual no hace con ellas, aunque los poetas ladren que no hay ninguna que lo niegue a menos que sea por conveniencia. Pero dejemos que ladren lo que quieran, pues si algún verano no han querido frenar sus instintos, no se me negará que son innumerables los efectos de continencia que han demostrado, y por ello se conoce su virtud, que consiste en afrontar lo arduo y escabroso.

Mas si es verdad lo que decía Heráclito, que es más trabajoso resistir a la voluptuosidad que a la ira, ¿cuántas alabanzas habría que ofrecer a las mujeres, que ni durante las largas peregrinaciones de sus maridos, ni en los malos comportamientos de aquellos, ni tras los justos desdeños han podido romper la fidelidad otorgada ni violar el consorcio matrimonial? Miles de documentos sobre esto llenan las antiguas y modernas historias, entre las cuales el poeta

Francesco Petrarca encontró tan gran número que compuso el *Triunfo de la Pudicia*, donde es poquísimo el del hombre. Por ello cuando los romanos quisieron levantar un templo a la pudicia para consagrarlo eligieron a una mujer, no a un hombre, porque juzgaban que ella lo supera en continencia y honestidad.

Así parece que Dios nos dio a entender cuando, después de la creación de Adán, dijo: “Hagamos un ser que ayude al hombre, es decir, a su fragilidad”⁴⁸.

Lo cual demuestran las leyes, que viendo rarísimo, es más sin ver a hombre alguno que conserve fidelidad al lecho marital, no castigan al adúltero, excusándolo con el vulgar dicho: el pecado de muchos queda impune. En cambio, raramente semejante máxima espera a la mujer, pues cuando una por desventura cae, todo el mundo la persigue y grita: “dadle, dadle, dadle”.

Y si quieres como conclusión un hermoso argumento sobre la honestidad de la mujer, ten en cuenta la naturaleza que nada hace en vano, la cual para cubrir las partes que en la mujer tienen un aspecto menos honesto, ha hecho, como he visto por experiencia, que el cuerpo femenino cubra siempre las partes vergonzantes aún después de morir. Por ello flota con el vientre hacia abajo, mientras que debería flotar de espaldas, como hacen los hombres; al ser las partes traseras las más pesadas, naturalmente son éstas las que deberían estar abajo, pero la naturaleza es amiga de las mujeres y considerada con su honestidad.

Pero no sirve buscar más testimonio sobre la templanza y pudicia de las mujeres, si nosotros mismos, es decir los hombres, no actuamos con algo de sensibilidad y gentileza si no es porque antes una mujer con una chispa de amor nos ha inflamado el pecho; y parece las más de las veces que, a pesar del arte de nuestras armas y lanzas, buen hablar, buen vestir y otras mil estrategias estudiadas para gustarles, al final somos burlados por nuestros deseos.

Mira la continencia de ellas, aunque sean poco afortunadas con sus maridos, porque conozco a muchos que aun sin ser requeridos, por cualquier mínimo gesto de alguna sucia, asquerosa, churretosa y repugnante malandrina, abandonan en

⁴⁸ Cf. *Génesis*, 2: 18.

casa a sus nobles esposas, tiernas y bellas. Aquellas los perseguirán a miles como el buitre a la carroña, mientras las valerosas mujeres soportarán pacientemente el mal comportamiento de los maridos y, venciendo con coraje las injurias cometidas contra ellas, no solamente no darán -como se dice que hace el asno- patadas a las paredes por cada golpe recibido⁴⁹, sino que aún con diestro parecer se librarán de los requerimientos y estímulos de sus admiradores, por mucho que sean incontables los que al reunirse para parecer más hombres digan las mentiras más grandes del mundo, vanagloriándose de haber poseído a la una o a la otra para su placer, afirmando el falso. Y si cada vez que dicen tales mentiras se les cayera un diente de la boca, haría falta que la mayoría de la gente comiera sopas en Lombardía; porque yo sé por cierto que todas las mujeres, incluso las cortesanas (me refiero a las nuestras no a las de Roma) no son tan dóciles y sumisas como ellos estiman, teniendo en cuenta que muchas están dotadas de nobleza e ingenio para lo que conviene a la femenina honestidad. Acostumbran a hablar y reír con los hombres placenteramente, de lo cual no se debe hacer argumento de maldad; puesto que el mal obrar requiere silencio y saber desenvolverse en los sitios que no parecen bien a todas las mujeres, sino principalmente a aquellas que por su bajo grado y escasas facultades ejercen el ministerio para mantener a su familia.

Pero para no divagar más, digo que la mujer sensata (como se ha dicho antes) es más prudente y necesita tener más templanza. Por tanto, está alerta ante cualquier estímulo o deseo, aunque sea honesto; la vergüenza y el temor a la infamia detiene diciendo: “¿Dónde vas, estúpida, por un poco de placer vas a arriesgar en un momento todo el honor adquirido, que es máspreciado que la vida? ¿No sería mejor, si esto se supiera, que hubieras muerto al nacer o te hubieran enterrado viva? ¿Pero cómo puedes pensar que nunca se sabrá? Ciertamente, aunque tú no se lo dirás a la gente, aquel a quién das placer no lo podrá callar.” Considerando estas cosas, el conjunto de razones pondrá

⁴⁹ El dicho alude al tópico de que el asno devuelve las coces recibidas; se encuentra en el *Decamerón* (II, 9, 6; V, 10, 64; VIII, 8, 3) y *Il Corbaccio* (ed. Italiana citada, p. 75).

freno al apetito, pero el hombre en tantos sitios y veces que se presente la oportunidad o que la lanza se enderece para poder correr un torneo, no rehúsa jamás a que su Señor Mazo entre en el valle oscuro⁵⁰.

⁵⁰ Metáforas sexuales, la misma expresión, *messer Mazza*, se encuentra en el *Decamerón* VI, introducción: "... Sicofante giacque con lei, messer Mazza entrasse in Montenero per forza" ("...Sicofante se acostó con ella, Micer Mazo entró en Montenegro por la fuerza", *o.c.*, p.261); e *Il Corbaccio* (ed. Italiana cit., p. 5).

DE LA MAGNANIMIDAD

Hablaré ahora de la magnanimidad, que en las mujeres es tanta que, a pesar de que tienen -como ya he dicho- por naturaleza más el deseo de la cópula carnal, jamás se ha oído que alguna para atenuar sus apetitos, solicite al hombre tal batalla; más bien, al contrario, con ánimo excelso y generoso, ellas resisten y se hacen de rogar una y mil veces, que Dios quisiera no fuese en vano, porque así parecería leve la fatiga de tantos ruegos, si al menos una vez fueran escuchados. Pero su magnanimidad no reside solamente en las batallas nocturnas, pues leemos que Cleopatra, incluso recubierta de inmensas riquezas, no quiso ceder ante los riquísimos emperadores romanos.

Y en las guerras sangrientas las mujeres numerosas han hecho cosas maravillosas y casi increíbles, no inferiores a los hombres, sino comparables e incluso me atrevo a decir superiores. Comparemos el hecho de la viuda judía que llevó la cabeza de Holofernes desde el campo enemigo⁵¹, la memorable venganza de Tomiris contra el asesino de su hijo⁵², los distintos sucesos en las largas batallas de Zenobia⁵³, el coraje invicto de

⁵¹ Se refiere al episodio bíblico de Judit, de la cual se había prendado Holofernes, general de Nabucodonosor, que estaba a punto de destruir la asediada Betulia. Aprovechando que éste había bebido, Judit entró en su tienda y le cortó la cabeza para liberar a la ciudad. Cf. Antiguo Testamento, *Libro de Judit*, *Deuterocanónicos*. Petrarca alude a la historia de Judit ampliamente en los *Triunfos O.c.* (*Trionfo di Amore* III, 52-57; *Trionfo della Pudizia*, 142; *Trionfo della Fama*, 119-120).

⁵² Tomiris, reina de los escitas de Asia Central, pasó a la historia por matar a Ciro el Grande en el 523 a.C. en venganza por haber embaucado con alcohol a los soldados y aprovechado para asesinar luego a su hijo. El hecho fue narrado por Herodoto, y sucesivas fuentes antiguas. Citado por Dante (*Divina Comedia*, Purgatorio, XII); Boccaccio (*De Mulieribus claris*, XLIX), y Petrarca (*Trionfo della Pudizia*, 104-105). B. Castiglione alude a Tomiris en *El Cortesano* (III, XXXVI).

⁵³ Reina de Palmira, luchó durante años contra los romanos y construyó un vasto un imperio en Asia Menor. Al ser vencida por Aureliano, fue conducida a Roma encadenada, pero su belleza, castidad y sabiduría impresionaron de tal modo que se convirtió en una matrona romana. Citada por Petrarca (*Trionfo della Fama*, II, 107-117) y Boccaccio (*De Mulieribus claris*, C). B. Castiglione alude a Zenobia en *El Cortesano* (III, XXXVI).

las mujeres de Aquilea, que cuando estaba sitiada la ciudad por el emperador Maximino, exhaustas, se cortaron los cabellos y se los dieron a sus maridos y hermanos para hacer las cuerdas de sus arcos, a fin de poder defenderse hasta el fin.

Algo semejante hicieron las cartaginesas contra el hijo de Escipión el Africano y el ejército romano. Lo hicieron asimismo las romanas, cuando fueron asediadas por los galos en el Campidoglio, antes de que el buen Camilo acudiese al auxilio, olvidando las injurias recibidas de la ingrata patria, y por este motivo se consagró allí el templo de Venus Calva⁵⁴.

Tampoco olvidamos a las mujeres de Persia, que una vez viendo huir de la batalla a sus maridos, parientes y hermanos, fueron peligrosamente a su encuentro y puesto que no pudieron castigar su fuga con palabras, levantaron sus faldas y les mostraron esas partes que la naturaleza estudió con gran ingenio para ser cubiertas, preguntándoles si acaso querían entrar allí para esconderse, y de este modo los obligaron a volver a la batalla.

¿Qué decir de las mujeres de Esparta? Antes de ir a luchar les ponían a sus hijos la armadura y luego el escudo diciendo: “O con esto, o dentro de esto”, dándoles a entender que volviesen a casa con honor, ya fuera vivos o muertos, antes de rendirse como prisioneros al enemigo por pusilánimes o temerosos. De lo cual mucho me asombro, pues en nuestros tiempos existe la costumbre de no tomar las armas de la mano de las mujeres cuando vamos a la guerra o un viaje. Usanza estúpida que debería ser interrumpida del mismo modo que fue impuesta estúpidamente, pues a mi juicio no podríamos coger las armas de mejor mano que de las mujeres amadas y estoy convencido de que cada cual las blandiría entonces con mayor valentía.

Paso por alto las innumerables mujeres que se podrían contar en los conflictos marciales, no inferiores a ningún hombre: Antíope, Mirina, Orizia, Hipólita, Melanipa, Pentésilaea, que

⁵⁴ Se trata de hechos heroicos ocurridos durante el asedio de los galos a la ciudadela del Campidoglio en 322 a.C. El sacrificio de las mujeres se premió con la consagración del templo dedicado a las vestales erigiendo la estatua de Venus Calva, en homenaje a las mujeres sin cabello, según una leyenda referida por Lactancio y Giulio Capitolino entre otros. Citada en *El Cortesano* (III, XXXI).

pronto encontró los abismos, Marpesa y Lampedo hijas de Marte⁵⁵, Camila reina de los Volscos⁵⁶ y Boudica de Britania⁵⁷, que al escuchar la crueldad de Paulino Nerón que raptaba a las mujeres y las colgaba por los cabellos, atravesando el mar con valeroso ejército, vino a Francia y mató a todos los hombres de Paulino, obligándolo a sufrir la misma pena que aquel inmerecidamente había hecho padecer a las mujeres.

Paso por alto muchas otras, que sería demasiado prolijo y fatigoso contar y, concluyendo, digo que a los hombres les cuesta trabajo hacer cosas grandes y son poco diestros, razón que achacan a la gallardía del propio sexo; pero no se me negará que infinitas han sido las mujeres que han dado pruebas sobrenaturales de magnanimidad, por lo cual son tan admirables y dignas cuanto más sean desmentidas según el parecer e imbecilidad de aquellos.

⁵⁵ Figuras de la mitología griega, amazonas.

⁵⁶ Camila como ejemplo de virgen en combate fue recordada por Petrarca (*Trionfo della pudizia* 71) y Boccaccio (*De mulieribus claris*, XXIX, 7).

⁵⁷ La reina guerrera de los icenos, Boudica, guió tribus británicas contra la ocupación romana, según relata Tácito en *Anales* XIV-XVI, 31-37; y Dion Casio en *Historia romana*, LXIII, 2.

Queda probar la dilección o el amor, en lo que nos aventajan las mujeres, así como en la prudencia. Además, como escribe Aristóteles, la naturaleza ha confiado al sexo más prudente el cuidado de los hijos, que es una obra de amor singular, así como leemos de Cornelia⁵⁸, madre de los Gracos, que mostró sus hijos a aquella matrona de Campania que se vanagloriaba de tantas riquezas, diciéndole: “Estos son mis alhajas”.

Y dejando a un lado el amor dedicado a los hijos, aunque parezca imposible por haberlos llevado en el propio vientre y nutrido durante nueve meses con tanto cuidado y solicitud, ¿qué diremos del amor hacia los maridos? El cual, si bien cualquier amor que quiera considerarse es infinito, es también cierto que este los supera a todos. Por eso Valerio prudentemente escribió en sus *Hechos y dichos memorables*⁵⁹ un capítulo dedicado a ello y al contrario no añadió ninguno para el amor de los maridos hacia sus mujeres, pues mucho habría penado para encontrar algunos ejemplos. Mientras hay muchos de féminas valerosas que han corrido mil peligros y se han expuesto mil veces a la muerte por la salud de aquellos o por no sobrevivir a su fin y extremo día, como hizo Alcestes, Hipsicratea, Artemisa, Laodamia, Evadne, Valeria, Porcia, Deidamia, Argia, Fila hija de Demetrio, Estratónice de Deiotaros⁶⁰, Livia de Augusto; y como se escribe asimismo de las mujeres de India, las cuales, siguiendo sus costumbres, al quemarse el cuerpo de sus maridos se arrojan vivas a la pira fúnebre, estimando conveniente al amor conyugal vivir y morir junto a ellos.

⁵⁸ B. Castiglione alude a Cornelia en *El Cortesano* (III, XXXII).

⁵⁹ Se refiere a Publio Valerio Máximo, ya citado, escritor romano del s. I a.C., cuya principal obra, *Factorum et dictorum memorabilium*, fue dedicada al emperador Tiberio en el año 31, a fin de ensalzar las virtudes romanas. El texto es fuente de numerosos discursos morales humanistas, de la cual Capra extrae ejemplos sobre el comportamiento de las mujeres en edad clásica, como las citadas a continuación. Cf. Valerio Máximo, Publio, *Hechos y dichos memorables*. Obra completa. Madrid, Gredos, 2003.

⁶⁰ El autor confunde el nombre del esposo de Estratónice (¿-268 a.C.), en realidad fue Seleuco I Nicátor, rey de Siria. Deiotaros de Galacia (105-42 a.C.) desposó a Berenice, princesa de Pérgamo.

En cuanto al amor que apresa a los danzantes jóvenes a causa de la belleza o las loables costumbres o las virtudes personales, según muchos autores lo vencen las mujeres, pues siendo criadas ociosas en las sombreadas casas y casi en soledad, según lo predispuesto para secundar los placeres del amor, son apartadas de otros mil estudios. Mientras a los hombres se les permite la cetrería, la caza, los torneos, el combate armado, placeres que tienen la fuerza de extinguir cualquier pasión amorosa, ¿qué otra cosa les queda a ellas, si no pensar continuamente en nutrir el fuego que las consume? Así, el amoroso poeta Ovidio pone por boca de Hero cuando escribe a Leandro⁶¹: Vosotros, ora cazando, ora pescando, ora bebiendo, ora en otras mil cosas, halláis donde gastar las horas ociosas sin aburrimiento, en cambio a mí no me queda nada, salvo amar más ardientemente.

Por tanto, me parece que esta disputa sería muy difícil de resolver, más por experiencia que por otra causa, viendo el infinito número de hombres que en vano se afanaron en el pasado, e incluso yo lo he experimentado más de una vez, aunque estimo muy felices a los que gozan de su amor lícitamente, sin temer que nada los perturbe. Y a aquellas mujeres las estimo más, pues -siendo victoriosas en las demás virtudes- no consienten ser derrotadas en el amor, en el cual ceder es por encima de cualquier cosa la mayor vergüenza.

⁶¹ Se refiere al mito griego Hero y Leandro, relatado por Ovidio en sus *Heroidas*, 18 y 19, a través de un intercambio de cartas entre los amantes.

LA DOCTRINA

De los bienes de la inteligencia quedan por ver las virtudes especulativas, es decir, la doctrina; que algunos hombres envidiosos han procurado disimular con burlas y risas, simulando nuevas argucias sobre la sabiduría femenina, casi como queriendo hacer creer que toda mujer es más loca y bestia cuanto más sabia y estimada al hablar, convenciéndose de que las mujeres no saben nada y de que nulo es su ingenio y consejo porque no van a estudiar leyes a Pavía.

Pero no cae nuestra disputa en estas cuestiones. Aun así, no dejo de pensar que ello se debe a que no se ejercitan y si (como hacen los hombres) ellas gastaran su tiempo en estudiar, sacarían mucho más provecho que ellos, lo cual vemos de forma manifiesta en tiempos antiguos en aquella cuya tarda llegada del joven Faón empujara a precipitarse desde el promontorio de las Leúcades y romperse el cuello⁶². Por sus cultos y refinados libros ella mereció el nombre de óptima rimadora y poeta, al igual que entre los poetas lo fuera Homero. Léase también sobre Corina la tebana, según el juicio de Píndaro, estimada por los latinos sin parangón; y Erina⁶³, que compuso trescientos versos comparables a los de Homero.

¿Cuántas mujeres se encuentran estudiando las excelentes letras? Las romanas Cornificia, Hortensia, Sulpicia, Paula y Marcela, de quíenes escribe San Jerónimo, Polla, mujer de Lucano, Calpurnia de Plinio, Lelia, suegra del orador Lucio Crasso, a la cual éste quería oír con más gusto que a Nevio o Plauto, por la elegancia de la lengua y la agudeza de ingenio. De igual modo, fue Proba, mujer del procónsul romano Adelfo, quien de los versos virgilianos con maravilloso artificio escribió el viejo Testamento y el nuevo y se puede decir que hizo hablar a Virgilio con fe cristiana. Leemos también sobre Temistóclea, hermana de Pitágoras, Areta hija de Aristipo, Cleobulina hija única de Cleobulo⁶⁴, uno de los siete sabios y muchas otras

⁶² Se refiere al mito griego de Safo y Faón.

⁶³ Erina de Telos.

⁶⁴ Cleóbulo de Lindos, uno de los siete sabios de Grecia, famoso por educar a sus hijas, al considerar que la mujer debía tener instrucción. Cleobulina o

sapientísimas y en tiempos más modernos; Zenobia que habiendo nacido en Anglia, disfrazada y vestida de hombre vino a Roma y tanto fue su ingenio que, convertida en cardenal, al poco tiempo adquirió la dignidad más alta que se podía esperar. ¿Qué hombre podría igualar a esta mujer en ingenio y sabiduría? Ciertamente, ninguno.

¿Qué diremos de la sibila Amaltea⁶⁵ que compuso los libros de oráculos sobre la República romana? Ciertamente, yo no sé si todo lo que hicieron de conveniente los romanos debería atribuírsele a ella, ya que por su doctrina habían aprendido qué consejo debían seguir en cada necesidad. ¿Callaremos sobre Carmenta, la primera en hallar las letras latinas? De ella nacieron los cármes, es decir, los versos⁶⁶.

Al apreciar los romanos las letras y el gobierno de la república hecho por mujeres -las dos cosas donde especialmente reside la sabiduría-, deducimos que es verosímil que las mujeres no solo son más sabias que los hombres, sino que siempre lo han sido. Por lo tanto, la antigüedad imaginó y pintó a las musas mujeres, inspiradoras de elevados ingenios; y pintó asimismo a Minerva, diosa de la sabiduría, como mujer y no hombre, así como ya dijimos de la justicia. Y este consentimiento de todo el mundo al pintar estas divas sagradas me parece gran testimonio a favor de las mujeres; y tengo para mí que más no se podría desear, puesto que hay mil autoridades de filósofos que, hablando de la naturaleza de los animales, dicen generalmente de las hembras ser más disciplinadas y dispuestas a aprender, sin destacar a la mujer por encima de las demás especies.

Lo mismo que por otras razones, por esta se prueba que la bondad de ingenio se demuestra por la belleza corporal que especialmente reina entre las mujeres, como explicaremos en los

Eumetis fue poetisa, citada en la *Poética* de Aristóteles, su vida fue relatada por Plutarco (*El banquete de los siete sabios*). Cf. Plutarco, *Obras morales y de costumbres*, vol. II, Morales Ota, C.- García López, J. (ed.), Madrid, Gredos, 1986.

⁶⁵ La Sibila de Cumas.

⁶⁶ En la mitología romana, Carmenta era la diosa del parto y la profecía, se le atribuye la invención del alfabeto latino. Del nombre deriva carmen, composición poética. Cf. Ovidio (*Fastos*, 461-542) y Plutarco (*Cuestiones romanas*, 56).

siguientes capítulos. Homero escribe que Ajax fue un hombre colosal, robusto y de gran estatura: por consiguiente, loco y bestia, y desbocado en todo; mientras que de Ulises dice que era menudo y bien proporcionado, y por ello sabio, prudente y avisado ante las necesidades. Por tanto, si al cuerpo más menudo corresponde más sabiduría, es algo manifiesto que las mujeres son por naturaleza más pequeñas, mejor compuestas y proporcionadas y por tanto más sabias y dotadas de mejor ingenio; lo cual demuestra la estrella de Mercurio, dominadora de los ingeniosos, que en el signo de Virgo es muy afortunada⁶⁷.

Tampoco olvidaremos hablar de la suavidad y delicadeza de la carne, señal manifiesta (a decir de los filósofos) de la sutileza de ingenio, cuya verdad se comprende por la ciencia y doctrina que se halla en los hombres, cuando rara vez sucede que los hoscos y gruesos de piel y cubiertos de pelo sean aptos para aprender letras, más bien al contrario, ya que aquellos más tiernos y suaves de piel están dotados de mejor ingenio y por consiguiente las mujeres poseen más ingenio y están más dotadas para aprender lo que desean.

⁶⁷ La descripción de Ajax y Ulises está tomada de Homero, la comparación con el signo zodiacal de naturaleza femenina puede ser algo traído de fuentes latinas u orientales.

LOS BIENES DE LA FORTUNA

Gran parte de nuestra labor está cumplida, habiendo demostrado con suficientes razones lo relativo a los bienes del intelecto -es decir, a las virtudes y la doctrina-, pues la mujer no solamente no pierde ante el sexo viril, sino que además le gana ampliamente. De ahí que ya estimo muy fácil lo que queda por probar, mayormente los bienes externos, o sea, la fortuna, donde la patria no ocupa el último puesto, pues si consideramos desde el principio nuestros primeros padres, veremos que Adán fue creado en Siria en el campo Damasceno y luego fue creada Eva de lodo y fango en el paraíso terrestre, razón por la cual creo que sea costumbre honrar a las mujeres en el lugar donde han nacido. Así es como éstas, para ser dignas de la creación, merecen ser alabadas por todo hombre; aunque algunos aducen otra razón para honrarlas, debida a la madre de Coriolano, quien pudo convencer al airado hijo mejor que todo el pueblo romano y los sacerdotes de no aplicar tan feroz medida contra la ingrata patria.

Debido a ello, como conservadoras de la ciudad romana, siempre se mostró a las mujeres el debido respeto y, creciendo la costumbre, ha llegado con los años hasta nuestros tiempos. De igual modo nosotros en las calles cedemos el paso, y en la mesa y las bodas y otros convites les damos el lugar más destacado y a cualquier mujer por baja que sea su condición, al escucharla los hombres la tratan con respeto, porque así la naturaleza, maestra de todas las cosas, nos lo enseña, dejando por natural instinto lo que debemos seguir o repudiar. Todo ello por consecuencia conocen los hombres y también entre las fieras el unicornio lo tiene por muy alta fe. El cual, siendo dotado de maravillosa gallardía y de gran crueldad, no soporta ser domesticado y amansado por ningún otro animal excepto la mujer virgen, reconociendo en ella tanta excelencia que juzga por dulce suerte ser tan noblemente apresado.

Pero a pesar de este sólido y entero juicio, hay muchos fieles amantes que no consienten alabar a un animal irracional, a ellos les parecería una felicidad incomparable derrochar la vida en algún acto egregio para gustar a sus damas. Y ciertamente son éstos dignos de la muerte, pero de la pequeña que se puede dar

muchas veces. Y de ello aviso a las mujeres valientes para que les plazca darles motivo de larga vida, a fin de que por su amor puedan a menudo esquivar semejante muerte y ser bien servidas por ellos mucho tiempo.

Mas para volver a la dignidad de la mujer, diremos, y así se observa en la experiencia, que su calor aligera la enfermedad de los paralíticos. Y un argumento mayor existe aún, que el mundo entero, por ser obra de una naturaleza tan maravillosa, donde se contienen tantas cosas bellas, debe ser denominado con una expresión muy excelente, cuyo nombre sea como una torre. Así, una tercera parte del mismo es nombrado Asia, que contiene tantas regiones, y toma el nombre de la mujer de Japeto, madre de Prometeo, llamada Asia. Otra parte se llama África o Libia, llamada así por Libia, hija de Epafo. Y la tercera parte Europa, así llamada por la hija de Agenor, raptada por el sumo Júpiter convertido en la forma falaz de un toro blanco. Y toda la tierra junta es llamada madre universal.

LA BELLEZA

De entre todas las excelencias que a las mujeres les ha concedido la fortuna, la naturaleza o su propia industria, la belleza corporal es la más agradable, y más no se podría decir. Ellas se preocupan de mantenerla y acrecentarla cuando ven las virtudes en menos aprecio (no sé por qué mala estrella), aunque para ellas es sencillo aparecer bellas, habiendo sido dotadas por la naturaleza de todas aquellas partes que pueden gustar y habiendo borrado de su rostro la aspereza de la barba, que hace más bien caduca la belleza masculina, cosa que quizá a algunos enemigos de la naturaleza les disgusta al hacerse áspero el rostro, rugoso y parecido a las fieras.

Al no poseer belleza con la que corresponder a las mujeres, hemos imaginado dos especies de belleza, una que sea dignidad y majestad y casi una reverencia, que nos hemos atribuido a nosotros; y otra que es hermosura de Venus, una abstracción llena de deseo y amor, y que es propia y peculiar de las mujeres.

No hay hombre -cualquiera que sea su edad- que las iguale; porque si queremos discurrir sobre las partes del cuerpo que pueden tener aspecto placentero y agradable, en todo somos inferiores empezando por los ojos, que en muchas se advierten como dos estrellas refulgentes, aún más, dos soles vivos que difunden su luz alrededor y con su claridad vencen las tinieblas de la noche y cuando con arte maestro se mueven, muestran a los ingeniosos amantes los secretos del corazón y con su vaga belleza hacen de ellos lo que de Medusa se lee, que con su vista convertía a los hombres en rocas, y esto se da más en las mujeres que en el otro sexo, como demuestra que son universalmente admiradas allá por donde van.

¿Qué decir de su ancha frente? ¿De las arqueadas cejas? ¿Del perfil de la nariz? ¿De la bermeja boca? ¿De las cándidas perlas ordenadamente encerradas dentro del bello coral? ¿Del mentón bífido sin pelo alguno adornado? ¿De las redondas manzanas de sus mejillas? Semejantes en los frutos que en el Jardín de las Hespérides guardaba el dragón vigilante; los cuales, con un sutil velo prohibidos, al sobresalir tienen la fuerza de conmover, no ya a cualquier hombre severo, sino incluso a las fieras silvestres

y si es lícito decirlo a las insensatas piedras⁶⁸. Piensa en cómo serán las partes ocultas, a las cuales con tanto amor y deseo la naturaleza no nos empujaría si no fueran del todo placenteras y bellísimas para su objetivo; porque el amor no es otra cosa que una concupiscencia del fruir de la belleza, como la definen todos los filósofos y sobre todo el amoroso Platón⁶⁹.

Y los que con su ingenio han intentado imitar el maravilloso artificio de la naturaleza, queriendo hacer una estatua que fuese norma y regla de otras pinturas y esculturas de belleza, la hicieron mujer, como dice Plinio y muchos otros, añadiendo que toda obra se estimaba bella cuando estaba cercana a Policeto; y eso vale incluso ahora entre los modernos pintores y escultores, que encuentran según dicen mucha más delicadeza y proporción y, si puede decirse, perfección en los cuerpos femeninos. El antiguo y gran ilustrador de la pintura Zeuxis⁷⁰, queriendo donar algo singular a los hombres de Crotona, en lugar de dejarles el eterno testimonio de su virtud, trajo de cinco doncellas vírgenes las partes más bellas e imitando a las cinco compuso un cuerpo femenino hermosísimo. Éste, por tanto, pudiendo hacer para el arte un auténtico juicio de beldades, dio la sentencia a favor de las mujeres y a mi parecer -y al de la mayoría de los hombres-, la dio verdadera. Porque, ¿quién será aquel que no vea con

⁶⁸ Cf. Ovidio, *Metamorfosis*, IV, 646-647,

⁶⁹ Según Platón, el Amor no puede ir sin Venus, es decir, no se explica sin la belleza, primera indicación del lazo tan estrecho que unirá al Amor con lo bello. Cf. Platón, *El banquete, o del amor*, en *Diálogos*, Luis Roig (tr.), Madrid, Espasa Calpe, 1975. La definición del amor como fruición de la belleza, si bien ya se encuentra en Dante y la escolástica medieval, fue reivindicada especialmente por el neoplatonismo humanista, en especial por Marsilio Ficino en *Comentaria in Platonem* (1496) y Pico della Mirandola en *Comentario a una canción de amor de Girolamo Benivieni* (1486), entre otros. Seguidamente fue ampliamente citada por los tratadistas sobre la *querelle* contemporáneos a Capra, como: Pietro Bembo, *Asolani* (1505) (II, VI, XVII); Mario Equicola, *Libro de natura de amore* (1525); Baldassare Castiglione, *El Cortesano* (IV, LI).

⁷⁰ Pintor griego del s. IV a.C. Plinio el Viejo cuenta la célebre anécdota de su disputa con Parrasio durante la cual Zeuxis pintó unas uvas que engañaron a los pájaros, que acudieron a picotearlas. Capra se refiere a otro episodio famoso de su vida, cuando para representar a Helena de Troya pintó lo más bello de cada una de las cinco doncellas más hermosas de la ciudad de Crotona.

agrado a una mujer entre las demás, y al verla no la ame y desee, amándola, hacerla gozar? Cuya vista, amor y deseo no se pueden mover si no es por un no sé qué placer en nuestros ojos, que corre cada vez que algo juzga bello. Esto no ocurre con los hombres, exceptuando unos pocos. ¿Pero hay que extenderse más en igualarla al hombre en la belleza?

Ciertamente creo que nada se pueda aducir en contra, si todavía hubiera algún obstinado enemigo de las mujeres que quisiera contradecirme, persuadido por el dicho del filósofo, al decir que un cuerpo grande puede ser de mayor belleza que uno pequeño. Pues el hombre es casi siempre más grande que la mujer, por lo que se concluye que el hombre puede contener mayor belleza. A esto respondo y digo que la magnitud o medida se considera de dos modos: uno cuando una cosa se extiende más que otra según todas las medidas, como decir que un elefante es mayor que una hormiga. Y otro modo que se entiende según la proporción, como cuando se dice que esta hormiga es grande, y el elefante pequeño; y según este modo de hablar no podemos decir que la mujer sea pequeña (más baja que el hombre) toda vez que se añada a su naturaleza la proporción. Por qué la naturaleza, debido a alguna consideración, a ellas les ha concedido menor tamaño, no es importante decirlo ahora.

Es por tanto famosa otra razón muy eficaz para probar la belleza de las mujeres, que se observa en la experiencia: casi todas las mujeres son más proporcionadas y de una medida diferente a la de los hombres, e incluso entre hombres hallamos más enanos y pequeños, incluso casi pigmeos, otros golpeados, deformes y semejantes a los de Barinci cuando Domenedio aprendía a hacerlos⁷¹.

La razón es porque las mujeres son de naturaleza más húmeda⁷² y la humedad más fácilmente se extiende en sus

⁷¹ Se refiere a una familia florentina famosa por su fealdad, es un pasaje extraído literalmente de Boccaccio, *Decamerón*, VI, 6.

⁷² Según las teorías clásicas de Hipócrates (en *De foeminia natura* y *De foeminarum morbis*, I) y Galeno (en *De temperamentis* y *De naturalibus facultatibus*). En español véase Hipócrates, *Tratados hipocráticos*, VI, *Tratados ginecológicos: Sobre las enfermedades de las mujeres; Sobre las mujeres estériles; Sobre las enfermedades de las vírgenes; Sobre la*

límites, por ello ni los rostros ni los cuerpos suelen ser grandes y pesados, puesto que su altura es menor y se amolda, porque le es más favorable el cielo y parece que tenga cuidado de su belleza. Mientras la mayoría de los hombres, por ser más macilentos y secos, lo que pierden en anchura lo ganan en altura; y puestos a comparar en altura un hombre y una mujer, el hombre a primera vista parecerá más alto por sutileza, así como vemos en algunos que han estado alguna vez enfermos -que al levantarse de la cama parecen más altos que antes, sin haber crecido durante la enfermedad-, éstos se han quitado la anchura y la altura ha quedado como antes, aunque parezcan más grandes.

superfetación; Sobre la escisión del feto; Sobre la naturaleza de la mujer, Madrid, Gredos, 1988. Cf. Galeno, *Sobre las facultades naturales: las facultades del alma siguen los temperamentos del cuerpo*, Madrid, Gredos, 2003.

Si, como creo, ya hemos demostrado con creces que la belleza de las mujeres es mayor que en los hombres, también lo mostraba nuestro Boccaccio en un cuento del Decamerón, cuando decía que el hijo de aquel eremita florentino la primera vez que vio mujeres le gustaron tanto que inmediatamente estimó vana fatiga querer afirmar con multitud de argumentos algo que nadie tenía el valor de negar. No son inferiores al hombre en ninguno de los demás bienes, del cuerpo y de la fortuna, como los hijos, las amistades, las riquezas, la gloria, la santidad, la fuerza. Porque los hijos son comunes y si uno de los dos los tiene más de su parte, la mujer es verdaderamente la que los ha llevado en su vientre, nutrido con su leche y criado con gran fatiga y solicitud.

De las amistades no hablaré yo, pues si bien se ama la beldad y las virtudes, y aunque ambas se encuentran más en la mujer que en el hombre, es forzoso que la mujer sea más amada, como vemos cada día por experiencia de tantas peleas y tantas cuestiones que afanan cotidianamente a los hombres para ganar la amistad y benevolencia de alguna damisela. Así como se lee en las antiguas y modernas historias y en los libros de poetas de tantas ciudades y naciones, que se arruinaron y destruyeron en la contienda por poseer la gracia y el amor de alguna mujer. Piensa en lo que hicieron aquellos que no temieron poner en zozobra el mundo entero por una razón semejante, por el deseo de amistad de las mujeres. Pocos han sido los hombres que por el amigo no dudaron en ofrecerse a la muerte, no sé si habrá más de seis o siete pares de amigos en los escritos. Sin embargo, infinito es el número de aquellos que por las amantes mujeres han corrido mil peligros de muerte y tal vez se la dieron por demasiado amor.

Las riquezas (si bien haya habido muchas mujeres ricas y hoy lo sean más que nunca) no las juzgo en tanta valía, a no ser por el poder de mandar a quienes las poseen. Debe bastar a las mujeres ganarse el amor de los hombres⁷³, lo cual es sencillo si

⁷³ Esta sería la verdadera riqueza de la mujer; pues, según el autor, conquistando el amor de los hombres ésta habrá obtenido el poder sobre ellos y sus posesiones.

ya comandan no solo sobre sus bienes, sino en su vida y su sangre.

La gloria y el honor, aunque algunos los enumeran entre los bienes externos y la fortuna, son a su vez premio y merced de los bienes del alma y la virtud; de los cuales, siendo las mujeres vencedoras, no carecen de ellos allá donde y cuando esté su persona.

Los demás bienes del cuerpo, es decir, la sanidad y la fuerza, tampoco faltan ni en mujeres ni en hombres y si fueran en ellas menores, no lo son tanto como para restarles una mínima parte de su excelencia. Porque la sanidad consiste en gran medida en el vivir ordenado, que está en nuestra voluntad, y porque más modestamente y con mejor orden viven las mujeres, más raramente enferman; gracias a las menstruaciones y a las continuas purgas⁷⁴ se protegen de muchas enfermedades con las cuales los hombres a menudo tropiezan.

En cuanto a la fuerza, leemos de las Amazonas y de muchas otras que acostumbraban a batallar y que obtuvieron grandes triunfos e innumerables victorias acreditadas. Si sus costumbres hubiesen perseverado hasta estos tiempos, bien se podría admirar en el presente cuánta era la fuerza femenina. Pero como dicha usanza fue interrumpida, y la fortaleza y ejercicios militares se conservan y aumentan ejercitándolos, parece que en nada sea estimada la fuerza de las mujeres. Pero, aunque así fuera (si queremos considerar racionalmente), ¿para qué necesitan ellas la fuerza corporal, si pueden usar en cualquier situación la fuerza del intelecto? Ciertamente es que todas se dirigen hacia el fin deseado más con el ingenio que con la prestancia corporal, y el exceso de fuerza hace temerarios a aquellos que la poseen.

Milón de Crotona⁷⁵, confiando en su brazo, quiso abrir la

⁷⁴ El autor en este pasaje y los sucesivos menciona las *purgas* menstruales de la mujer en referencia a la afirmada teoría de Aristóteles, *De generationem animalium*, o.c. En español véase Aristóteles, *Reproducción de los animales*, Madrid, Gredos, 1994.

⁷⁵ Atleta griego del s. VI a.C., famoso por sus proezas deportivas en los Juegos Olímpicos, Píticos, Ísmicos y Nemeos, relatadas por Diodoro Sículo. Se casó con la filósofa Myia, hija de Pitágoras y Teano. Se cuenta que un día

ruda encina y quitando la cuña y los otros anclajes que la tenían abierta, al cansarse al poco sus fuerzas, se cerró sobre sí mismo el tronco, quedaron atrapadas sus manos y fue pasto de las fieras. Se cree que Capaneo⁷⁶, al conquistar Tebas contra la voluntad de los dioses, fue fulminado por Júpiter. Los soberbios hijos de la tierra, presumiendo demasiado de su desmesurada grandeza⁷⁷, fueron expulsados de los montes por los dioses, cuando quisieron ponerse uno sobre otro para ascender a los celestiales tronos. Teseo y Piritoo⁷⁸ siendo mortales, se fiaron de su fuerza y la del amigo Hércules y tuvieron el ardid de querer tomar esposa entre las hijas de los dioses; por ello fueron al infierno a raptar a Proserpina del hermano de Júpiter, y contra su presuntuosa treta afrontaron al can de triple cabeza, pero al fin allí permaneció el castigo por la maldad cometida.

Mirad cuánto mal causa el exceso de gallardía. No hay cosa que ofenda más a la justicia que la excesiva audacia y la excesiva fuerza corporal; por tanto, nada nos anima más a hacer el mal que el convencimiento de quedar impunes. Lo cual se ha visto en nuestra ciudad, donde alguna vez han sido tan potentes las armas de los malvados que a todos convenía ser presa y holocausto de los desalmados, o dejando la amada patria elegir un exilio voluntario, porque donde no hay justicia, donde las leyes están muertas, no sé cómo a un hombre de bien le pueda agradar la vida.

Mas dejemos ahora aparte estas calamidades y volviendo a nuestro propósito, concluyamos como verdadero que hubo un

al quedar atrapado su mano en la hendidura del árbol (tal como relata Capra), fue devorado por los lobos. Cf. Valerio Máximo, *Hechos*, o.c., IX.

⁷⁶ Famoso por su arrogancia y fortaleza, según el mito, Zeus (Júpiter) mató a Capaneo con un rayo tras haber afirmado que ni siquiera él podría impedirle asaltar la ciudad de Tebas. En la *Divina comedia*, Dante coloca a Capaneo en el séptimo círculo del *Infierno* (XIV c.), entre los violentos contra Dios.

⁷⁷ Los Gigantes intentaron escalar el Monte Olimpo para llegar al cielo, pero fueron fulminados por Zeus. Cf. Dante, *Infierno* (c. XXXI) y *Purgatorio* (c. XII); citado también por Boccaccio, *Genealogía*, IV.

⁷⁸ Según la leyenda, los amigos inseparables Teseo y Piritoo descendieron al Averno para raptar a Proserpina, pero Plutón los condenó a vivir en el inframundo, hasta que Hércules liberó a Teseo, al encadenar al can Cerbero; pero no pudo liberar a Piritoo, a causa de un fuerte terremoto. Cf. Virgilio, *Eneida*, VI, Dante, *Infierno*, IX, Boccaccio, *Filocolo*, V.

tiempo en que la fuerza física y la gallardía fueron útiles al mundo, cuando los hombres valientes y pródigos en persona defendían a las gentes indefensas frente a las injurias, mataban a los tiranos y domaban monstruos. Pero considerando la naturaleza de aquella edad de oro -convertida hoy en plata y cobre, e incluso en hierro-, vemos que en aquel tiempo las armas de los fuertes no impulsaban injurias, sino buen hacer; pero si universalmente no fuésemos tan malvados convirtiéndonos todos en asesinos, a una de las partes les quitarían las armas, como estaba establecido en el tiempo de las Amazonas, y ello a causa de que alguna justicia se conservase y el mundo no tuviera que volver de nuevo al antiguo y primigenio caos (como hará si se le priva de ella).

CONCLUYE POR MUCHAS RAZONES LA EXCELENCIA DE LAS MUJERES⁷⁹

Habiendo declarado por las muchas cosas ya dichas cuánto es benigna y favorable a las mujeres la madre de todas las cosas mundanas, la naturaleza, al dotarlas abundantemente de todos los bienes que las pueden hacer dignas por sí mismas, queridas por todos; y habiéndome colocado yo en el campo de batalla del lado de sus alabanzas, haré ahora como suelen hacer alguna vez los valientes capitanes que, frente al retroceso de sus enemigos, se quedan a mitad de la carrera, para no dejar atrás nada que les impida gozar de la victoria. Asimismo, habiendo obtenido yo la victoria a favor de las mujeres con muy poderosas razones, ahora para extirpar cualquier cosa que pueda estorbar tan hermoso triunfo, dejaré de ir más adelante en el referir su excelencia y sus virtudes, prefiriendo demostrar la igualdad para dar más crédito a la victoria. Y afirmo que la mujer es una necesidad de la naturaleza, pues sin ella no podría conservarse el género humano, ni podrían ser las cosas de otro modo y de nadie es el mérito o el reproche. Lo cual expresó muy bien el censor romano Craso, cuando -en la disputa contra su compañero Domicio- dijo que en los bienes que nos da la naturaleza o la fortuna se puede tolerar la derrota, pero en las cosas que el hombre adquiere por sí mismo bajo ningún pacto se podrá sufrir ser vencido⁸⁰.

¿Qué honor o deshonor se encuentra y por qué en haber nacido mujer o haber nacido hombre? Ciertamente, ninguno. Por lo cual no se debe hacer diferencia alguna entre cosas que son de necesidad. Considerado lo cual, los derogadores de las leyes civiles reprenden con muchas razones a los detractores del

⁷⁹ El apartado siguiente, como conclusión general de la obra, Capra retoma los principales argumentos discutidos anteriormente, razón por la cual se omite la repetición de las fuentes de referencia del autor, ya indicadas en las precedentes notas.

⁸⁰ Traducción literal de un paso de Cicerón: “Quae natura aut fortuna darentur hominibus, in iis rebus se vinci posse animo a equo pati; quae ipsi sibi homines parare possent, in iis rebus se pati non posse vinci”. Cf. M. Tullii Ciceronis *De Oratore Libri, II, 11*, R. Klotz (ed.) <<http://www.google.cat/>>.

sexo femenino, como a enemigos de la naturaleza que quieren y pretenden vituperar aquello que nos ha procurado la subsistencia. Olvidemos la enorme impiedad de reprender a quienes nos han dado el ser, aquellas que nos conservan y multiplican la semejanza de nosotros mismos, sin las cuales nuestra vida sería soledad, perpetua tristeza, más aún, una continua muerte.

Ni es preciso que alguien sea tan mentecato que, reprendiendo a las mujeres, reprenda a su madre, esposa, parientes y aquellas con las que vive de continuo. Por tanto, al igual que un hombre valiente, oyendo hablar mal de los hombres de su patria, tendrá gran pesar y (por mucho que haya malvados) querrá defender el honor de sus conciudadanos, así nosotros, aunque haya mujeres tristes y de mala vida, no deberíamos soportar que generalmente ellas sean vituperadas. Lo que, entre otras muchas razones, principalmente se debe hacer porque su vergüenza se convierte para nosotros en deshonor, pues las servimos y a menudo nos decimos sus esclavos y prisioneros, de donde es manifiesto nuestro apocamiento, consintiendo servir a alguien vil.

Ni se trata solamente de nuestro vituperio, sino de los eternos dioses, que muchas veces descienden de los tronos celestes a la tierra para perseguirlas y gozar de ellas. Y quien ilumina con las llamas de su rostro la amplia faz de la tierra, por alcanzar la gracia de una doncella durante muchos años soportó servir en las casas de los pastores de Admeto⁸¹, sin que Hércules, Aquiles y tantos otros varones y semidioses dominantes de príncipes y mundanos reinos hayan colgado al cuello el yugo femenino.

Así, debido a estas razones, me parece que no solo las mujeres son iguales a los hombres, sino que son aún más dignas. Entre otras cosas porque ellas desean más la reproducción, que se asemeja a las acciones divinas en tanto imita el maravilloso obrar de la naturaleza, produciendo casi de la nada, o de una

⁸¹ Según el mito, el dios Febo (Apolo) en castigo por haber fulminado a Asklepios, fue desterrado por Zeus a Tesalia, donde fue siervo de los pastores del rey Admeto de Feres. El dios ayudó a Admeto a conquistar Alcestes, hija del rey Pelias. Citado por Ovidio (*Arte de amar*, II) y Boccaccio (*La elegia de doña Fiameta*, I).

mínima cosa, un resultado tan hermoso como es el parto humano, en el cual a pesar de que interviene tanto el hombre como la mujer, mueve a más deseo y fatiga en ella que lo da todo, nutriendo con su propia sangre transformada en leche y esto no espanta ni siquiera a las mujeres miedosas.

Aceptó Domenedio esta generación (como dicen los teólogos sagrados) y perdonó a las hijas de Lot yacer con el padre borracho, habiéndolo hecho no por lujuria, sino para generar hijos de un hombre justo y obediente a Dios, los cuales (a diferencia de los hombres de la ciudad de Sodoma) no destruyeran o rompieran las leyes naturales y divinas⁸². Debe ser superior la mujer en la reproducción, pues sin hombre ella puede generar un parto vivo que se llama mola⁸³, el cual no se ha concedido a ninguna otra especie donde la hembra sin macho pueda concebir y parir. Y, a pesar de que tal parto no puede vivir largamente, no deja de considerarse por eso un privilegio que le ha dado la naturaleza.

Repasando por tanto las razones dichas y muchas otras, ¿no es forzoso confesar que la prestancia y la virtud de la mujer es tanta que no solo el hombre no la puede igualar, sino que la sigue a enorme distancia? Lo que es una evidencia manifiesta respondiendo a los argumentos con los cuales sus detractores se esfuerzan para manchar la nobleza de las mujeres, declarando que todavía es usanza de mujer lo que sucedía en antiguos y modernos sacrificios, y de ahí que las mujeres vayan con la cabeza cubierta y los hombres la lleven al descubierto y desnuda. Esto no es porque ellas sean inmundas y feas y merezcan estar tapadas, o porque ellos vayan más limpios y aseados y sean dignos de ir descubiertos a los templos, como opinan algunos estúpidos, sino que tal cosa se hace por una razón conveniente y justa. Porque si la belleza de ellas fuera al descubierto, tendría el poder de suscitar deseos impúdicos.

Y además de eso, por estar las mujeres mejor dotadas de

⁸² *Génesis*, 19.

⁸³ Se refiere a una patología denominada *mola hidatiforme*, o un embarazo *molar*, es el resultado de la fertilización anormal de un ovocito (óvulo). Esto resulta en un feto anormal, en el cual la placenta crece normalmente formando una masa en el útero con poco o ningún crecimiento del tejido fetal. Cf. Aristóteles, *Reproducción de los animales*, o.c., IV, 7.

virtudes y privilegios, son proclives a ser ambiciosillas, y de ahí, en señal de humildad, cuando adoran a Dios es conveniente que vayan con la cabeza velada y cubierta. Y debido a que la mujer desea al hombre, así como la materia está atraída por la forma para hacerse más perfecta, lo mismo sucede que un hombre por naturaleza odia a quien antes se uniera; porque, así como ella al copular pierde parte de su perfección; al contrario, dicen que la mujer amando al hombre que ha conocido en venérea conjunción se hace más perfecta.

Digo que han estudiado mal la lógica aquellos y que sus consecuencias no valen al afirmar que, si la mujer desea al hombre como perfección, por tanto, es imperfecta. Suponiendo que la mujer desee al hombre para su perfección, no se sigue que la mujer sea imperfecta, sino que puede llegar a ser perfecta en alguna medida y al copular con el hombre alcanza un mayor grado de perfección; mientras que el hombre será después menos perfecto que la mujer. Al igual que podemos afirmar de nuestro intelecto, siendo ya bastante perfecto, desea, para alcanzar mayor perfección, conocer algunas cosas menos perfectas que él, así como hace por naturaleza algún animal irracional, sumando la perfección contenida en tal conocimiento a aquella que estaba en él al principio y así se convierte en mejor y más perfecto.

Tampoco es cierto que el hombre odia a la primera mujer con la cual yace, pues si eso fuera verdad sucedería cada vez que copula con ella, lo cual no es así; es más, tras la primera vez, en las siguientes veces después de tal ayuntamiento crece el amor en el hombre; y si tú bramas por saber la razón de por qué pueda nacer en la primera cópula tal odio, es más verosímil que sea por la caliente complexión del hombre, principalmente en la edad de la pubertad, porque todavía no han experimentado tales juegos en edad madura. El ardor es mayor en este tiempo y razón de nuevos pensamientos. Así, revolviendo los jóvenes la calidad de las cosas en su inestable mente, fácilmente desaman y se arrepienten del acto; hasta que, en edad más firme ya hechos a la costumbre, llegan a conocer los encantos del Amor. Pero la mujer, por instinto natural conoce la perfección de la reproducción, ama al hombre, incluso es capaz de mantenerlo siempre junto a ella, pues le enseñaron que por el rabo se

plantan los hombres⁸⁴.

Por razón de posición decían que el hombre era más digno, por eso la mujer está debajo y el hombre encima, en posición más noble. Pero quien mira con ojo despierto sabrá que la mujer en los últimos placeres amorosos yace en la posición más noble, supina y con los ojos mirando al cielo⁸⁵, tal como deben hacer los animales dignos de razón y el hombre está como hacen las bestias, con el rostro y los ojos vueltos hacia la tierra y, es más, por este motivo el hombre a sabiendas de que es indigno de aquel infinito placer y gozo, -tal como le ha enseñado la naturaleza, maestra de todas las cosas- no puede más que coger los últimos momentos del amor, y no estima con reverencia y genuflexión este sumo bien.

Afirman que además la indignidad de la mujer se debe a que en los placeres venéreos es pasiva y el hombre activo, lo cual no le resta dignidad como hay variedad de colores para los ojos y de olores de las cosas para la nariz y de todos los demás objetos para los sentidos. De igual modo el ojo es pasivo, y las cosas coloreadas lo penetran y operan dentro, pues, aun así, el ojo posee una virtud visual más digna que los colores como puro agente. El sonido golpea el sentido de nuestro oído y la oreja lo sufre, pero ésta es menos digna que el sonido y estrépito que la induce a escuchar. Y de igual modo diremos de la mujer, que a pesar de que soporta al hombre, no se puede por ello afirmar que sea menos digna que él.

No olvidarán aquellos una razón que les parece muy importante, que las mujeres no se ocupan de los oficios civiles y divinos y está prohibido para ellas ser procuradoras y prestar testimonio en los juicios, especialmente en los testamentos; lo cual parece un gran argumento e incluso un juicio que sentencia su poca suficiencia. Pero no ven con cuánta trivialidad dicen una mentira, porque antiguamente los asuntos civiles eran tratados tanto por hombres como por mujeres y éstas dictaron muchas

⁸⁴ Expresión tomada de Boccaccio, *Decamerón*, IX, 10.

⁸⁵ El autor aplica a la mujer el famoso pasaje de Ovidio, *Metamorfosis*, I, 84-86: "Pronaque cum spectent animalia certera terram, / os homini sublimi dedi, caelumque videre/ iussit et erectos ad sidera tollere vultus." (*Mirando los demás seres vivos, inclinados, al suelo, dio al hombre una cabeza elevada y (le) ordenó ver el cielo y alzar su rostro hacia las estrellas*).

leyes, como la Sibila de Cumas Amaltea ya nombrada, Dido que edificó la ciudad de Cartago y dio a los cartagineses las leyes de convivencia⁸⁶ y muchas otras en muchos lugares. Pero con el paso de los tiempos, creció la malevolencia de los hombres y al no abstenerse de imprecaciones injurias y petulancias en sus juicios (como sucede a las mujeres), a fin de que el sexo femenino no oyese tales brutalidades y palabrotas, los jueces las sacaron de los juzgados y quedaron solo hombres, por cuya imbecilidad a ellas les fueron arrebatados muchos otros privilegios.

Los oficios divinos han sido siempre administrados indistintamente por uno u otro sexo. En tiempos antiguos esto se observa -entre otros muchos ejemplos- en las vírgenes Vestales, que conservaron con tantas ceremonias y afanes el eterno fuego. En el nuestro, por tantos monasterios se ven mujeres henchidas de religión y santidad y en otras mil ceremonias. Y para refutar una mentira tan evidente, contra dicho argumento podrían aportar sólidas razones los propios oficiantes, de lo cual ahora hablaré, aunque no sea necesario. A pesar de ocuparse los hombres de todos, dichos oficios divinos no son tales, que hayan hecho perder a las mujeres una mínima parte de su dignidad y excelencia. Porque no siempre los oficios se encargan a los más dignos, ni los más amados; como nos enseñó Dios, que dio las llaves del cielo a Pedro y no a quien, mereciendo haberlo llevado en su vientre virginal nueve meses, llamamos justamente nuestra madre de gracia, fuente de toda bendición e incomparablemente excelentísima entre todas las mujeres. Esto vemos cada día, pues una reina ha quedado sin oficio alguno, aun siendo más digna de mil oficiales que están en la corte del rey.

Sigue a esto la mente variable y la mutable opinión [femenina], contra la cual ladran los poetas en mil sitios. Virgilio: variable y mutable es siempre la mujer⁸⁷; y Petrarca: la mujer es voluble por naturaleza⁸⁸; y muchos en tantos sitios

⁸⁶ La descripción de Dido como gobernante de Cartago, ejemplo de viuda virtuosa, se encuentra en Boccaccio, *De Mulieribus Claris*, XLII, 9.

⁸⁷ Cf. Virgilio, *Eneida*, 569-570: “Varium et mutabile semper / femina”.

⁸⁸ Cf., Petrarca, F., *Canzoniere*, CLXXXIII, v.12: “Femina è cosa mobil per natura, / ond'io so ben ch'un amoroso stato/ in cor di donna picciol tempo dura.” (“La mujer es voluble por natura, / y así bien sé que un amoroso

dicen lo mismo; lo cual no parece a los sabios una culpa que no sea muchas veces consentida; pues si los cielos y los tiempos, cada día y a cada momento cambian, por fuerza hay que convenir que lo que ahora nos será útil, mañana podría sernos nocivo, y por ello es necesario cambiar muchas veces de voluntad y consejo, induciéndonos a ello razón y necesidad, no apetito. Y querer mantener la constancia en semejantes casos se convierte a veces en obstinación, y éstos son los hombres llamados de cabeza dura, pues además de su llamada constancia, a menudo conservan los errores cometidos en buena fe. Y baste lo dicho sobre la variabilidad e inconstancia.

En cuanto al hedor, a la menstruación y a los humores superfluos, decimos que tales cosas no son argumento de fealdad e inmundicia, sino de limpieza y delicadeza; pues tanto el hombre como la mujer están compuestos de los cuatro elementos y fueron creados del barro, son por necesidad muy partícipes de esta tierra inmunda, pero éste, no teniendo por donde expulsarlo y purgarse de ello, permanece menos limpio y puro. Lo cual demuestra la carne del hombre que, a pesar de lavarse y asearse, al restregarla siempre genera tierra, lo cual no sucede con la mujer, porque cada mes tiene sus habituales purgas, las cuales no solo las conservan más delicadas, sino que las apartan de muchas enfermedades en las cuales los hombres caen, como dicen los médicos. Y sucede que dichas purgas tienen un aspecto bien decoroso, no deben ser consideradas infectas por tan poco, como piensan algunos; pues la naturaleza no ha dotado al hombre de nada que pueda mostrarse al aire sin vergüenza, mas, aquellas partes que no son decentes a la vista y sus beneficios deben usarse secretamente.

Por tanto, ¿qué importa que la mujer tenga una purga necesaria cada mes, teniendo ambos la necesidad de usarlas más de una vez al día? Mayormente siendo ella en tantas cosas superior y apartada de las enfermedades y quedando más limpia y aseada. Por tanto, se advierte cuál debe ser la respuesta al argumento que se dice de que la mujer es fétida por la menstruación y a las otras cosas dichas. De la mujer se debe

estado/ en pecho de mujer dura muy poco.”). Cf. Petrarca, Cancionero, tr. J. Cortines, Madrid, Cátedra, 1984, v. II., p.597).

decir lo contrario, purgada de toda bellaquería y desechando cualquier otra cosa que pueda mancharla o insinuar que la hembra apestase, como consideramos por muchos vocablos latinos. El bosque se llama *luco*, como lugar donde no hay luz, la guerra se dice *bellum* por no ser nada bella, de igual modo lo femenino no hiede. Y además de que la naturaleza las ha favorecido al privarlas de hedor, me parece que ellas han estudiado ingeniosamente como estar limpias y llenas de delicadezas; por tanto, no deberían ser culpadas de nada y menos aún de suciedad.

A ello se suma la mayor y última vituperación de las mujeres, es decir, el error de Eva al devorar la manzana prohibida y dejarse engañar por el enemigo de la humana estirpe. Pero dejaremos las consideraciones sutiles a los teólogos que corresponde, digo que a mi parecer fue mayor la vergüenza de Adán que tan ligeramente creyó a la mujer, olvidando el precepto de Dios. Y es verosímil que el diablo con tal arte y engaño hiciera creer a la mujer que comiendo tal manzana sería inmortal, que ella no querría serlo sin Adán. Además, que la mujer entonces todavía no podía ser prudente como el hombre, puesto que hacía poco que había sido creada, y la prudencia se adquiere con larga experiencia. Raras veces esta virtud se encuentra en los jóvenes, es propia de los viejos y por ello ni el médico joven ni el militar capitán son encomendados, porque el conocimiento de sus oficios se adquiere por largo uso, y sus errores mal se pueden enmendar, puesto que el dolor sigue al error.

Era pues tarea del primero en ser creado, y más viejo, prever lo que les esperaba al comer la manzana prohibida y considerar que no era útil seguir el consejo de su enemigo. Al no hacerlo, merecidamente hay que condenar más la imprudencia de Adán que la de Eva, pues al fin su pecado fue causa de que el hijo de la Virgen se encarnase en carne humana. Y por ser hombre Él nunca afeó la nobleza y excelencia femenina, porque como parte de la especie humana, la mujer está hecha a semejanza de Dios, como el hombre. El hijo de Dios al nacer dio una sentencia justísima a favor del sexo femenino -aunque entendida por pocos-, porque exaltando la humildad tomó forma del sexo humilde que era el hombre. Lo cual entendiera Petrarca, cuando

hablando de ello en su cuarto soneto, dijo:

De sí naciendo a Roma no hizo gracia,
más sí a Judea, porque siempre quiso
exaltar la humildad sobre otro estado⁸⁹.

Así Aquel se hizo hombre y no mujer, porque habiendo fracasado más él que ella, el hombre fue expulsado del Paraíso y convertido en más vil. Vino el Hijo de Dios a restituírnos la gracia de la cual habíamos sido privados mediante diabólicos engaños y por imprudencia; pareció conveniente que como el hombre nos había puesto en el fondo del abismo y nos había arruinado a la condena eterna, así Él naciera hombre y fuese su inocente sangre la pena correspondiente al delito de Adán. Por lo cual, claramente se ve que el pecado del hombre fue mayor que el de la mujer, pues hubo de compensarlo mediante Cristo hecho hombre.

Estos son los argumentos, estas las razones explicadas antes, con las cuales los hombres se persuaden de vencer el duelo; y ciertamente dudo, por ser las mujeres inferiores en cuanto a fuerza corporal, que no lo perdiera; si no fuera porque a sus mercedes las siguen los amigos como es menester, y ante todo peligro se encuentran preparados y listos para empuñar las armas en su defensa, no temiendo los continuos vientos de la envidia, ni los crueles mordiscos de los detractores. Principalmente cuando no son demasiado mal diestros en salvaguardar las singulares e inmensas gracias que con abundante mano la naturaleza ha dotado a las mujeres, y siendo ya esto alabanza no pequeña de aquellas que se dejan vivir amando. Entre estos [amigos] me encuentro yo, no por

⁸⁹ Se trata del primer terceto del soneto IV dedicado a Cristo: “El que infinita providencia y arte/ demostró en su admirable magisterio,/ que creó este hemisferio y aquel otro / y a Jove más que a Marte hizo clemente,/ viniendo al mundo a iluminar escritos / que a la verdad habían ocultado,/ apartó de la red a Juan y a Pedro,/ y en el reino del cielo les dio parte./ De sí naciendo a Roma no hizo gracia,/ más sí a Judea, porque siempre quiso/ exaltar la humildad sobre otro estado,/ y ahora un sol nos ha dado en una aldea,/ y dan gracias el sitio y la natura/ donde mujer tan bella vino al mundo.”. Cf. Petrarca, F., *o.c.*, v. I, p.137.

desventura, sino por elección mía, pues no he encontrado nada que pueda dar mayor alivio a los continuos padecimientos y las cotidianas obligaciones que me turban la mente y me tienen noche y día con el alma en peso, que pensar en la vaga belleza, en las hermosas y loables costumbres, en los razonamientos suaves de mi enamorada; que es satisfacción suficiente para otros mil suspiros, mil ansiedades, que el demasiado amor pueda hacerme tal vez sentir una vez comprendido por la mente.

En tales cosas no pienso nunca, pues me estimo bastante afortunado en la pena mía y, aunque privado de cualquier esperanza -de la cual amantes más felices gozaron-, no deseo dejar este estado durante toda la vida.

Por si me fuera concedida la edad de Néstor⁹⁰ y no pudiera percatarse de mi sincera afición, ni gozar de que su belleza fuera celebrada por alguien, pareciendo inapropiado a la honestidad femenina que la mujer guste tanto a los demás como a su marido, decidí escribir este librito en alabanza de todas las mujeres, para que ella -leyéndolo- pueda reconocer no solo las singulares virtudes que con industriosa fatiga ha adquirido por sus méritos, sino también, los raros privilegios que la naturaleza les ha donado ampliamente.

⁹⁰ Según la mitología griega Néstor fue el argonauta más anciano y sabio de los aqueos que combatieron en Troya.

DELLA ECCELLENZA E DIGNITÀ DELLE
DONNE ⁹¹

Galeazzo Flavio CAPRA (CAPELLA)

⁹¹ Edición basada en el texto original publicado en Roma, Francesco Minizio Calvo ed., 1525.

Non son de sì rozzo ingegno che assai chiaramente non comprendessi quanto meglio mi fora stato cercare commendazione di avere tenuto nascosto (come meritava) questo mio libretto, che publicandolo sperarne lode; e certamente tale era il giudizio che già ne aveva fatto, istimando quello che non puoti onestamente negare ad chi aveva ragione di comandarmi deversi almeno tenere celato ad altri, per non manifestare la mia ignoranza e rudezza a chi era ignota, se la nemica fortuna non avesse voluto che esso libretto già qualche tempo eziandio men corretto contra mia voglia fusse in man d'altri pervenuto. Per il che ragionevolmente dubitandomi che come primieramente mi cascò da le mani, e forse anco peggio iscritto, non andasse in luce, per emendare quello errore incorro in questo altro, sperando solamente che la sua brevità mi sarà più agevole ad impetrare perdono da chi legendolo averà le dotte orecchie offese. *Valete.*

PROEMIO

Suole alli erranti esser grandissima iscusazione e oltra ciò non picciolo conforto, qualora veggiono molti, e massimamente i stimati più savi, nei medesimi errori inviluppati. Per la qual cosa adiviene che pochi, anzi niuno che con sano occhio riguarda, ha ardimento di biasmare gli innamorati, conciosia che tanti e tali sono quelli che si sono lasciati e di continuo si lasciano ad amar transcorrere, che par sciocca fatica voler riprendere un sì universale errore. Per questo eziandio procede che agli amanti non sta bene il troppo attristarsi de la sorte loro, imperò che il recusare di sofferire quel che uomini di noi più degni hanno sofferto, non par si convenga.

Ma perché molti in queste amorose panie invischiati, non avendo ad ciò riguardo si sono già doluti d'Amore e hannolo vituperato, chiamando veramente sciocchi coloro che in un fanciullo ignudo e ceco hanno le sue speranze fondate, altri più di sdegno accesi che consigliati, temerariamente hanno del sesso femineo detto quel che solo a pensarne è cosa abominevole. Perciò lasciando ora da canto il rispondere a coloro che Amore vituperano, perché è cosa in molti lochi scritta e da noi forse si reserva in tempo migliore, emmi parso convenevole, non solo confutar la malvagità d'alcuni che, per voler con li crudeli morsi de la detrazione altri a torto lacerare, sperano essere forse da più essi istimati, ma dimostrare a ognuno, anzi fare toccar con mano, quanto sia la nobiltà de le donne e quanto di gran lunga siano degli uomini più degne.

Opera forse già da altri tentata, ma in sì rozzo stile scritta che per aventura, se non è dal suo autore, non sarà da alcuno altro tocca mai, conciosia che non mi pare ragionevole sì favorevole materia a l'amorose donne scrivere in parlar latino e massimamente in quello latino, anzi rozezza, in cui si hanno eletto scrivere questi baccalari de' frati i suoi sofismi per meglio chiarirne de l'inezie loro.

Ma de queste cose in altro tempo. Ora i' dico che considerando quanta trascuragine sia scrivere cosa che non possa con qualche diletto i lettori intertenere, ho voluto questo mio picciolo libretto in prosa volgare scrivere, acciò meglio da ognuno fusse inteso e se non per altro, almen per la novità de la

materia non fusse disgradevole, volendo che questa mia fatica sia sodisfacimento degli innamorati che, intendendo quanto da la natura e dai cieli siano le donne privilegiate, gli sarà più piacere il servirle e molto men noia il correre in ogni periglio e patire ogni tormento e danno per acquistare il loro amore. Solo una grazia voglio da le donne di questa mia fatica, che conoscendo per me di quanta eccellenza sono dotate, non insuperbiscano, imperò che la umanitate è de le prime e più grate virtù vi siano, da la quale eziandio intendo commendarle, se prima brevemente racconterò quello che alcuni temerari hanno ardimento oltra ogni dovere ne le femine biasimare.

Quello che abbi mosso il più de le genti a dir male de le donne, credo che a niuno quasi sia occulto, imperò chi non sa che per esser talvolta negato loro quello che più in amore si desidera molti e molti, parendogli già dover gli ultimi termini de' suoi disii aver guadagnati e trovandosi niente aver fatto, rivolto l'amore in odio, ogni ingegno posero per trovare modo e via de vituperarle. E così dove laude e onore ne gli doveva seguire, che agli stimoli e continue insidie de' petulanti giovani immobili permanessero, essi si sforzarono vergogna e danno recarnegli.

Tale Fileno (come recita il Boccaccio nostro) persuadendosi aver l'amore di Biancifiore guadagnato e poi riconosciuto il proprio errore, acerbamente ne le femine inveisce. Non altrimenti il medesimo autore, reputandosi da l'amata vedova schernito, sdegnato il Labirinto d'amore detto *Corbaccio* compose, nel quale con sì gran fervore tante e tali cose scrisse in vituperio de le donne, che a chi lo ha veduto è malagevole pensar poter alcuna cosa bona da loro procedere.

Altri per morte o per altro caso avendo la cosa amata perduta, pensarono, forse biasimando quel che avere non potevano, al dolore soccorrere. In questi fu già Orfeo che, morta l'amata sua Euridice, in istrema disperazione messo (come disse quel Fiorentino) mai amar più donna non volse. La qual cosa non era forse molto vituperosa ad uomo già attempato e d'anni pieno, se non avesse ad più abominevole vizio fatto la via. Le quali vestigia seguendo alcuni infin al dì d'oggi, con poco riguardo dicono le femine da manco esser che la più vile carogna del mondo.

Ad questi non risponderò io perciò che se non istimano far sì fatto oltraggio alla natura, manco istimaranno le ragioni ch'io le opporrò. Sono eziandio alcuni che, ne li studi de le lettere occupati più per investigare la natura de le cose che per odio o altro, dicono trovar per tutti li rispetti l'uomo esser di la femina più degno e nobile. A' quali per far conoscere che non hanno col giudicio saldo penetrato al profondo intelletto de' filosofanti, né

saputo il vero dal falso discernere, a parte a parte risponderemo, discorrendo per le virtù le quali universalmente più ne le donne risplendono e confutando li frali argomenti che a questo affermare gli avevano indotti.

ADDUCE LE RAGIONI PERCHÉ LA FEMINA SIA DA MANCO CHE
L'UOMO

Dicono adunque questi tali primieramente la femina non altrimenti desiderare l'uomo che ne le cose naturali la materia desideri la forma de la quale non può stare priva mai, come vedemo dil legno, quale tosto che per la virtù dil foco ha perduta la sua prima forma, prende quella di l'acceso carbone. Se adunque la femina similmente desidera l'uomo, a chi è dubbio che l'uomo in nobiltà non avanzi? E da qui procede che l'uomo naturalmente ha in odio quella a cui prima si congiunse, sì come colei alla quale copulandosi perse molto de la sua perfezione. In contrario la femina ama l'uomo col quale conobbe quanto dolci e soavi siano li venerei congiungimenti e donde eziandio divenne più perfetta che prima.

Dicono la femina ancora quanto al luoco esser men degna, perciò che ella è sottoposta e l'uomo sta sopra, se forse alcuna per essere di picciola statura non montasse a cavallo secondo il precetto d'Ovidio, quale afferma questo di Andromache col suo marito Ettore. La donna ultra questo patisce, l'uomo è solo agente, per il che procede che l'uomo in dignità ed eccellenza superi la femina.

Quello ancora chiaramente dimostra quanto li uomini siano più nobili, che alle femine sono li uffici e civili e divini interdetti e le leggi proibiscano non siano procuratrici, testamentarie e molte altre cose, quali tutte agli uomini solamente si riserbano, imperò che della sufficienza delle donne molto se diffidano.

Oltra ciò l'uomo fu creato alla similitudine de Dio, ad effetto che le sedie dil cielo se riempiessero per la superbia de Lucifero e dei suoi seguaci erano restate vote, e di tanta transcuragine anzi temerità fu la donna che non temette divorare il vietato pomo; pel cui peccato ne seguì la dannazione universale de tutte le genti, tal che fu bisogno che il figliuolo d'Iddio, ricomperandoci col proprio sangue, alla morte se offeresse e per farci conoscere la differenza di l'uno sesso a l'altro, volse nascere uomo e non femina.

Ma se tu vuoi ancora più dirittamente riguardare non solo quanto in nobiltà l'uomo superi la donna, ma quanto ella sia

brutto animale e fredo, considera nel parlare latino la denominazione de l'uno e l'altro e vederai che l'uomo è detto da la virtù, la femina da la fedità e brutteza.

Né lasceremo da canto l'autorità de' poeti e de tutti gli altri autori che dicono in mille luochi la femina esser cosa varia e mutabile e finalmente tutti li mali che al mondo sono accaduti trovano da le donne aver avuta origine.

Ma pur quando queste cose, che gravissime sono, niente fussero, li menstrui e le altre brutteze e immundizie che da' loro corpi escono, sono tante e tali che ogni gran bontà, ogni eccellenza che in loro fusse, avrebbero forza di guastare.

Queste cose adunque in mille lochi scritte e da più raccontate, e quasi da ciascuna persona conosciute e viste, hanno sì universalmente a tutti persuaso le femine esser men degne degli uomini e, quello che più, al paragon vilissime, che paia non solo cosa nova e non udità più ora volere il contrario affermare, ma quasi eziandio impossibile.

Non per tanto avendo le ragioni chiarissime de dimonstrarlo, cercherò di istirpare sì falsa e sciocca oppenione da le umane menti, sperando di questo aver grazia, e dalle donne che per me conosceranno la nobiltà loro, e dagli uomini che, intendendo la eccellenza dil femineo sesso, si reputaranno a gloria esser uniti da sì nobili vincitrici, persuadendomi ancora trovare iscusazione appo ambidua, se con quella eleganza e altezza di stile che desideraria la dottrina e ingegno de alcuni, così uomini como femine, non scriverò questo mio libretto, imperò ch'io spero giudicaranno questa materia non comportare quella sonorità de le clausule e quelle sentenze egregie che forse vorrebbono. Ma se compensaranno la novità de la cosa con la bassezza del stile, non dubito che o in tutto o almeno in gran parte non restino sodisfatti.

E per potere più chiaramente questo dichiararvi, farò come sogliono i buoni geometre che innanzi vengano alla dimostrazione de li angoli e figure loro, vogliono prima alcune cose chiarissime gli siano concesse, per le quali abbiano a provare le conseguenti.

Non mi debbe adunque da veruna persona esser disdetto che la produzione d'uno più perfetto effetto non dimonstri perfezione maggiore, come in essemplio: la purpura tinge il

panno di colore rosso e parimente la laca, ma la purpura tinge in perfezione di otto e la laca solamente di quatro, la purpura adunque sarà più perfetta. Oltra ciò voglio che una cosa che per accidente proibisca alcuno bono effetto non toglia la perfezione de la cosa impedita, sì come diremo d'uno ferro ben temperato il quale, per esser rugginoso, non taglierà sì a ponto quanto uno altro di men bontà ma polito e netto, non per tanto quello ferro pien di ruggine non perderà la sua perfezione. Non inconvenevole ancora è che la denominazione si faccia da le cose più degne, ma sopra il tutto che la dignità ed eccellenza in una cosa più che in un'altra sia, perché posseda più de beni o de l'animo o del corpo o de la fortuna o de tutti insieme.

E per puotere questo più chiaramente mostrare, devesi sapere che la vera nobiltà consiste nel possedere dei beni de l'animo, del corpo e de la fortuna, ma quanto è l'animo dil corpo e di la fortuna più degno, tanto più sono i beni che indi vengono.

Questi beni de l'animo, sì come dicono i filosofanti, parte consistono ne l'opre esteriori, parte ne l'intelletto. Ne l'opre sono prudenza, iustizia, fortezza e temperanza. Li beni de l'intelletto alcuni dividono in pratico e in speculativo; nel pratico mettono la magnanimità e dilezione o vero amore, imperò che il desiderio de far cose grandi e l'amare da pratica e consuetudine procede; nel speculativo dicono esservi la dottrina. Li teologi solamente tre virtù, cioè carità, speranza e fede. Ma conciosia cosa che niente importi quale di queste partizioni sia più vera, scrivendo a donne amorose specialmente, non a filosofanti questa materia, procederemo per tutte le annoverate virtù, perciò che ad alcun non è dubio che virtù non siano e concludendo in quelle le donne essere degli uomini più eccellenti, sarà la intenzione nostra fermata.

Prima adunque nella carità, quale como dice l'apostolo è de l'altre virtù maggiore, la donna è vincitrice. E questo vedemo per isperienza senza altro essemplio, imperò che le donne più frequentano le chiese e li divini offici e hanno d'ognora più per le mane i paternostri e li officioli che li uomini. Né bisogna costoro n'adducano che visitano li tempî solamente per esser vaghegiate, perciò che anzi gli uomini ne fanno intendere quanta sia la loro malvagità, che sempre appigliano le cose al peggio, e certo non so quello si faranno de l'opre cave quando de le buone hanno ardimento condannarle; oltra che se in questo è peccato alcuno, solamente è degli uomini, quali vedemo ne le chiese in circoli posti sì intentamente vaghegiar le donne come si fossero ne' teatri a mirare qualche novo spettacolo e l'uno a l'altro insusurarsi all'orecchie dicendo: «Vedi mona tale», «Quella pare con quelle poppe che paiono dui mantici che gonfiano», e mille altre cose che sarà soverchio e forse poco onore a scriverle, dove le donne tacite e vergognose con gli occhi bassi non ad altro attendono che a' suoi paternostri. Ma per tornare alla carità, nui vedemo naturalmente le donne più pietose, più misericordiose verso poveri, più volentieri far la elemosina. Legge di Paula, di Marcella dil beato Ieronimo, legge di Melania quale recita il Petrarca nella *Vita solitaria*, che pare grandissima meraviglia una donna aver speso uno regno in lemosine. Che diremo di Elisabeth, figliola dil re d'Ungharia? Di Elena madre di Constantino, che edificò Terra Santa, ornò tante chiese? Che diremo de molte altre, quali lascio per non esser fastidioso?

E per non pretermettere de la speranza e de la fede, chiaramente si vede quanto in queste due virtù le femine vagliano, imperò che dove ne' casi adversi gli uomini biastemiano Dio e santi e talora si dispongono presso che disperati a trapassar la vita sempre in sceleragine, le donne dicono – Sia Dio lodato – e allora più ricorrono alla devozione come a fontana di salute.

Che diremo de la fede? Conciosia che noi leggiamo che ne la morte di colui, il quale morendo ridusse tutta l'umana generazione dannata a perpetua morte ad immortale vita, li

uomini eziandio che infiniti miracoli prima veduti avessero, aver perduta la fede e ne le donne solamente esser rimasa.

E se pur questo non basta, piglia argomento da l'arte magica, e queste incantazioni, quali lasciamo andare che vere o false siano imperò che al presente non appartiene ciò investigare, tutte ne la fede consistono, credendosi certamente con sue parole trar la rotonda luna e le scintillanti stelle dil cielo e con sugo d'erbe e altre sue novelle gli uomini in bestie tramutare, e universalmente più sono femine che maschi incantatori ritrovati, come avemo di la tebana Manto, di Medea, di Circe e finalmente de tutte le donne de Tessaglia anticamente, e ne' nostri tempi ancora nui vedemo queste incantatrici da nui chiamate streghe, con più constanza che li uomini perseverare ne la sua falsa credenza e non risparmiare d'esser nel foco abbrugiate per vivere e morire ne la loro sciocca oppinione.

Detto de le tre teologiche virtù, seguita a dire de la iustizia, quale così tra le virtù tiene il primo luogo come faccia tra le minori stelle il risplendente Lucifero. Ma conciosia che la vera iustizia non si separa da la carità mai, la donna, che di gran lunga ne la carità avanza, consequentemente è ancora più iusta. E che questo sia vero, non dicemo noi che Dio è iustissimo perciò che de tutti i beni è donatore? E scrive Tullio che parte de la iustizia è la liberalità.

Ma perché alcuno qui se potria contrapormi e dir che più essempli de liberalità negli uomini si ritrovano e che tutte quante le liberalità che mai donne usassero non sariano al paragone de le effusione e larghezze de uno Alessandro o de uno Cesare e molti altri, ad questo brevemente rispondendo dico ch'io non stimarò mai non L. Silla, non Iulio Cesare, non gli altri principi e tiranni, quando li beni de' suoi contrari donavano a quei che le loro parti avevano seguiti, pel cui mezo s'aveano acquistata facultà di donar l'altrui ricchezze, esser stati liberali ma più tosto dannosi al mondo e robbatori, imperò che il liberale debbe il suo donare, non l'altrui.

E quantunque questa risposta sia non cattiva, ce n'è una altra ancora al mio giudicio migliore perché, parlando da cristiano, nui vedemo gli uomini le loro magnificenze usare più tosto per pompa e per acquistarsi nome de liberale che per zelo de iustizia, dove le donne più volentieri porgono a' poveri la elemosina, più volentieri accrescono gli ornati de le chiese, più sono misericordiose universalmente ne l'altrui bisogni, più hanno edificati spedali e altri luoghi fatti a simili servigi, non per acquistarsi altra gloria al mondo che per una innata bontà ne le menti loro.

Se l'addutte ragioni ancora non sodisfano, vedi che coloro che fanno contra la iustizia li robbatori, ladri, masnadieri e amazzatori de genti, tutti quasi sono uomini e non femine; e questo avviene perché la speranza che il peccato per la loro fortezza debbia esser impunito, gli presta animo ad mal fare.

Questo considerando il filosofo disse che tra tutti gli animanti l'uomo è ottimo, ma, se fassi da le leggi alieno, è il pessimo. Vedi che il filosofo parlò cautamente, perché uomo nel parlar

latino e greco importa maschio e femina. Ne la bontà adunque la femina incluse, dicendo tra tutti gli animanti l'uomo è ottimo, ne la cattività la escluse, ma se alieno fassi da le leggi, e non disse aliena.

Che la iustizia ancora sia ne le femine più che ne' maschi, quello apertamente il dimostra che la iustizia si pinga donna e non uomo. Ed essendo questo fatto per universale consentimento di tutta gente, devesi credere non esser fatto senza ragione. Da la iustizia procedono molte altre virtù ne le quali parimente le donne trapassano, cioè innocenza, religione, pietade, amicizia, affezione, umanitade.

DE LA FORTEZZA

Non altrimenti la candida stella di Lucifero non si allontana mai dal fiammeggiante carro di Febo che faccia la fortezza da la detta virtù, che già partendosi da la terra per fugire la sceleragine degli uomini, ultimamente rimase tra gli abitatori de le ville. Il che se così è, che esser altrimenti non puote, certissimo è che trapassando le donne ne la iustizia, parimente ne la fortezza sono superiori, perché quello mi pare singulare e meraviglioso effetto di fortezza vincere la cupidigia di mal fare.

E se tu vò di questo essemi, quanti ne trovarai di fortezza d'animo più ne le donne che negli uomini? Non avemo noi di quella che immeritamente condannata da Filippo di Macedonia, con forte animo essendo menata al supplicio disse: «De sì iniusta sentenza non me appellaria da altro che da Filippo, ma sobrio». Vedi de Cleopatra che per non esser nel trionfo condotta, sostenne volontariamente li crudi morsi de li venenosi aspidi.

Né lasciarò di Evadne che fortemente volse, ancora viva, le sue fiamme nel funereo rogo dil morto marito Capaneo mescolare. Che dirò di colei che avendo inteso la morte del marito, essendogli ogn'altra guisa di morte negata, non dubitò li ardenti carboni divorare? E di quella altra che a vendo sforzatamente la sua pudicizia perduta, con l'acuto coltello aprì l' suo casto e disdegnoso petto?

Innumerabili saranno li essemi, se vorrò de le donne todesche e de l'altre tutte che l'antiche e moderne istorie rivolgendo se ritrovano, raccontare, quali consigliatamente ora pretermetto perciò che ne la magnanimità molte se ne riserbano, quale è per questa cagione da la fortezza in questo mio libretto divisa, imperò che la magnanimità consiste circa il tentare le cose grandi e malagevole, la fortezza in vincere la doglia, il timore e le passioni de l'animo. Ma quale è maggior doglia che la morte? Quale più timore che de' figliuoli? Quale maggior passione che la cupidità? E pur si vede più donne con forte animo esser a la morte corse, più donne avere i figliuoli exortati a non fugire di volere onoratamente morire, anzi che con vergogna vivere. E non so se oltra Bruto e Torquato d'altrui si leggìa che i figliuoli a morire giamai exortasse, dove de donne

molti e quasi infiniti essempli si ritrovano. E non avendo tanto mai contra la iustizia le donne quanto li uomini operato, manifesta cosa è ancora che con più fortezza vincono le malvage cupidità che ne l'umane menti talor risorgono.

In compagnia con le già dette virtù se ne vene la prudenza, quale non mi si torrà che non sia de le donne o in tutto o in gran parte almanco, per ciò che ognuno sa, niuna cosa esser tanto alla prudenza contraria quanto li subiti avvenimenti de l'ira, li quali dove una volta ne le donne, negli uomini mille accadono, non però per loro colpa ma per difetto più tosto de la natura, che avendo gli uomini di più caldezza composti, per menor cagione talor si turbano ed escono per soverchia colera di se medesimi. E pel contrario le donne, essendo de più fredda complessione, manco sono soggette a queste repentine turbazioni e tutte le azioni sue più quietamente e consigliatamente fanno.

Ma quindi nasce un non piccolo dubbio, che gli è universale opinione che quella prudenza, quella accortezza che ne le femine si ritrova, tutta sia in saper trovar consiglio in qualche subito avvenimento, ma che poi pensatamente la sua cautezza nulla vaglia, e si dice che gli uomini sanno meglio maturamente provvedere alle loro cose e che le donne quello non fanno in uno instante non faranno mai più. Ma questo dico io esser contra il corso di la natura, quale di necessità è infallibile, imperò che la frigidità fa la persona men tumultuosa e più quieta. E tal precipitarsi in tutte le sue facende avviene per influsso de la sanguinolenta stella di Marte, alla quale le donne non sono in parte alcuna soggette.

Ma fa ch'io ti conceda che le femine pensatamente poco o nulla vagliano, che cosa repugna che li consigli così alla sprovveduta non siano buoni, anzi migliori di quei longamente pensati? Perciò che nel più de le cose non è tanto bisogno di consiglio quanto di celerità; mentre a Roma si consigliava di mandare ambasciatori a' Cartaginesi, Annibale espugnava Sagunto; se le femine romane avessero consigliate più tosto si sariano resciolte di ciò avevano a fare in quella bisogna, e la guerra che decese sette anni tenne Italia in grandissima calamità, si saria in Ispagna terminata. Vedi quanto necessari siano li subiti consigli; diceva Iulio Cesare, quello animo eccelso e Dio ne le battaglie, che le cose grandi bisognava assaltare senza troppo deliberare e più spesse fiate con presteza meglio se ne veniva a capo. E Tucidide scrive che le cose subite dimostrano e fanno

isperienza de l'ingegno.

Né voglio però che tu credi che le femine prendano li subiti consigli ne le loro bisogne così senza discorso, ma per la bontà de l'ingegno discorreno velocemente e sanno elegere il meglio. La qual cosa procede perché hanno li spiriti più sottili e più tosto penetranti alla virtù intelletiva, che giudica poi quale cosa sia da seguire e quale da rifiutare; e se pur è in loro alcuna frigidità che potesse ritardare il discorso che necessariamente si ha ad fare in tutte le cose, dico che tanta è la sottiglieza de l'ingegno loro, qual è cagione del sapper subito ne' bisogni iudicare, che ne vene un temperamento sì ben condito che non è caso sì repentino a cui la donna non sappia quasi prender partito, come potrei per molti essemi dichiarare se i' volesse ora scrivere novelle o storie e non cose naturali.

Ma per venire omai più alle particolarità de la prudenza, non è comune consentimento di tutta gente che non sia meno virtù sapper conservare le cose acquistate che guadagnarle? Come egregiamente disse Augusto, maravigliandosi di Alessandro che dolevasi per non saper trovare ciò che avesse ad fare poi che soggiogato tenesse tutto l'universo, como che magior fatica non fusse il regerlo tranquillamente che averlo vinto. E pur la conservazione de le facultà e de le cose acquistate e il governo de la casa appartiene alle donne, e ogni giorno si vede che le case vanno male dove non siano donne al governo deputate. Facci l'uomo mercanzia, non tema di correre tutti i mari e con quelli ogni periglio per guadagnare e accumulare robba alla crescente prole, ogni fatica infine è vana se la discreta moglie non ha gran riguardo alle facultà e robbe guadagnate dal marito. Quante case sono de' magnati e principi, ne' quali, per non essergli governo di donne a cui la cura appartenga, si vive con tanto disordine che più commodamente se staria al spedale magior de Milano, quello me 'l dichì che ha vivuto e vive a corte, ch'io so chi non una volta l'ha provato. Quante si vedono andare ogni giorno di male in peggio e a l'estremo annichilarsi per la medesima cagione? Quante sono quelle pel contrario che sempre sono cresciute e crescono ogni giorno per esser il governo in mano di donna, che non dia danno ma utilità e profitto grandissimo?

I' so che sono molti uomini illustri e onorati, e ne la nostra

città e altrove, che saviamente consigliati lasciano il governo de le cose familiari alle loro moglie. Né credo se ne pentano, imperò che vedemo le case loro sì nette, sì munde, sì ornate che gli è un diletto grande a vederle, e secondo le stagioni e qualità de' tempi vivono splendidissimamente, avendo prima preparate a tempi suoi le cose bisognano a l'uso de la casa, dove le corti e palazzi solamente da uomini non governati ma dissipati paiono tanti porcili, sì sono affumicati e pieni d'ogni tempo de' monti di letame.

Che dirò io de' figlioli de questi tali, se per aventura ne hanno, che il più de le volte sono grandi di età di deciotto e venti anni, che non è nel vestire loro e quello de' suoi fanti a pena differenza veruna, sì gli lasciano andare senza riguardo alcuno? Pensa quello sarà de' costumi. E da qui procede che oggimai si trova tanta copia de certi giovanacci cresciuti inanzi al senno che paiono, ritrovandosi al conspetto talor de' valenti uomini, tante biscie tratte a l'incanto. Ma la savia femina non solo ottimamente governa la casa sua, tenendo conto e de l'entrata e de l'uscita, ma veste eziandio convenevolmente i suoi figliuololetti, diletlandosi fargli reverenti e costumati e valenti uomini nei studi de le littere e altre cose lodevoli.

Né bisogna che qui alcuno m'impugni che sotto pretesto di questo governo se ingegnino d'occupare la signoria, non solamente sopra la facultà e fanti di casa, ma ancora sopra mariti loro, imperò che questo non è un torgli il sceptro e l dominio de mane, ma un levargli i pensieri e le quotidiane fatiche; e stolto veramente è colui che non desidri de avere o matre o moglie o sorella od altra che fidelmente amministrando il regimento di casa, gli presti occasione di vivere quietamente e con tranquillità d'animo; e ultra ciò qual maggior consolazione, qual maggior felicità può avere l'uomo che una discreta moglie? Con la quale, quando ritorna la sera a casa, comunicando le sollicitudini e le cure che lo premono, gli pare di via maggiore peso che dire non si puote alleggerirsi, avendo chi de le sue calamità con seco equalmente si doglia e de le felicità chi se goda ancora più di lui. E se per aventura si ritrovano alcuni che dicono essergli aviso, quando la sera tornano da le loro moglie, tornare como Sisifo al sasso infernale, questo più tosto ne denota la malvagità loro che de le femine, imperò perché bacciano l'altrui, la loro

moglie è forza gli puti, como di questo parlaremo più amplamente ne la temperanza.

Ora per mostrare quanto dolce cosa e soave sia la moglie ben costumata, dico non per altra via meglio e più onestamente fuggirse la solitudine, quale è madre d'ogni tristezza e malinconia, e se n'accade o infirmità od altra cosa che ci molesti, niuna persona è di cui si possiamo né debbiamo fidare più, quantunque questa fidanza non per altro si pone in alcuno, se non perché lo stimamo così prudente che non se lassi in errore transcorrere e così iusto che inganno in lui non ci abbi luogo.

Meritamente adunque devesi ne la donna aver fede, conciosia che e di prudenza e di iustizia (como è detto sopra) l'uomo trapassi. La quale cosa assai apertamente ci dimostrano le leggi, quali la donna in manco età absolveno da la tutela che non fanno gli uomini, perché più tosto per loro prudenza sanno regolare le cose sue; e questo parmi sì gran testimonio de la eccellenza del femineo sesso, essendo iscritto per tanti imperadori e consuli romani e altri uomini illustri che già le leggi fecero, che estimo esser una rustica pertinacia più oltra desiderarne. Ne la prudenza si serrano accortezza, desio, agevolezza de imparare, intelletto, ragione e discrezione o vero circunspezione.

DE LA TEMPERANZA

L'ordine richiede a dovere de la temperanza dire, la quale como a l'uno e l'altro sesso par sì convenga, de le donne maximamente è propria e principalissima lode, imperò che da la temperanza ne seguono vergogna, modestia, abstinenza, onestà, sobrietà e pudicizia, cose tutte che, se pur una senza più de queste ne la donna manchi, ogn'altra loro virtù è machiata e guasta, in guisa che tutta l'acqua d'Arno non la laverebbe.

Ma che di questa virtù e de le conseguenti più di l'uomo dotata ne sia la femina, assai agevolmente si prova, presupponendo quello che da tutti è concesso, cioè la donna sia più lasciva e più cupida naturalmente de li venerei congiungimenti, nondimeno la donna con maggior constanza vince li carnali desideri, e quasi infinite donne se ritrovano che, contente de uno uomo, senza più sono pervenute agli ultimi anni, dove gli uomini sono rarissimi, anzi forse è niuno che accadendogli l'opportunità, voluntieri non experimenti se siano più dolci e saporiti i basci de l'altrui che de le loro moglie; e tanto è cresciuta la perfidia de li mariti, che se alcuno forse si ritrova più continente che tale occasione non ricerchi, è dagli altri stimato uno scioccone.

Per questo Aristotele, non ignorando la loro mala consuetudine, advisagli che debbiansi guardare da le strane femine. La quale cosa non fa de le donne, quantunque i poeti abbaiano che niuna è che neghi purché commodità ci sia. Ma lasciamoli abbaiare quanto vogliano che, perché alcune state siano che la loro sfrenata cupidità non abbiano voluto vincere, non mi si torà però che innumerabili non siano quelle che maravegliosi effetti di continenza abbiano dimostrato, e quindi si conosce la virtù, la quale consiste ne le cose ardue e malagevole.

Ma se gli è vero quello diceva Eraclito che più faticoso sia resistere alla volupità che alla iracondia, quante laudi fora convenevole dare a quelle donne che né le longhe peregrinazioni de' mariti, né i mali portamenti de quelli, né i giusti sdegni

hanno possuto svolgere a rumpere la data fede e violare il maritale consorzio? De le quali e ne le antiche e ne le moderne storie ne sono piene mille carte e de quali il nostro volgare poeta Francesco Petrarca ne ha trovato grandissimo numero da riporre nel *Triumfo de la Pudicizia*, dove quello degli uomini è pochissimo. Per la quale cosa volendo i Romani consecrare uno tempio alla pudicizia, elesse una femina e non uomo che lo consecrasse, sì como quella che di continenza e onestà di vita trapassare iudicavano.

Il che parve Dio volesse farne intendere quando, doppo la creazione di Adam, disse: «Facciamo uno aiuto a l'uomo, cioè a la sua fragilità».

Questo eziandio ne dimostrano le leggi, le quali, vedendo rarissimo, anzi per dir meglio, niuno essere chi servi la fede al marital letto, non hanno con alcuna pena castigati gli adulteri, secondo quello volgarissimo detto: quello peccato in cui molti transcorreno passa impunito. Ma la rarità de le donne che attendeno a simile novelle fa che quando una per disavventura vi si incappa, tutto il mondo gli va dietro e grida: «Dalle, dalle, dalle».

E se tu vòl per conclusione un bello argomento de la donnesca onestà, considera la natura, che nulla cosa mai fa indarno, la quale per coprire quelle parti ne la donna che hanno aspetto men che onesto, ha fatto, como è visto per isperienza, che il femineo corpo, notando col ventre in giù, eziandio doppo la morte copre le parte vergognose, quantunque secondo il comune corso dovessero, come fanno gli uomini, con la schiena notare, essendo le parti da retro più gravi, e naturalmente le cose gravi dovendo tendere a l'in giù, se la natura amica de le donne non avesse a la onestà loro avuto riguardo.

Ma che bisogna cercar altro testimonio de la temperanza e pudicizia de le donne se non noi stessi, cioè gli uomini tutti, che credo niuno si ritrovi in cui sia qualche spirito e punto di gentilezza cui non aggia talor la vaghezza di qualche donna con alcuna scintilla d'amore scaldato il petto, e pare il più de le volte, con tutte nostre arte d'armeggiare, giostrare, ben parlare, andare ornati e mille altri studi per più piacerli, restiamo de' nostri desideri scherniti.

Vedi la continenza di quelle eziandio che si possono dire ne'

mariti poco avventurate, perciò ch'io conosco molti che, non che sostenessero da alcuna esser pregati, ma per ogni minimo cenno fattogli da qualche succida, marcida, brozzolosa e stomacosa gaglioffa, lasciando le loro donne nobili, morbide e belle a casa, gli volaranno a dietro diece miglia come fa l'avoltoio a la carogna, non pertanto le valorose donne sosteneranno pazientemente li mali portamenti de' mariti e vincendo con forte animo le iniurie a loro fatte, non solamente non faranno, como se dice, che quale asino dà calci in parete tale riceve, ma ancora con destro modo se levaranno da dosso le sollicitudini e stimoli datigli da loro amatori, quantunque infinita sia la schiera di coloro che, per parere più d'uomini, quando tra loro si ritrovano dicono le più gran buggie dil mondo, gloriandosi d'avere avuta or questa o quell'altra a' suoi piaceri, cose tutte falsissime; e se per ogni volta che tali menzogne sono dette ne cascasse loro un dente di bocca, bisognaria che la maggior parte alla lombarda mangiassero zuppe, perché io so certissimo le donne tutte, e tra l'altre le cortigiane (dico le nostre non quelle di Roma) non essere sì pieghevoli e inchinevoli come costoro estimano, avegna che molte, di nobiltà e de ingegno dotate quanto alla donnesca onestà si conviene, usino in parlare e ridere con gli uomini qualche piacevolezza, da la quale cosa non si dee fare argomento di catività, imperò che il male oprare vol silenzio e questa dimestichezza che in molti luoghi usasi, como che a tutte le donne non stia bene, a coloro massimamente è disdetta che per loro basso grado e tenue facultà gli è mistieri procacciarsi donde mantenere la famiglia sua.

Ma per non andare più longe vagando, dico conciosia che la donna (como è detto di sopra) è più prudente, necessario è ancora che sia più temperata e imperò ogni volta che qualche stimolo o qualche desiderio men che onesto si sveglia, la vergogna e il timore de l'infamia se gli para avanti dicendo: «Dove, stolta, vuo' tu per un poco di piacere tutto l'onore già acquistato, quale più di la vita ti deve essere caro, arrischiare e in un punto perdere? Non fora men male, qualora tal cosa di te si sapesse, che fusti morta in fascie o vero così viva sotterrata? Ma como poi tu pensar che non si sappia mai? Certo se altri no 'l dichi, colui con cui di te farai il suo piacere, nol potrà tacere». Queste cose adunque considerando e in sé raccoltesi mettono il

freno a l'appetito, ma l'uomo in tanti luoghi e quante volte la opportunità gli accade o che la lanza si drizi per potere correr uno aringo, non risparmia mai di far che messer Mazza entri in la valle oscura.

DE LA MAGNANIMITÀ

Dirò ora de la magnanimità, la quale ne le femine tanta si ritrova che quantunque sia in loro, come ho già detto, naturalmente più desiderio de' carnali congiungimenti, non per tanto non s'è udito ancora mai che alcuna per atutare la voglia sua richiedesse l'uomo de sì fatta bataglia, anzi sempre con animo eccelso e troppo generoso sostengono de esser non una volta ma mille e mille pregate, e Dio volesse ancora che non indarno, perché leve pareria la fatica de porgere tanti preghi se una volta almanco fossero exauditi, né solamente circa li notturni combattimenti consiste la loro magnanimità; ma noi leggemo ancora di Cleopatra che in gettare le immense ricchezze non volse cedere a quei ricchissimi imperatori romani.

E ne le sanguinolente guerre sì grande è il numero de le donne che hanno fatto cose maravigliose e quasi incredibili, che non solo non cedano agli uomini, ma ancora gli adeguano e oso dire gli vincono. Se volemo comparare il fatto de la vedova ebrea quando dal padiglione de' nemici portò il capo d'Oloferne, la memorabil vendetta de Tomiri contra colui che gli aveva il figliuolo ucciso, li vari eventi ne le lunghe battaglie di Zenobia, l'animo invitto de le donne aquileiane quali, essendo la loro città da Maximino imperatore assediata, quasi a l'estremo redotte, si tagliorno i capelli e diedergli a' loro mariti e fratelli per far le corde agli archi acciò potessero fin a l'ultimo difendersi.

Il somigliante fecero le Cartaginesi contra il minor Africano e il romano essercito. Fecerlo eziandio le Romane quando pel francesco furore furono assediati in Campidoglio avanti che il buon Camillo, dimenticata la ingiuria fattagli da l'ingrata patria, a tempo la sovenesse, per il che fu poi consecrato un tempio a la calva Venere.

Né lasceremo de le donne di Persia che una volta vedendo li loro mariti, parenti e fratelli ne la battaglia fugire, fatteglisi arditamente a l'incontro, poichè con parole non poterono la loro fuga castigare, levatesi in alto i panni gli mostrarono quelle parti che la natura con ogni studio s'ingegnò di coprire, interrogandogli se forse volessero ivi entrare e ascondersi, e così li costrinsero ritornare a la battaglia.

Che diremo de le Spartane? Le quali a' loro figliuoli andando

a la battaglia, poscia che avevagli armati, gli acconciavano alla finestra il scuto dicendo: «O con questo o in questo», facendogli intendere che o morti o vivi a casa onoratamente ritornassero, né per pusillanimità e timore si rendessero a' nemici pregioni. Per la qual cosa assai mi maraviglio, onde sia intrata a' nostri tempi la consuetudine de non torre le arme da man di donne quando andiamo alla guerra o in altro viaggio. La quale usanza come scioccamente fu introdutta così devesi rompere, né d'altrui mani mi parria più convenevole prendere l'arme che da le donne amate, perché io porto ferma oppinione che più animosamente ciascun le adoprarebbe.

Lascio da canto innumerabili che si potriano raccontare ne' marziali conflitti a qual uomo si sia non inferiori, Antiope, Mirina, Orizia, Ippolite, Menalippe e Penteseilea, che prima trovò la scure, Marpesia e Lampedo figliuole di Marte, Camilla regina de' Volsci e Bundvica de Britannia quale, udita la crudeltà di Paulino Nerone che prendeva le donne e per i capelli le sospendeva, passato il mare con validissimo essercito venne in Francia e uccise tutte le genti de Paulino, facendo a lui patire la medesima pena che egli immeritatamente aveva fatto a le donne sostenere.

Lascio molte altre che saria troppo prolisso e soverchia fatica a raccontare e concludendo dico che affaticansi gli uomini quanto vogliono in fare cose grandi e malagevoli, le quali pare più a loro per gagliardezza del sesso suo appartengano, nondimeno non mi si torrà che infinite non siano state quelle donne che di magnanimità abbiano fatto prove sopra naturali, quali in loro sono tanto più mirabili e degne quanto per la loro imbecillità e aviso gli siano più disdette.

Resta a provare de la dilezione o amore, la quale tanto più è ne le donne quanto che di prudenza trapassano, imperò che, como scrive Aristotele, la natura ha dato al più prudente sesso la cura de' figliuoli, la quale è opera de singulare amore, sì como noi leggemo di Cornelia matre de li Gracchi, che a quella matrona campana quale gloriavasi de tante sue ricchezze, gemme e vestimenti, mostrò i soi figliuoli dicendogli: «Questi sono li ornamenti miei».

E lasciando andare de l'amore a' figliuoli portato, perché pare quasi impossibile che altramente sia, avendoli pur nove mesi con tanta cura e solitudine nel proprio ventre portati e nutriti, che diremo de l'amore verso e mariti? Il quale avegna che ogni amore sia quasi una cosa infinita ad volere considerarlo, nondimeno questo tutti li altri trapassa, per il che Valerio prudentemente ne scrisse ne' suoi *Gesti memorabili* un capitolo e pel contrario non pose quello de' mariti verso la loro moglie, perché molto averia penato a trovarne alcuni essemi, dove molti de femine valorose si ritrovano che hanno mille pericoli corsi e sonosi mille volte alla morte esposte o per la salute di quelli o per non vivere doppo il loro fine e giorno estremo, come fece Alceste, Ipsicratea, Artemisia, Laodomia, Evadne, Valeria, Porzia, Deidamia, Argia, Fila figliola de Demetrio, Stratonica di Deiotaro, Livia di Augusto, como si scrive *etiam* de le donne de India le quali, secondo la loro consuetudine abbruggiando i corpi de' mariti, vive ne la fiamma del funereo rogo dentro si gettano, estimando convenevole al maritale amore con quelli insieme vivere e morire.

Quanto eziandio a l'amore che per bellezza o laudevolei costumi o proprie virtù i giovenili cori invessa, credesi per molti autori le donne vincere, imperò che essendo ne le ombrose case nutrite ociose e quasi in solitudine, cose tutte aconcie a secondare li piaceri d'amore e toltigli mille altri studi agli uomini concessi di ucellare, cacciare, giostrare, armeggiare, li cui piaceri hanno forza ogni fiamma amorosa estinguere, che gli resta altro se non con pensieri continui nudrire il foco che le consumma? Sì como l'amoroso poeta Ovidio introduce Ero scrivere a Leandro: voi ora cacciando, ora piscando, ora

bevendo, ora in mille altre cose trovate ove spendere li ociosi tempi senza noia, a me non rimane altro che ognora più ferventemente amare.

Non per tanto a me pare più per isperienza che per altra ragione che questa disputazione sia molto difficile da diffinire, vedendo infinito il numero di quelli che indarno a dietro loro s'affaticano, e io l'ho già non una volta isperimentato, ma bene estimo coloro felicissimi a cui è licito godere dil loro amore, senza temer di cosa che gli perturbi, e quelle donne essere da più che vincendo ne l'altre virtù non consentano in amore esser vinte, nel quale cedere sopra ogn'altra è cosa turpissima.

De li beni dell'intelletto rimane a vedere de le virtù speculative o vero de la dottrina, la quale alcuni uomini invidiosi hanno cercato con scherni e risa volerla dissimulare, infingendosi nove cose de la sapienza femminile quasi come vogliano si creda tanto ogni femina essere più bestiale e pazza, quanto è più savia e ben parlante estimata, persuadendosi, perché le donne non vadano a Pavia a studiare leggi, che nulla sappiano e che da nulla sia il loro ingegno e consiglio.

Ma non cade la disputazione nostra in queste cose; conciosia che perché non si essercitano, non mi si tole (posto che spendessero il loro tempo nei studi, come fanno gli uomini) non facessero quello profitto e più che essi facciano. La quale cosa assai manifestamente si è veduta ne' tempi antichi di colei cui la tarda venuta dil giovane Faone spinse a precipitarsi e fiaccarsi il collo da la rupe Leucadia, la quale così per li colti e limati suoi libri meritò il nome di optima dicitrice in versi e di poetessa, come già tra i poeti Omero. Legesi ancora di Corinna tebana che tratta in iudicio vinse Pindaro, quale incomparabile è da molti latini estimado, ed Erinne compose trecento versi al paragone de quelli de Omero.

Quante donne ancora si sono già ritrovate nei studi de le littere eccellenti? come già le romane Cornificia, Ortensia, Sulpizia, Paula e Marcella, de quali scrive il beato Ieronimo, Polla moglie di Lucano, Calpurnia di Plinio, Lelia socera di Lucio Crasso oratore, la quale per la eleganza de la lingua e prontezza d'ingegno esso più voluntieri udire soleva che non faceva Nevio o Plauto. Fu eziandio Proba, moglie di Adelfo proconsole romano, che de' versi vergiliani con maraviglioso artificio scrisse il Testamento vecchio e novo e si può dire che fece Virgilio parlante di la fede e cristiano. Leggemo ancora di Temistoclea sorella di Pitagora, Areta figliuola de Aristippo, Cleobolina unigenita figliuola di Cleobulo uno de' sette savi e molte altre savissime e nei più moderni tempi di Zenobia e di quella che essendo nata in Anglia, sconosciuta e vestita con panni virili venne in Roma e tanto fu il suo ingegno che, fatta prima cardinale, in breve tempo pervenne alla dignità de la quale più oltra non si può sperare. Quale uomo adunque devesi

di ingegno e saviezza a questa donna aguagliare? Certo niuno.

Che diremo de la sibilla Amaltea che compose i libri ove si conteneva la cura de la romana republica? Certo io non so se non che quanto saviamente fecero mai i romani convenevole cosa fora che la maggior parte de la laude fosse attribuita a lei, per la cui dottrina aveano imparato quale consiglio in ogni loro bisogna dovessero prendere. Taceremo noi de Carmente che prima trovò le littere latine? Da la quale sono detti i carmi cioè i versi.

Avendo adunque li Romani e le littere e il governo de la republica avuto da femine, ne le quali cose specialmente consiste la sapienza, verisimile cosa è che non solamente le donne più savie de li uomini siano, ma che sempre fussero e saranno più savie. E quindi procede che l'antiquità imaginò e pinse le Muse, excitatrici degli elevati ingegni, femine e pinse ancora Minerva dea de la sapienza donna e non uomo, come già di sopra è detto de la iustizia. E questo consentimento di tutta gente in pingere queste sacre dive mi pare sì gran testimonio in favore de le donne, che io per me non ne so più oltre desiderare, avegna ci siano mille autorità de filosofanti che parlando de la natura degli animali, dicono generalmente le femine esser più disciplinabili e agevoli de imparare, non excettuando più la donna che altra specie.

Il medesimo ancora tra l'altre ragioni per questa si prova che le più volte la bontà de l'ingegno dimostrasi per la bellezza corporale, quale come diremo nei seguenti capitoli, specialmente regna ne le donne. E Omero scrive Aiace esser stato uno uomo grande, spacioso e vasto e per conseguente bestiale e pazzo e strabochevole in ogni cosa e di Ulisse dice che era raccolto e ben proporzionato e perciò savio e prudente e acorto ne le bisogne. Se adunque nel corpo più raccolto consiste più sapienza, manifesta cosa è che le donne sono naturalmente più piccole, meglio composte e proporzionate e pertanto più savie e di migliore ingegno dotate, il che ne dimostra la stella di Mercurio dominatrice sopra li ingenuosi, quale nel segno de Vergine è fortunatissima.

Né lasceremo a dire de la mollicie e delicatezza de la carne, manifesto segnale (come vogliono tutti i filosofanti) de la sottigliezza de l'ingegno, la quale cosa esser vera si comprende

per quella scienza e dottrina che negli uomini si ritrova, perciò che rade volte adviene che questi uomini, ruvidi e grossi e de la pelle e de li peli, siano atti ad imparare littere e in contrario quelli che sono più teneri e molli de carne sono de migliore ingegno dotati e conseguentemente le femine hanno l'ingegno più agevole ad imparare ciò che vogliono.

Gran parte de la nostra fatica credo sia passata, avendo per assai sufficienti ragioni dimostrato che quanto alli beni de l'intelletto, cioè alle virtù e a la dottrina, la donna non solamente non cede al virile sesso, ma eziandio di gran lunga lo trapassa. Sì che omai molto agevole estimo il rimanente provare, e massimamente de li beni strani, o vero de la fortuna, tra li quali la patria non ha l'ultimo luoco, la quale se consideriamo dal principio de' nostri primi parenti, troveremo che il nostro patre Adam fu in Siria nel campo Damasceno creato e oltra ciò fu creato di lotto e fango ed Eva nel paradiso terrestre, per la qual cagione credo sia la consuetudine introdotta di onorare le donne in qual luoco se siano, sì come quelle che per essere in sì degna parte create, meritano da ogni uomo essere riverite, avegna che altri adducono altra ragione de l'onor portatogli che è quella de la matre di Coriolano, la quale, più che tutto il romano populo e più che i sacerdoti, puote a rimuovere l'adirato figliuolo dal fiero proponimento contra l'ingrata patria.

Per il che come a conservatrici de la cità romana fu sempre alle donne portato il dovuto onore e crescendo con gli anni infin a' nostri tempi è tale usanza pervenuta, come noi veggiamo, che e ne le vie se gli cede e alle tavole ne le nozze e altri conviti se gli danno i più onorati luochi e quantunque a donna di più bassa condizione parlando, li più onorevoli uomini portano rispetto, perché così la natura maestra de tutte le cose ce insegna, lasciandone per naturale istinto qual cosa abbiamo ad seguire e quale a schifare. Questo eziandio non solamente conoscono li uomini, ma tra le fiere lo unicorno ne fa chiarissima fede. Quale essendo e di maravigliosa gagliardezza e di grandissima crudeltà dotato, da niuno altro animale fuor che da la vergine donna soffre d'esser trattato e ammanito, conoscendo in lei tanta eccellenza che giudica la sua dolce sorte esser da così nobile cosa preso.

Ma di questo sì saldo e intiero giudicio molti fideli amanti sono che non consentono esserne concessa laude ad uno animale irrazionale, alli quali parrebbe incomparabile felicità spendere la vita in qualche atto egregio per piacere alle loro donne. E certo degni sono questi tali de la morte, ma de la piccola, dico, che

dolcemente si può fare molte volte. E così ne adviso le donne valorose che le piaccia dargli cagione di lunga vita, a ciò per loro amore possano spesse fiate di simile morte morire ed esse lungo tempo esser da loro bene servite.

Ma per tornare alla dignità de la donna, noi dicemo, e così vedesi per isperienza, che il calore suo grandemente giova alla infermità de' paraletici. E un maggiore argomento c'è ancora, che il mondo tutto, per esser opera sì maravigliosa di natura, nel quale si contengono tante altre belle cose, deve da qualche cosa eccellentissima esser denominato e torre il nome suo, e pur una terza parte di quello cioè l'Asia, la quale contene tante provincie, ha tolto il nome da la moglie di Iapeto matre di Prometeo, detta Asia. E una altra parte chiamata Africa o vero Libia fu detta da Libia figliuola di Epafo. L'altra terza parte Europa, così fu chiamata da la figliuola di Agenore rubbata dal sommo Giove, converso ne la fallace forma dil bianco giovenco. E tutta la terra insieme è detta matre universale.

Tra tutte le eccellenze che alle donne o la fortuna o la natura o la loro industria ha concesse, la bellezza corporale gli è più che dire non si potrebbe, agradevole. La quale con tanto maggiore cura si ingegnano mantenere e accrescere quanto veggiono (non so per che stelle maligne) le virtù meno in prezzo, avegna che a loro agevole cosa sia parere belle, essendo da la natura dotate di tutte quelle parti che possono piacere ed essendo dal volto loro rimossa quella asprezza de la barba che fa piuttosto caduca la beltà de' maschi, che forse ad alcuni inimici de la natura non piace, facendone ispidi nel volto, ruvidi e non dissomiglianti alle fiere.

Per la qual cosa non possendo di beltà con le donne contrastare, avemosi imaginato due specie di bellezza, ne l'una de le quali sia una dignità e maestà e quasi una riverenza e questa abbiamolasi a noi attribuita, ne l'altra sia una venustà, una attrazione piena di desiderio, piena d'amore e questa è propria e peculiare de le donne.

Né bisogna che maschio de quale se sia etade in questa se gli aguagli, perché se vogliamo discorrere per le parti dil corpo che possono avere giocondo e delettevole aspetto, in ogni cosa siamo inferiori cominciando dagli occhi, quale in molte si veggiono a guisa de doe fiammegianti stelle, anzi de dua vivi soli diffondere intorno a sé la sua luce e con la sua chiarezza vincere le tenebre di la notte e quando con maestrevole arte mossi, palesare a li ingenui amanti i secreti dil core e con la sua vaga bellezza fare de loro quello che di Medusa si legge, che con la vista sua convertiva gli uomini in sassi, e che ciò sia più ne le donne che ne l'altro sesso lo dimostra il loro essere guatate universalmente per tutti i luochi dove vanno.

Che dirò io dil spacioso fronte? E de l'arguti cigli? Dil profilato naso? De la vermiglia bocca? De le candide perle ordinatamente rinchiuse entro il bel corallo? Dil bifido mento da niuno pelo attorniato? Del vivido colore sparso per tutto il volto? Che de la bianca gola? Che de le molli fila d'oro che e su pel bianco avorio sparse e in dolce nodo raccolte non possono se non sommamente a' riguardanti agradare? Che dirò de' rotondi pomi? Quali non so se somiglianti ne li Orti Esperidi ne

guardasse mai il vigilante dracone, i quali da sottilissimo e lucido velo repressi, spignendo in fuori avriano forza di muovere, non che ogni severissimo e duro uomo, ma le fere silvestre ancora e, se gli è lecito a dire, le insensate pietre. Pensa quello deve essere de le occulte parti, alle quali con tanto amore e desiderio la natura non ne spingerebbe se non fossero al tutto delettevoli e al loro obietto bellissime, perché l'amore non è altro che una cupidità di fruire la bellezza, come diffiniscono tutti i filosofi e massimamente l'amoroso Platone.

E quelli che con loro ingegno hanno cercato de imitare il maraviglioso artificio di natura, volendo fare una statua che fosse norma e regola alle altre pitture e sculpture di bellezza, la fecero donna, come dice Plinio e molti altri, aggiungendo che tanto ogni opera fatta era stimata bella quanto era più prossima a quella di Policletto; e questa cosa ancora da li moderni pittori e scultori affermasi, quali ritrovare dicono molta più delicatezza, proporzione e, se si può dire, perfezione ne li femminili corpi. E quello antico lume e illustratore de la pittura Zeusi, volendo alli omini di Crotona fare un dono egregio e singulare, anzi lasciargli uno eterno testimonio de la sua virtù, trasse da cinque vergini donzelle tutte le più belle parti e de la imitazione de tutte cinque ne compose un femminile corpo bellissimo. Costui adunque, possendo fare per l'arte sua vero iudicio di beltade, diede per tale opera la sentenza in favore de le donne e al mio parere, anzi del più degli uomini, la diede verissima.

Perché qual sarà colui che non veda qualche donna tra l'altre voluntieri, veduta non l'ami, amata non la desidri fruire? La quale vista, il qual amore, il qual desiderio non si può muovere se non da un non so che piacere che agli occhi nostri corre ogni volta che si giudica alcuna cosa esser bella. Il che non accade, se non in pochi, nel vedere de' maschi. Ma che bisogna più estendersi in aguagliarla a l'uomo di bellezza?

Certo credo che niuna cosa a questo si possa addurre in contrario, se forse talora qualche ostinato e nemico de le donne non si persuadesse con un detto del filosofo poter confutarme, cioè che in un corpo grande può essere più gran bellezza che in uno picciolo. Conciosia adunque che l'uomo le più volte è di la donna maggiore, si conclude che ne l'uomo possa capere maggiore bellezza. A questo tale rispondendo dico che la

magnitudine o vero grandezza si considera in doi modi: l'uno quando una cosa secondo tutte le misure si estende più che l'altra, come a dire che uno elefante sia maggiore de una formica. L'altro modo se intende secondo la proporzione, come è dicendo questa formica è grande, quello elefante è picciolo; e secondo questo modo di parlare non possemo dire che la donna sia piccola (avegna sia più bassa di l'uomo) ogni volta che aggiunga alla sua natura la proporzione, quale forse da la natura gli è data minore per qualche rispetto, non importante ora a raccontarlo.

E quindi nota una altra ragione efficacissima a provare la bellezza de le donne, imperò che per isperienza vedesi quasi tutte le femine esser più proporzionate e di una misura che non sono gli uomini, anzi tra gli uomini si ritrovano più nani e molto piccioli e alcuni quasi pigmei e oltra ciò assiderati, stropicciati e simili a quelli de' Baronci quando Domenedio imparava a farli.

La cagione è perché le donne sono di natura alquanto più umide e la umidità più agevolmente si estende infin al suo termine, e per questo non restano né i loro visi, né i corpi sì sovente magagnati e guasti, ancora perché la sua longhezza è minore e più tosto se adempie e finalmente perché il cielo gli è più favorevole e par tenga non picciola cura de la loro bellezza. Ma il più degli uomini, perché sono più macilenti e secchi, quello che di larghezza perdono, in longhezza acquistano; e posti uno uomo e una femina di longhezza pari, l'uomo così a prima veduta parrà più longo per sottigliezza, sì come vedemo di coloro advenire che sono alcun tempo stati amalati, li quali uscendo del letto paiono molto maggiori che prima, non essendo però ne l'infermità fatti più lunghi, ma per essergli tolto de la larghezza grossezza, la longhezza, quale è rimasa come prima, pare maggiore.

Sì come credo, assai sufficientemente è stato da noi provato la bellezza de le donne essere maggiore che de gli uomini; la quale con una parte solamente di una novella il Boccaccio nostro volse provare nel suo Decamerone, quando disse che al figliuolo di quello eremita fiorentino a la prima veduta erano le donne tanto piaciute, il che fece sì brevemente, estimando essere vana fatica volere con moltitudine de argomenti affermare quella cosa che niuno ha ardimento negare. De li altri beni e dil corpo e di la fortuna come de' figliuoli, de l'amicizie, de le ricchezze, de la gloria, de la sanità, de le forze, in niuna di queste cose a l'uomo cedeno. Perché li figliuoli son comuni e se l'uno di dua gli ha più de l'altro parte, la donna veramente è quella che gli ha nel suo ventre portati, dil proprio latte nudriti, con tanta fatica e solitudine allevati.

De l'amicizie non dirò io, conciosia che si ama la beltà e le virtuti, e se ambedua queste sono più ne la donna che ne l'uomo, necessario è che la donna più amata sia, come vedemo ogni giorno per isperienza di tante risse, di tante questioni che ogni giorno fannosi tra gli uomini per guadagnare l'amicizia e la benivolenza de alcuna damigiella. E come si legge ne l'antiche e moderne storie e nei libri de' poeti de tante città, di tante nazioni che, per contesa di possedere la grazia e l'amore di alcuna donna, sono state ruinate e guaste. Pensa quello avrebbero fatto questi che non hanno temuto mettere 'l mondo sozzopra, per sì fatta cagione, ne le bisogne de le donne loro amiche. Pochi sono stati coloro che per l'amico suo non abbiano dubitato offerirsi alla morte e non so se più di sei o sette paia de amici tali se trovino iscritti. Ma infinito è bene il numero di coloro che per l'amate donne hanno mille pericoli de morte corsi e talora datalasi per troppo amore.

Le ricchezze (avegna siano state molte donne richissime e ne siano oggi più che mai ancora) non giudico di tanta stima che non sia via più potere comandare a quei che le possedono. Deve adunque alle donne bastare guadagnarsi l'amore degli uomini. La qual cosa gli è agevolissima e poscia sono dominatrici non che de le facultà ma de la vita e dil sangue loro.

La gloria e onore, quantunque da alcuni si connumerati tra li

beni strani e de la fortuna, nondimeno è premio e mercede de li beni de l'animo e de la virtute, ne li quali, essendo le donne vincitrici, non gli può mancare né gloria né onore in qual loco e appo qual persona si sia.

Li altri beni dil corpo cioè la sanità e le forze non sono men ne le donne che negli uomini e posto ancora che fussero in esse minori, non sono di tanto momento che possano togline una minima parte ancora de la loro eccellenza. Perché la sanità consiste in gran parte nel regolato vivere, il che è ne la nostra volontà, e perché più modestamente e con migliore regola vivono le donne, più rade volte infermano, appresso li menstrui e le spesse purgazioni le riguardano da molte infermità in cui li uomini spesse fiate incappansi.

Quanto a le forze, noi leggiamo de le Amazone e de molte altre andare use in battaglia e che hanno già molti triomfi e innumerabili vittorie rapportate. La quale consuetudine se infin a questi tempi fusse perseverata, ne l'ora presente ancora veder si potria quante fossero le femminili forze. Ma perché tale usanza è interrotta, e le forze e li essercizi militari si conservano e aumentano essercitandoli, par che da nulla siano tenute le forze de le donne. La qual cosa ancora che così fusse, che ha bisogno colei (se volemo ragionevolmente considerare) de le forze corporali, che può adoperare in ogni avvenimento le forze de l'intelletto? Certo le gran cose tutte si conducono al desiato fine più tosto con ingegno che con possanza corporale e le troppe forze fanno le più volte coloro in cui sono, temerari.

Milone crotoniata, confidandosi ne le sue braccia, volse la quasi fessa quercia aprire e uscendone li cugnoli e altri stamenti che la tenevano aperta, stancandosi a poco a poco la sua forza e chiudendosi da se stessa la rovere, inchiaivossi dentro le mani e rimase pasto alle fiere. Capaneo, credendosi contra il volere de li dei poter prendere la città di Tebe, fu da Giove folminato. Li superbi figliuoli de la terra, troppo di sé per la smisurata grandezza presumendo, furono dai dei sotto quei monti detrusi, quai volseno l'uno sopra l'altro porre per ascendere alle celesti sedie. Teseo e Piritoo essendo mortali, fidatisi de le forze loro e de l'amico Ercole, ebbero ardire di volere per moglie prendere le figliole de li dei e perciò andaro all'inferno per rubbar Proserpina al fratello di Giove e ne

trasseno il tricipite cane obostante al presumptuoso loro ardire, ma al fine ivi rimasi danno le pene dil comesso flagizio.

Vedi di quanto male è cagione la troppo gagliardezza. Niuna cosa è che più offenda la iustizia che il troppo ardimento e la troppo corporale forza, imperciò che niuna cosa è che ci dia più animo al mal fare che il persuadersi di passarne impuniti. La quale cosa ne la nostra città si è veduta, ne la quale talora sono state sì potenti le arme de' cativi che a' buoni tutti conveneva o esser preda e olocausto de' scelerati o lasciando l'amata patria elegersi volontario essilio, perché dove non è iustizia, dove le leggi sono morte, non so perché ivi debbia ad alcuno uomo da bene la vita aggradare.

Ma lasciamo ora da canto queste calamità e ritornando al proposito nostro, concludiamo esser vero che un tempo le forze dil corpo e la gagliardezza furono utili al mondo, quando gli uomini valenti e pro' de la persona defendevano le genti imbelli da le ingiurie, ancidevano i tiranni, domavano i mostri. Ma considerando la natura che quella età d'oro era per convertirse tosto non che in argento e rame, ma ancora in ferro, nel qual tempo le arme de' forti non propulsarebbono le ingiurie ma le farebbono, a ciò che tutti universalmente non fussimo di tanta catività machiati e diventassimo de noi stessi tutti micidiali, a l'una de dua parti tolse le arme quali al tempo de le Amazone gli aveva concesse, a ciò che per tal cagione qualche iustizia in terra si conservasse e non avesse una altra volta il mondo (como accaderia rimanendone privo) a ritornare ne l'antico e primo caos.

CONCLUDE PER MOLTE RAGIONI LA ECCELLENZA DE LE DONNE

Avendo per molte cose sopradette dichiarato quanto sia stata benigna e favorevole a le donne la matre di tutte le cose mundane, natura, in donarle abondevolmente de tutti quei beni che le possono far per se stesse degne, agli altri care ed essendomi io posto nei lati campi de le loro laudi, farò ora como sogliono talora i prudenti capitani che, nel cedere de' loro nemici, a mezo il corso rimangono, per non lasciarsi a dietro alcuna cosa che nocere e la vittoria impedire le possa. Così io, avendo con molte ragioni fortissime ottenuta la vittoria in favore de le donne, ora per stirpare ogni cosa che sì bello triomfo avesse forza turbargli, mi rimarrò di andare più avanti e raccontare le eccellenze e le virtù loro, volendo, perché più fede si dia a la vittoria, provare ancora la equalità. E dico che la femina è di necessità di natura, imperciò che la generazione umana senza esse non si potrà conservare e ne le cose che altramente esser non ponno non c'è di alcuno merito né biasimo. La qual cosa molto bene espresse Crasso censore romano quando disse, ne la orazione qual fece contra Domizio suo compagno, ne le cose che la natura o la fortuna ci dava, agevolmente potere tollerare esser vinto, ne le cose che per se stessi gli uomini potevano acquistarsi, in queste a niuno patto poter patire essere da altri superato.

Che onore adunque né disonore è perché mona tale sia nasciuta femina e quello altro sia nasciuto uomo? Certo niuno. Per il che non si deve ne le cose che sono di necessità mettere differenza veruna, e consequentemente la natura non ha le donne fatte in parte alcun men degne degli uomini. La qual cosa considerando, i latori de le civili leggi reprendono con molte ragioni li detrattori del femineo sesso, sì come nemici de la natura che vogliano e abbiano ardire di vituperare quella cosa per donde ha procurato il mantenimento nostro. Lasciamo stare la impietà quale è grandissima a biasimare quelle per cui abbiamo l'essere, quelle che ne conservano e moltiplicano la sumiglianza de nui stessi, quelle senza le quali il vivere nostro fora una solitudine, una perpetua tristezza, anzi una continua morte.

Né bisogna che alcuno mi dica non essere sì stolto che

biasimando le donne biasimi la matre, moglie, parenti e quelle con le quali di continuo vive. Perciò che sì come un valente uomo, udendo dire male degli uomini de la sua patria, averà di ciò (per molti che vi siano cativi) grande e convenevole dispiacere e vorrà defendere l'onor de' suoi cittadini, così noi, perché vi siano de le donne triste e di mala vita, non dovemo patire che generalmente siano vituperate. Il che tra l'altre cagioni, che sono molte, massimamente si deve fare perché la vergogna loro ne ritorna le più volte a nui in disonore che le serviamo e chiamamosi sovente loro schiavi e pregioni, laonde manifestaressimo la nostra dapocagine consentendo servire a cosa vile.

Né solamente qui si tratta dil vituperio nostro, ma eziandio de li eterni dei che sono molte fiata discesi da le celesti sedie in terra per star loro presso e fruirle. E colui che con le fiamme del suo volto illumina l'ampia faccia de la terra, per guadagnare la grazia de una donzella sostenne molti e molti anni servire ne le pastorali case di Admeto, senza che Ercole, Achille e tanti altri baroni e semidei dominatori de' principi e de' mondani regni abbiano in collo portato giogo femminile.

Per queste adunque ragioni a me pare che non solamente agli uomini siano donne eguali, ma ancora più degne. Tra l'altre cose perché la generazione è da loro più desiata, la quale tra tutte l'altre nostre più s'assomiglia a l'operazioni divine imperciò che imita il maraviglioso artificio di natura, producendo quasi de niente o almen di minima cosa sì bello effetto com'è il parto umano, nel quale, avegna che tanto l'uomo come la femina intervenga, nondimeno con maggiore desiderio vi si muove la donna e più vi s'affatica e vi mette del suo, nutricando quello col proprio sangue mutato in forma de latte a ciò non dasse a le donne timorose cagione di spavento.

Ed è questa generazione in tanto accetta a Domenedio che (come dicono i sacri teologi) perdonò alle figliuole di Lot giaciutesi col patre loro embriaco, avendo tal cosa fatta non per libidine ma per generare figliuoli di uomo giusto e ubidente a Dio, i quali non avesseno (come gli altri uomini di la città di Sodoma) a guastare e rompere le leggi naturali e divine. Deve essere superiore eziandio la donna quanto alla generazione, perciò che essa senza uomo può generare uno parto vivo che si

chiama mola, la quale cosa a niuna altra specie è conceduta che la femina senza il maschio suo possa concepire e partorire; e quantunque tal parto non possa vivere lungamente, non per tanto in esso si lascia de considerare il privilegio datogli da la natura.

Riguardando adunque alle dette ragioni e a molte altre, che ci resta altro se non confessare la prestanza e la virtù de le donne essere tanta che non solamente gli uomini non le ponno aguagliare, ma gli sono prossimi di grandissimo intervallo? La qual cosa sia assai evidentemente manifesta, rispondendo a quelli argomenti, con li quali i detrattori si sforzavano macchiare la nobiltà de le donne, e dichiarando che avegna ne li antichi e moderni sacrifici ancora sia consuetudine che le donne coprano la testa e gli uomini ne vadano col capo aperto e ignudo, questo non è perché elle siano immonde e brutte e meritino di star chiuse, questi siano più netti e politi e degni di stare scoperti ne li tempi de li dei, come è opinione di alcuni sciocchi, ma tal cosa fassi per altra cagione più convenevole e giusta, perché la bellezza loro, se fosse scoperta, non avesse forza di suscitare in alcuno qualche desiderio men che pudico.

E oltra ciò per esser le donne de più privilegi e virtù dotate, cose atte ad farle forse alquanto ambiziosette, in segno de umiltà quando adorano non è cosa inconvenevole che siano con la testa velata e coperta. E perché dicono ancora che la femina desidera l'uomo come fa la materia la forma per farsi più perfetta e perciò advenire che l'uomo naturalmente abbia in odio quella a cui prima si congiunse, sì come quella alla quale copulandosi perse molto de la sua perfezione; in contrario dicono la femina amare l'uomo col quale prima conobbe quali fossero li venerei congiungimenti, per quale divenne più perfetta.

Dico che male hanno questi tali in logica studiato e la sua conseguenza non vale: la donna desidera l'uomo come perfezione, adunque è imperfetta. Per ciò, posto che desideri l'uomo come perfezione, non però segue che sia imperfetta, ma può essere ed è perfetta in alcuno grado e copulandosi a l'uomo si fa perfetta in alcun grado più, nondimeno l'uomo sarà di men perfezione che la donna. Come possemo dire del nostro intelletto quale, essendo di non poca perfezione, desidera, per farsi più perfetto, conoscere alcune cose men perfette di lui, sì come è la natura di alcuno animale irrazionale e aggiungendo la

perfezione che sta in tal conoscimento a quella era in lui prima, si fa migliore e più perfetto.

Né perché l'uomo abbia exosa la prima donna a lui congiunta, questo adviene perché perda la sua perfezione, imperò che se ciò fosse vero questo accaderia ogni volta che con lei si congiungesse, la qual cosa non è così; anzi, fuora che la prima fiata, le più volte doppo tal congiungimento a l'uomo cresce l'amore; e se pur tu brami sapere la cagione perché nasca nel primo congiungimento tale odio, è più verisimile che questo advenga per la calda complessione di l'uomo, massimamente ne la più tenera etade e puerizia e perché pochi stano a experimentare tali giuochi infin a l'età matura, la caldezza che in quei tempi è maggiore è cagione di novi pensieri. Sì che ravigliando i giovani ne la instabile mente la qualità de la cosa, agevolmente disamano e pentonsi di tal fatto, infin che la più salda etade e longa consuetudine gli fa conoscere gli artigli d'Amore. Ma la donna, per istinto di natura conoscendo quanta perfezione sia nel generare, ama colui, anzi gli è sempre tenuta, che gli insegnò como per la coda si piantano gli uomini.

Per racion dil luoco dicevano ancora l'uomo essere più degno, perciò che la donna è sottoposta e l'uomo sta sopra in luoco più nobile. Ma chi con diritto occhio riguarda, conoscerà che la donna negli ultimi dilette d'amore sta in luoco più nobile giacendo supina e con gli occhi al cielo, a guisa che debbono far gli animali dotati di ragione e l'uomo stassi come fanno le bestie col volto e con gli occhi verso la terra e, quel ch'è più, perciò che l'uomo si conosce indegno di quello infinito piacere e gioia, non può fare, così insegnandogli la maestra de tutte le cose natura, che a prender gli ultimi termini d'amore e a quel sommo bene non vada con reverenza e con ingenocchiarsi.

Affermavano oltra questo la indignità di la donna per essere ella nei piaceri venerei paziente e l'uomo agente, la qual cosa più non gli tole de la sua dignità che faciano le varietà di colori agli occhi e le cose odorifere al naso e tutti li altri obietti a' suoi sensi. Perciò che l'occhio è paziente e le cose colorate lo feriscono e operangli dentro, tuttavia l'occhio e la virtù visiva è più degna di quei colori che sono puri agenti. Il suono percuote il sentimento di l'udire nostro e l'orecchia patisce ed è però più degna di quello suono e strepito che induce tal patire. Il

somigliante dicemo de la donna la qual, quantunque patisca l'uomo, non si può però per tal ragione affermare che di lui sia men degna.

Non lasciavano questi tali a dietro una ragione che pare loro fortissima, cioè che l'essere alle donne tolta la cura degli uffici e civili e divini ed essere loro da le leggi vietato che siano procuratrici, che prestino testimonio in iudici, massimamente nei testamenti, sia un grande argomento anzi un iudicio e una salda sentenza de la loro poca sufficienza. Ma non vedeno con quanta trascuragine dicono la menzogna, perciò che anticamente li civili uffici così da le donne come dagli uomini erano trattati e già le donne fecero molte leggi, come fu la sibilla Amaltea già sopradetta, Didone che edificata la città di Cartagine parimente diede a' Cartaginesi le leggi del vivere e molte in molti altri luochi. Ma crescendo poi in processo di tempo la malvagità degli uomini e non astenendosi tra loro nei giudici (come adviene) al cospetto de le donne de dire parole ingiuriose e petulanti, a ciò che il muliebre sesso non udisse tali brutezze e spurcizie, fu dai iudici rimosso e da indi in qua gli uffici de giudicare sono negli uomini rimasi, avegna che ancora la loro imbecillità gli abbia tolti molti altri privilegi.

Li uffici divini sono indifferentemente sempre stati amministrati da l'uno e l'altro sesso. Nei tempi antichi questo appare tra l'altre cose per le vergini Vestali, che conservavano con tante cerimonie e tanta cura quello eterno foco. Nei nostri si vede e per tanti monasteri di donne piene di religione e di santità e per mille altre cerimonie. E per avere confutata sì scoperta menzogna, potevano lasciare uno saldo fundamento contra la detta ragione da costoro degli uffici, la quale ora, benché non sia necessaria, pur la dirò. Questi uffici non sono di tanto momento che eziandio che fussero tutti negli uomini, le donne perdesserone una minima parte de la loro dignità ed eccellenza. Perché gli uffici non si dano sempre a' più degni, né ancora alli più amati, questo ne insegnò prima Dio, quale diede le chiavi dil cielo a Pietro e non a quella che meritando di portarlo nel suo ventre virginale nove mesi, è da noi meritevolmente chiamata madre de le grazie, donatrice de tutti i beni, sopra ogn'altra incomparabilmente eccellentissima. Questo vedemo ogni giorno che perciò che una reina sia senza officio alcuno, è però più

degni de mille altri officiali che stanno ne la corte dil re.

Seguiva dietro a questo la varietà e mutabilità d'opinione e di mente, contra cui abbaiano i poeti in mille luochi, Vergilio: varia cosa e mutabile è sempre la femina, e l' Petrarca: femina è cosa mobile per natura e molti in molt'altre parti dicono il somigliante; la qual cosa non però pare a' savi sì colpevole che non sia da loro molte fiata commendata, perciò che se i cieli e i tempi, non che ogni giorno ma ogni momento si mutano, bisogna talora advenire che quella cosa che oggi ci sarà utile, dimane ci sarà nocevole, e perciò è forza assai volte mutar volere e consiglio, ad questo inducendone ragione e necessitate, non appetito. E voler in simili casi servare constanza viene più volte da pertinacia, e sono questi tali chiamati uomini di dura cervice, oltra che questa sua, che vogliono chiamare constanza, non men sovente la conservano negli errori che ne l'opere fatte dirittamente. E questo basti quanto a la varietà e incostanza.

Quanto a la fedità, alli menstrui e alli altri umori superflui, nui dicemo che tali cose non ci danno tanto argomento di bruttezza e immondizia quanto di nettezza e delicatezza, imperò che essendo non men l'uomo che la femina di quattro elementi composto e da principio creato di fango, è di necessità che partecipi molto de queste terrene immondizie, le quali non avendo per donde mandarle fuori e purgarsene, se ne resta men netto e men polito. La quale cosa ne dimostra la carne di l'uomo, che per molto che lavata sia e ben strebbiata, refricandola sempre genera terra, il che non accade ne la donna, come quella che ogni mese abbia le sue consuete purgazioni, le quali non solamente conservano in loro più delicatezze, ma le riguardano ancora da molte infirmità, come dicono i medici, in cui gli uomini qualche volta incappano. E avegna che queste tali purgazioni abbiano aspetto men che onesto, non pertanto sono da essere sì acerbamente infestate e da sì poco, come vogliono alcuni, reputate perché non ogni cosa, né ancora agli uomini ha dato la natura che si possa fare palesamente senza vergogna, ma quelle parti che non hanno onorevole aspetto ce l'ha ascose, e i loro benefici sono da usare secretamente.

Che importa adunque che la femina abbia una purgazione necessaria più ogni mese che l'uomo, avendone non men l'uno che l'altro tante che bisogna usarle non una volta ogni giorno?

Massimamente essendo ella in tante altre cose superiore e in questa preservata da tante infirmità e il remanente dil tempo più monda e netta; e quindi si vede ancora qual debbia essere la risposta di quello altro argomento quando dicono che la femina è detta da la fedità per rispetto ai mestruai e all'altre dette cose, imperciò che più tosto la femina è così chiamata pel contrario, come niente feda e purgata d'ogni ribaldaria e d'ogni altra cosa che la potesse macchiare per sì fatta via, la qual significazione consideramo in molti altri latini vocaboli. Il bosco si chiama *lucos* come *loco* ove non sia luce, la guerra dicesi bello per essere cosa niente bella, così la femina niente feda. E oltra che in farle prive d'ogni fedità la natura gli è stata molto favorevole, mi pare che elle si studiosamente si ingegnino essere polite e piene de delicatezze che de niuna cosa manco che di immundizia doveriano essere colpite.

Seguiva dietro a questo la maggiore e ultima vituperazione de le donne, cioè il fallo di Eva nel divorare il vietato pomo e lasciarsi ingannare dal nemico de l'umana generazione. Ma lasciando a considerare la sottigliezza di tal caso a' teologi a cui appartiene, dico che al mio parere fu maggiore la vergogna di Adam che si leggiermente credette alla donna, scordandosi il precepto de Dio, ed è verisimile che il diavolo con più arte e inganno desse a credere alla donna che mangiando tale pomo saria immortale, che ella non fece poi di Adam. Oltra che la donna allora non poteva ancora essere sì prudente come l'uomo, per essere di poco creata, e la prudenza si acquista per longa esperienza. Sì che rade volte questa virtù nei giovani si ritrova, ma è peculiare de' vecchi e perciò né 'l medico giovane né il militare capitano sono commendati, perché la cognizione dei loro officii s'acquista per longo uso e i loro errori male si possano emendare perciò che la pena subito segue l'errore.

Officio era adunque dil prima creato, e più vecchio, antivedere a che fine spettasse il mangiare dil vietato pomo e considerare che non è utile prendere consiglio dal suo nemico. La qual cosa non avendola fatta, meritamente è più da biasmare la imprudenza di Adam e di Eva, quale pel suo peccato fu cagione che il figliuolo de la Vergine prendesse carne umana. Né quantunque ello nascesse uomo, fece però disfavore alla nobiltà ed eccellenza femminile, perché quanto alla specie umana

non men è fatta la donna alla somiglianza de Dio che sia l'uomo. Ma ben diede il figliuolo di Dio nel suo nascere una sentenza verissima, benché da pochi intesa, in favore del mulièbre sesso, perché venendo ad exaltare la umiltà tolse il più umile sesso che fu il maschio. La qual cosa intese il Petrarca, quando disse de lui parlando nel quarto suo sonetto:

Di sé nascendo a Roma non fe' grazia,
a Giudea sì, tanto sopr'ogni stato
umiltate exaltar sempre gli piacque.

Fecesi eziandio uomo e non donna perché, avendo ello più di lei fallito, fu scacciato del Paradiso e fatto più vile. Venendo adunque il figliuolo de Dio a restituirce la grazia, de la quale eravamo per diabolici inganni e per imprudenza stati privi, fu convenevole che sì come l'uomo ci aveva nel profondo degli abissi e in eterna dannazione ruinati, così ello nascesse uomo e fusse la pena de l'innocente sangue conveniente al delitto di Adam. Per la qual cosa chiaramente si vede maggiore esser stato il peccato de l'uomo che di la donna, conciosia che bisognò pel mezzo di Cristo fatto uomo ricompensarlo.

Questi sono li argomenti, queste sono le ragioni sopra dette con le quali gli uomini si persuadeno vincere la schermaglia; e certo dubito, per esser le donne ne le corporali forze alquanto inferiori, non la perdessero, se le loro mercè non seguitassero degli amici che in ogni loro bisogna, in ogni periglio fossero apparecchiati e pronti a prendere l'arme per loro difesa, non temendo li continui soffiamenti de la invidia, né li crudi morsi de li detrattori. Massimamente non essendo molto malagevoli da confutare per le singolari e immense grazie che con larga mano la natura alle donne ha concesse, ed essendo questo ancora non picciola laude di coloro che si lasciano ad amare trascorrere, tra li quali essendo io uno, non per disavventura ma per mia elezione, niuna cosa ho ritrovato che maggiore alleviamento possa dare alle continue passioni e alle quotidiane sollicitudini che la mente mi turbano e tengono notte e giorno l'animo mio sospeso, che pensare alla vaga bellezza, all'ornati e laudevoli costumi, alli ragionamenti soavi de la mia donna bastante sodisfacimento de mille altri sospiri, de mille anxietà che il

soverchio amore nella mente compreso talora mi fa sentire.

Alle quali cose non penso mai ch'io non stimi assai bene avventurata la pena mia e non desidero, quantunque privo de ogni spene, di cui i più felici amanti si godono, in tale stato trapassare tutta la vita.

Se l'età di Nestor mi fusse concessa e non accadendogli fare esperienza della mia sincera affezione, né godendosi che la sua beltade per alcuno sia celebrata, parendogli desdicevole alla donnesca onestà che donna piaccia molto ad altri che al suo marito, ho eletto di scrivere questo mio libretto in laude de tutte le donne, quale ella leggendo abbia ad riconoscere non men le singolari virtù con industriosa fatica da se stessa acquistate che li rari privilegi de la natura ampiamente donatigli.

Índice de nombres

- Adán: p. 30, 39, 76, 88, 106, 107.
- Admeto: p. 99, 153.
- Alceste: p. 82, 99.
- Alighieri, Dante: p. 79, 91, 96.
- Andrómaca: p. 59.
- Antíope: p. 81.
- Areta: p. 85, 139.
- Aristipo: p. 85.
- Aristóteles: p. 25, 31, 39, 41, 75, 82, 85, 95, 100.
- Bembo, Pietro: p. 13, 22, 68, 91.
- Boccaccio, Giovanni: p. 15, 19, 23, 28, 33, 48, 50, 51, 56, 57, 64, 68, 69, 73, 79, 80, 81, 93, 94, 96, 99, 102, 103, 113, 148.
- Boudica: p. 81.
- Bruto, Junio: p. 68, 69, 124.
- Calpurnia: p. 84, 139.
- Camila: p. 28, 81.
- Carmenta: p. 28, 85.
- Capaneo: p. 68, 96, 123, 150.
- Castiglione, Baldassare: p. 18, 19, 48, 50, 59, 69, 79, 80, 82, 91.
- César, Julio: 66, 71.
- Cicerón, Marco Tulio: p. 28, 29, 66, 98.
- Circe: p. 24, 28, 38, 64, 120.
- Cleobulina (Eumetis): p. 85, 140.
- Cleóbulo de Lindos: p. 85, 140.
- Cleopatra: p. 24, 25, 28, 68, 79, 123, 134.
- Corina: p. 84, 139.
- Cornificia: p. 84, 139.
- Crasso, Lucio: p. 84, 139, 152.
- Dido: p. 28, 103.
- Domenedio: p. 93, 100, 146, 154.
- Eva: p. 30, 39, 88, 106, 159, 160.
- Evadne: p. 68, 82, 123.
- Eurina de Telos: p. 84.
- Faón: p. 84, 139.
- Febo (Apolo): p. 68, 99, 123.
- Ficino, Marsilio: p. 42, 48, 91.
- Galeno: p. 31, 93.

- Helena de Constantinopla: p. 64, 92.
- Heráclito: p. 28, 39, 75.
- Hércules: p. 96, 99.
- Hipócrates: p. 31, 93.
- Héctor: p. 59.
- Hero: p. 83.
- Hipólita: p. 81.
- Holofernes: p. 79.
- Homero: p. 28, 84, 86.
- Hortensia: p. 84.
- Isabel de Hungría: p. 63.
- Jerónimo: p. 28, 29, 63, 84.
- Judit: p. 25, 30, 79.
- Lampedo: p. 81, 135.
- Lelia: p. 84, 139.
- Lot: p. 30, 100, 154.
- Lucano: p. 84, 139.
- Lucifer: p. 60, 115, 121, 123.
- Lucrecia: p. 69.
- Manto: p. 28, 64, 120.
- Marcela: p. 63, 84.
- Marpesa: p. 81.
- Medea: p. 24, 28, 38, 64, 120.
- Melanipa: p. 81.
- Milón: p. 96.
- Mirina: p. 81, 135.
- Nerón, Paulino: p. 81, 135.
- Néstor: p. 108, 161.
- Nevio: p. 84, 139.
- Orizia: p. 81, 135.
- Pentesilea: p. 81, 135.
- Petrarca, Francesco: p. 29, 30, 39, 46, 48, 51, 52, 63, 69, 76, 79, 80, 81, 104, 107, 119, 131, 158, 160.
- Píndaro: p. 84.
- Pitágoras: p. 28, 85, 96.
- Plinio: p. 30, 39, 41, 84, 91, 139, 145.
- Plutarco: p. 28, 71, 85.
- Poliziano, Angelo: p. 32, 58.
- Porcia: p. 28, 30, 68, 82.

- Ovidio: p. 28, 29, 31, 59, 83, 85, 91, 99, 102, 115, 138.
- Paula: p. 63, 84, 119, 139
- Pedro (San): p. 104, 107, 157.
- Pablo (San): p. 28, 63.
- Platón: p. 10, 18, 21, 28, 31, 91, 145.
- Plauto: p. 28, 29, 84, 139.
- Polla: p.84, 139.
- Safo: p.28, 84.
- Sibila de Cumas: p. 85, 103.
- Sulpicia: p.84.
- Temistóclea: p.85, 139.
- Torcuato, Manlio: p. 69.
- Tucídides: p. 13, 28, 71.
- Ulises: p. 64, 86.
- Valerio Máximo: p. 31, 68, 69, 82, 96, 137.
- Venus: p. 30, 66, 68, 80, 90, 91, 134.
- Virgilio: p. 28, 29, 85, 104, 139.
- Zenobia: p. 25, 29, 30, 79, 80, 85, 134, 140.
- Zeus (Júpiter): p. 96, 99, 145.